

Honoré de Balzac

Eugénie Grandet

PREÁMBULO A LAS PRIMERAS EDICIONES (1833-1839)

En lo más profundo de las provincias hay cabezas que merecen un juicioso estudio, personajes de extraordinaria originalidad, existencias serenas en su superficie y arrasadas en secreto por tumultuosas pasiones; y, sin embargo, allí las asperezas más marcadas de los caracteres y las exaltaciones más apasionadas acaban por verse abolidas debido a la persistente monotonía de las costumbres. Ningún poeta ha tratado de describir los fenómenos de esta vida que desaparece, reblandeciéndose con el paso del tiempo. ¿Y por qué no? Si hay poesía en la atmósfera de París, donde sopla un simún que se lleva las fortunas y rompe los corazones, ¿no la hay también en la lenta acción del siroco de la atmósfera provincial que mitiga los más impetuosos corajes, relaja las fibras y enroma las pasiones? Si en París las cosas ocurren, en las provincias las cosas pasan: allí, ni relieves ni salientes; pero allá, dramas en silencio; allí, misterios hábilmente disimulados; allí, desenlaces en una sola palabra; allí, enormes valores obtenidos mediante el cálculo y el análisis de las acciones más indiferentes. Allá se vive en público.

Si los pintores literarios han abandonado las admirables escenas de la vida de provincias no es por desdén ni por falta de observación; tal vez sea por impotencia. En efecto, para despertar un interés casi mudo, que radica más en el pensamiento que en la acción; para dibujar unas figuras a primera vista poco coloridas pero cuyos detalles y medias tintas requieren sabias pinceladas; para restituir a esos cuadros sus sombras grises y sus claroscuros; para adentrarse en una naturaleza en apariencia hueca pero que tras examinarla se revela maciza y rica, bajo una sólida corteza, ¿acaso no se requiere multitud de preparativos, inusitados cuidados y, para tales retratos, la delicadeza de las miniaturas antiguas?

La soberbia literatura de París, parca en el uso de las horas, que consagra al odio y a los placeres en detrimento del arte, quiere un drama servido en bandeja; no tiene tiempo para ir en su busca, en una época en que los acontecimientos andan escasos de tiempo; en cuanto a crearlo, si algún autor manifestara tal pretensión, ese acto viril provocaría

disturbios en una república en que, desde hace ya tiempo, la crítica de los eunucos ha prohibido inventar cualquier forma, género o acción.

Estas observaciones son necesarias para dar a conocer la modesta intención del autor, que no pretende ser más que un humilde copista, y para establecer de manera incontestable su derecho a prodigar las extensiones requeridas por el círculo de minucias en que se ve obligado a moverse. Finalmente, en el momento en que a las obras más efímeras se les da el glorioso nombre de «cuento», que solo debe pertenecer a las más vivas creaciones del arte, se le perdonará sin duda que descienda a las mezquinas proporciones de la historia, de la historia vulgar, al relato puro y simple de aquello que a diario puede verse en provincias.

Más adelante, aportará su grano de arena a la pila erigida por los peones de la época; hoy, el pobre artista no ha sido más que uno de esos hilos blancos que la brisa hace revolotear en el aire y con los que se divierten la chiquillería, las muchachas y los poetas; los sabios no se interesan en demasía por esos hilos, pero se dice de ellos que una celeste hilandera los deja caer de su rueca. ¡Cuidado! En la tradición campesina hay *moralejas* y el autor también añade un epígrafe. Les mostrará cómo durante el esplendor de la vida algunas ilusiones, blancas esperanzas e hilos plateados descienden de los cielos y regresan a los mismos sin haber tocado tierra.

Septiembre de 1833

A MARIA,

cuyo retrato es el más bello ornamento de esta obra, que su nombre sea cual rama de boj bendito, arrancada de un árbol cualquiera pero a buen seguro santificada por la religión y conservada siempre verde por manos piadosas, para proteger la casa.

DE BALZAC

En algunas ciudades de provincias hay casas cuya visión inspira una melancolía pareja a la que provocan los claustros sombríos, las landas desiertas o las ruinas más tristes. Tal vez esas casas encierren a la par el silencio del claustro, la aridez de la landa y la osamenta de las ruinas: la vida y el movimiento son en ellas tan apacibles que un extraño creería que están deshabitadas si súbitamente no se hallara ante la mirada pálida y fría de una persona inmóvil cuyo rostro casi monacal aparece sobre el alféizar de la ventana al oír pasos desconocidos. Esos principios de melancolía se dan en la fisonomía de un edificio situado en Saumur, al final de la calle empinada que conduce al castillo, en lo alto de la ciudad. Esa calle, actualmente poco frecuentada, calurosa en verano y fría en invierno, oscura en algunos rincones, destaca por la sonoridad de su pedregoso pavimento, siempre limpio y seco, por la estrechez de su tortuoso recorrido y por la paz de sus casas que forman parte del casco antiguo y dominan las murallas. Esas viviendas de más de tres siglos aún son sólidas a pesar de haber sido construidas con madera, y sus diversos atributos contribuyen a la originalidad de esta parte de Saumur que atrae a amantes de lo antiguo y a artistas. Es difícil pasar frente a esas casas sin admirar los enormes maderos de extremos tallados en forma de extrañas figuras y que coronan con un bajorrelieve negro la planta baja de la mayoría de las mismas. Aquí, unas maderas transversales cubiertas de pizarra dibujan líneas azules en los frágiles muros de una casa rematada por un tejado en entramado que los años han doblegado y cuyas tablillas se han retorcido bajo la acción alterna de la lluvia y del sol. Allá, aparecen antepechos desgastados, ennegrecidos, cuyas delicadas esculturas ya apenas se distinguen y que parecen demasiado ligeros para la maceta de barro en la que se yerguen los claveles o las rosas de una pobre obrera. Más lejos, hay puertas decoradas con enormes clavos en las que el genio de nuestros antepasados grabó jeroglíficos domésticos cuyo significado jamás será posible descifrar. Ora un protestante que afirmó su fe, ora un simpatizante de la liga que maldijo a Enrique IV. O un burgués que estampó en ella la enseña de su «nobleza de campanas^[43]», la gloria de su olvidado paso por la casa consistorial. En ellas está la historia entera de Francia. Junto a la temblorosa casa de muros rellenos con cascotes en la que el artesano rindió culto al cepillo de carpintero, se alza el palacete de un gentilhomme donde en plena cimbra de la puerta de piedra se ven aún vestigios de sus armas, vencidas por las diversas revoluciones que desde 1789 han agitado el país. En esa calle, los bajos comerciales no son ni tiendas ni almacenes, y los apasionados de la Edad Media hallarán en ellos la cándida sencillez de los obradores de tiempo atrás. Esas salas de techos bajos que carecen de escaparate, vitrina o cristalera son profundas, oscuras y sin decoración exterior ni interior. Sus puertas son de dos batientes macizos y burdamente herrados, el superior se abre hacia dentro y el inferior dispone de una campanilla con muelle y va y viene constantemente. El aire y la luz acceden a esa

especie de antro húmedo por encima de la puerta o por el espacio que hay entre la bóveda, el suelo de madera y el muro que llega a la altura de la mitad de la puerta y en el que se encastran unos sólidos postigos que se desmontan por la mañana y con unas barras de hierro empernadas vuelven a colocarse y se dejan allí por la noche. Ese muro sirve para exponer las mercancías del comerciante. Ahí no hay cháchara ninguna. Según la naturaleza del comercio, las muestras consisten en dos o tres fuentes de sal o bacalao, en unos bultos de tela de vela, jarcias, latón colgado de las vigas del techo o de aros en las paredes, o unas piezas de paño en los estantes. ¿Entramos? Una muchacha pulcra, joven y pimpante, con pañoleta blanca y brazos sonrojados deja su labor de punto y llama a su padre o a su madre que acude y le vende a uno lo que necesite, flemáticamente, complacientemente o con arrogancia, según su carácter y ya sea por diez céntimos o por veinte mil francos de mercancía. Podrán ver a un comerciante de duelas, sentado de brazos cruzados ante su puerta mientras conversa con su vecino, y que aparentemente no dispone más que de unas maderas de mala calidad para baldas de botellas y de dos o tres fajos de listones; en el puerto, sin embargo, su taller provee a todos los toneleros de Anjou; sabe, sin errar de una duela, cuántos toneles puede vender si la cosecha es buena; el sol lo enriquece y la lluvia lo arruina: en una misma mañana el precio de una barrica puede oscilar entre once francos y seis libras. En esa región, al igual que en Turena, las vicisitudes atmosféricas dominan la vida comercial. Viticultores, propietarios, comerciantes de madera, toneleros, posaderos y marineros acechan por igual un rayo de sol; al acostarse por la noche tiemblan ante la posibilidad de descubrir de buena mañana que ha helado durante la noche; temen la lluvia, el viento y la sequía y desean agua, calor y nubes según sus propias fantasías. Hay una lucha constante entre el cielo y los intereses terrestres, y el barómetro aflige, anima o alegra las fisonomías. De un extremo al otro de esa calle, la antigua calle mayor de Saumur, las palabras «¡Hace un tiempo de oro!» se tasan de puerta en puerta. Y se le dice al vecino «Llueven luises», sabedor de lo que le reporta un rayo de sol o una lluvia oportuna. El sábado, hacia mediodía, cuando el tiempo acompaña, no podrá comprar nada a esos esforzados industriales. Todos tienen su viña, su parcela, y se van a pasar dos días al campo. Allí, como ya la compra, la venta y el beneficio están presupuestados, los comerciantes pueden dedicar su tiempo a animadas partidas, a la observación, el comadreo y el continuo figoneo. Un ama de casa no puede comprar una perdiz sin que los vecinos pregunten al marido si estaba guisada en su punto. Una joven no puede asomarse a la ventana sin que la vean todos los grupos de desocupados. Así, las conciencias se muestran a la luz del día y, al igual que esas casas impenetrables, negras y silenciosas, pierden todo misterio. La vida se desarrolla mayormente al aire libre: cada familia se sienta a su puerta, y come, cena y charla allí. No hay persona que pase por la calle que no sea estudiada y antaño, incluso, cuando un extraño llegaba a una ciudad de provincias, se mofaban de él de puerta en puerta. De ahí vienen las anécdotas y la fama de chistosos de los habitantes de Angers que destacaban en esas burlas urbanas. Los viejos palacetes del casco antiguo se hallan en la parte alta de esa calle donde vivieron los gentilhombres de la región. La casa cargada de melancolía donde tuvieron lugar los acontecimientos de esta historia era precisamente una de esas residencias venerables, restos de un siglo en el que las cosas y los hombres tenían esa sencillez que las costumbres francesas pierden día a día. Tras seguir los recodos de ese camino pintoresco en el que los más nimios accidentes despiertan recuerdos y la impresión general que produce tiende a sumergir en una especie de ensueño espontáneo, se percibe un hueco bastante sombrío en el centro del cual se oculta la puerta de la casa del señor Grandet. Es imposible valorar esa expresión provinciana en su justa

medida sin ofrecer la biografía del señor Grandet.

El señor Grandet gozaba en Saumur de una reputación cuyas causas y efectos no podrán llegar a entender por completo aquellas personas que no hayan vivido, poco o mucho, en provincias. El señor Grandet, a quien algunos aún llamaban «tío» Grandet, aunque el número de tales ancianos disminuyera sensiblemente, era en 1789 un tonelero que vivía con cierto desahogo y sabía leer, escribir y hacer cuentas. Cuando la República francesa puso a la venta los bienes eclesiásticos en el distrito de Saumur, el tonelero, que contaba entonces cuarenta años, acababa de casarse con la hija de un rico comerciante maderero. Provisto de su fortuna contante y sonante y de la dote, que comportaba dos mil lises de oro, Grandet fue a la sede del distrito donde, gracias a los doscientos dobles lises ofrecidos por su suegro al ferviente republicano que supervisaba la venta de las tierras nacionales, obtuvo por unas migajas, legalmente, aunque no legítimamente, los mejores viñedos del distrito, una antigua abadía y algunas fincas en aparcería. Al ser los habitantes de Saumur poco revolucionarios, al tío Grandet se le vio como un hombre osado, un republicano, un patriota y una mente que se sumaba a las nuevas ideas, mientras lo único que tenía en la cabeza el tonelero eran las viñas. Fue nombrado miembro de la administración del distrito de Saumur y su pacífica influencia se hizo sentir política y comercialmente. Políticamente, protegió a los gentilhombres y evitó con todo su poder la venta de los bienes de los emigrados; comercialmente, proporcionó a los ejércitos republicanos mil o dos mil barricas de vino y se hizo pagar con unos magníficos prados que dependían de una comunidad de monjas reservados para un último lote. Bajo el Consulado, Grandet se convirtió en alcalde, administró con tino y vendimió con provecho; bajo el Imperio, fue el señor Grandet. A Napoleón no le caían en gracia los republicanos y substituyó al señor Grandet, que tenía fama de haber lucido el gorro frigio, por un terrateniente, un hombre de apellidos ilustres, futuro barón del Imperio. El señor Grandet renunció a los honores municipales sin pesar alguno. Había hecho construir en interés de la ciudad unos excelentes caminos que conducían a sus propiedades. Su casa y sus bienes, ventajosamente tasados en el catastro, pagaban unos impuestos moderados. Tras la calificación de sus diversos viñedos, sus cepas, gracias a constantes cuidados, se hallaban a la cabeza de la región, denominación técnica para indicar los viñedos que producían el vino de mejor calidad. Habría podido solicitar la Legión de Honor y ese acontecimiento tuvo lugar en 1806. El señor Grandet tenía entonces cincuenta y siete años, y su esposa alrededor de treinta y seis. Su única hija, fruto de sus amores legítimos, contaba entonces diez años. El señor Grandet, a quien sin duda la Providencia quiso consolar de su desgracia administrativa, heredó sucesivamente durante aquel año de la señora de La Gaudinière, de soltera La Bertellière, madre de la señora Grandet; luego del viejo señor de La Bertellière, padre de la difunta; y por último de la señora Gentillet, abuela materna: tres herencias de cuya importancia no supo nadie. La avaricia de aquellos tres ancianos era tan porfíada que desde hacía mucho tiempo acumulaban su dinero para poderlo contemplar en secreto. El viejo señor de La Bertellière llamaba una prodigalidad a una inversión y hallaba mayor interés en la contemplación del oro que en los beneficios de la usura. La ciudad de Saumur presumió así el valor de los ahorros en función de las rentas de los bienes visibles. El señor Grandet obtuvo entonces el título de nobleza que nuestra manía igualitaria no borrará jamás, y se convirtió en el *mayor contribuyente* del distrito. Explotaba cien arpendes de viñedos que, en los años buenos, le daban entre setecientas y ochocientas barricas de vino^[44]. Poseía trece fincas en aparcería, una antigua abadía donde, por ahorrar, había hecho tapiar los ventanales, las ojivas y los vitrales, cosa que los conservó; y ciento veintisiete

arpendes de prados donde crecían a lo alto y a lo ancho tres mil álamos plantados en 1793. Finalmente, la casa donde residía también era suya. Así se establecía su fortuna visible. En cuanto a su capital, solo había dos personas que fueran capaces de calcular vagamente el montante: una era el señor Cruchot, notario encargado de las inversiones usurarias del señor Grandet; el otro, el señor des Grassins, el banquero más rico de Saumur, en cuyos beneficios el viticultor participaba a su conveniencia y en secreto. A pesar de que el viejo Cruchot y el señor des Grassins poseyeran esa profunda discreción que en provincias engendran la confianza y la fortuna, manifestaban públicamente tamaño respeto al señor Grandet que los observadores podían sopesar el valor del capital del antiguo alcalde por el alcance de la obsequiosa consideración de que era objeto. No había nadie en Saumur que no estuviera convencido de que el señor Grandet tenía un tesoro particular, un escondrijo lleno de luises, y no se diera con nocturnidad a los inefables placeres que procura la contemplación de un gran volumen de oro. Los avariciosos tenían la certeza de ello al ver los ojos de aquel hombre a los que el metal amarillo parecía haber contagiado su brillo. La mirada de un hombre acostumbrado a obtener de sus capitales un interés enorme contrae necesariamente, como la del voluptuoso, del jugador o del cortesano, ciertos hábitos indefinibles, unos movimientos furtivos, ávidos, misteriosos, que no pasan inadvertidos a ojos de sus correligionarios. Ese lenguaje secreto conforma en cierta medida la masonería de las pasiones. El señor Grandet inspiraba así la estima respetuosa a la que tenía derecho un hombre que jamás debía nada a nadie y que, veterano tonelero y viticultor, adivinaba con la precisión de un astrónomo cuándo tenía que fabricar mil barricas para su vendimia o solo quinientas; que no perdía ocasión de especular, tenía siempre toneles para vender cuando el tonel valía más que su contenido y podía guardar el fruto de su vendimia en sus propias bodegas y esperar el momento de vender sus barricas a doscientos francos cuando los pequeños propietarios malvendían las suyas por cinco luises. Su famosa cosecha de 1811^[45], sabiamente medida y vendida lentamente, le reportó más de doscientas cuarenta mil libras. Financieramente hablando, el señor Grandet era a la vez un tigre y una boa: sabía tumbarse, acurrucarse, acechar a su presa mucho tiempo y saltar sobre la misma; luego abría la boca de su bolsa, engullía un cargamento de escudos y se tumbaba tranquilamente, como la serpiente que digiere, impasible, frío y metódico. Nadie lo veía pasar sin experimentar un sentimiento de admiración entreverado de respeto y de terror. ¿Acaso había alguien en Saumur que no hubiera sentido el considerado arañazo de sus garras de acero? A uno, el notario Cruchot le proporcionó el dinero necesario para comprar una viña, pero al once por ciento; a otro, el señor des Grassins le descontó unas letras de pago pero con unos escalofriantes intereses. No había día en que el nombre del señor Grandet no fuera pronunciado en el mercado o durante las veladas en las tertulias de la ciudad. Para algunas personas, la fortuna del antiguo viticultor era objeto de orgullo patriótico, y más de un tendero o posadero decía a los extraños con cierta complacencia: «Caballero, aquí contamos con dos o tres casas millonarias; pero, por lo que respecta al señor Grandet, ¡ni él mismo sabe a cuánto asciende su fortuna!». En 1816, los más diestros calculadores de Saumur estimaban los bienes patrimoniales del buen hombre en unos cuatro millones; pero dado que en término medio había debido de obtener, entre 1793 y 1817, unas rentas anuales de sus propiedades de unos cien mil francos, era presumible que poseyera en metálico una suma casi igual a la de sus bienes. Por ello, cuando tras una partida de boston o en una conversación sobre los viñedos, salía a relucir el nombre del señor Grandet la gente con dos dedos de frente decía: «¿El tío Grandet...? El tío Grandet debe de tener cinco o seis millones». «Sois más hábil que yo, nunca he podido saber el total», respondían el señor

Cruchot o el señor des Grassins si lo oían. Si algún parisino hablaba de los Rothschild o del señor Laffitte, la gente de Saumur preguntaba si eran tan ricos como el señor Grandet. Si el parisino respondía afirmativamente con desdén, se miraban y meneaban la cabeza con incredulidad. Tamaña fortuna cubría con un manto de oro las acciones de aquel hombre. Si en un principio algunas particularidades de su vida dieron pie a burlas y escarnios, las burlas y escarnios pasaron a mejor vida. Hasta en sus menores actos, el señor Grandet tenía a su favor la autoridad de la cosa juzgada. Su palabra, su vestimenta, sus gestos o el guiño de sus ojos imperaban en la comarca, donde todos, tras haberlo estudiado como el naturalista estudia los efectos del instinto en los animales, habían podido apreciar la profunda y muda sabiduría hasta de sus más leves movimientos. «El invierno será crudo, el tío Grandet se ha puesto sus guantes forrados: hay que vendimiar», se decía. «El tío Grandet ha comprado gran cantidad de duelas, este año habrá mucho vino.» El señor Grandet jamás compraba carne ni pan. Sus aparceros le entregaban semanalmente una provisión de capones, pollos, huevos, mantequilla y trigo de sus rentas. Poseía un molino cuyo arrendatario, además de pagar el alquiler, debía ir a buscarle cierta cantidad de grano y llevarle de vuelta el salvado y la harina. Nanon, su única criada, aunque ya no fuera joven, amasaba y horneaba el pan de la casa todos los sábados. El señor Grandet había llegado a un acuerdo con los horticultores, también arrendatarios suyos, para que le suministraran verdura. Por lo que respecta a la fruta, recolectaba tal cantidad que ordenaba que buena parte la vendieran en el mercado. La leña la cortaban de sus setos o procedía de las ramas medio podridas de los árboles desmochados del lindero de sus campos, y sus aparceros se la acarreaban hasta la ciudad ya troceada, tenían la bondad de guardársela en la leñera y recibían su agradecimiento como único pago. Sus únicos gastos conocidos eran el pan bendito, la ropa de su esposa y la de su hija y el pago de sus sillas en la iglesia; la luz, el sueldo de Nanon, el estañado de las cazuelas; el pago de los impuestos, las reparaciones de los edificios y los gastos de sus explotaciones. Tenía seiscientos arpendes de bosque recientemente adquiridos que hacía vigilar por el guarda de un vecino, al que le había prometido una compensación. Solo desde esa adquisición comenzó a comer caza. Las maneras de ese buen hombre eran muy sencillas. Hablaba poco. Por lo general expresaba sus ideas con breves frases sentenciosas pronunciadas con voz apagada. Desde la Revolución, época en que fue el centro de todas las miradas, tartamudeaba de manera fatigante en cuanto debía discurrir mucho rato o mantener una discusión. Ese balbuceo, la incoherencia de sus frases, el flujo de palabras en que su pensamiento se ahogaba y su aparente carencia de lógica atribuidos a la falta de educación eran fingidos y serán suficientemente explicados por algunos sucesos de esta historia. Por lo demás, le bastaban cuatro frases tan exactas como fórmulas de álgebra para abarcar y resolver cualquier dificultad de la vida y del comercio: «No sé, no puedo, no quiero, ya veremos». Jamás decía «sí» o «no», y nunca escribía. Si le hablaban, escuchaba fríamente, sosteniendo el mentón con la mano derecha y apoyando el codo derecho en el dorso de la mano izquierda, y en cualquier asunto se formaba una opinión que jamás reconsideraba. Meditaba largamente hasta el negocio más insignificante y cuando, tras una sabia conversación, su adversario le había confiado el secreto de sus pretensiones creyendo haberlo convencido, le respondía: «No puedo cerrar un trato sin consultárselo a mi esposa». Su esposa, a la que había reducido a un absoluto ilotismo, era su pararrayos más cómodo en asuntos de negocios. Nunca iba a casa de nadie, no quería que le invitaran a cenar ni invitaba él; no hacía ruido y parecía ahorrarlo todo, incluso el movimiento. No quería molestar en casa de los demás por su respeto absoluto de la propiedad. Sin embargo, a pesar de la dulzura de su

voz y de su apariencia circunspecta, el lenguaje y las costumbres del tonelero salían a la luz sobre todo cuando se hallaba en su casa, donde se contenía menos que en otros lugares. Físicamente, Grandet medía poco más de metro sesenta, era achaparrado, robusto, con unas pantorrillas de treinta centímetros de circunferencia, unas rótulas nudosas y ancho de espaldas; su cara era redonda, de piel curtida y picada de viruelas; tenía el mentón cuadrado, sus labios no ofrecían sinuosidad alguna y sus dientes eran blancos; sus ojos poseían la expresión serena y devoradora que el pueblo atribuye al basilisco; su frente, cubierta de arrugas transversales, contaba con algunas significativas protuberancias; sus cabellos pajizos y canosos eran de plata y oro, decían algunos jovencuelos que ignoraban el riesgo de burlarse del señor Grandet. Su abultada nariz soportaba una lupia veteada de venitas que el vulgo decía, no sin razón, que estaba llena de malicia. Esa apariencia anunciaba una peligrosa sagacidad, una fría probidad y el egoísmo de un hombre acostumbrado a volcar sus sentimientos en el goce de la avaricia y en el único ser que realmente contaba para él, su hija Eugénie, su única heredera. Por otra parte, la actitud, las maneras y los andares, todo en él daba fe de esa confianza en uno mismo que otorga la costumbre de triunfar siempre en cualquier empresa. Así pues, a pesar de sus costumbres sencillas y aparentemente flexibles, el señor Grandet tenía un carácter de bronce. Ataviado siempre de la misma manera, quien lo veía en la actualidad lo veía igual que era en 1791. Anudaba sus resistentes zapatos con cordones de cuero; llevaba en cualquier época del año medias de lana drapeada, calzones cortos de recio paño marrón con hebillas de plata, chaleco de terciopelo a rayas amarillas y pardas, con dos hileras de botones, un holgado chaquetón marrón de amplios faldones, corbata negra y sombrero de cuáquero. Sus guantes, tan resistentes como los de los gendarmes, le duraban veinte meses y, para mantenerlos limpios, los depositaba siempre en el mismo lugar sobre el ala de su sombrero, con gesto metódico. En Saumur no se sabía más acerca de tal personaje.

Solo seis habitantes tenían derecho a entrar en aquella casa. El más notable de los tres primeros era el sobrino del señor Cruchot. Tras ser nombrado presidente del tribunal de primera instancia de Saumur, ese joven había añadido el apellido Bonfons al de Cruchot, y se esforzaba en que prevaleciera Bonfons sobre Cruchot. Ya firmaba C. de Bonfons. El imprudente litigante que lo llamaba señor Cruchot descubría pronto en el juzgado el alcance de su tontería. El magistrado amparaba a quienes lo llamaban señor presidente, pero favorecía con sus más graciosas sonrisas a los aduladores que se dirigían a él como señor de Bonfons. El señor presidente contaba treinta y tres años y era propietario de la finca de Bonfons (*Boni fontis*), que le reportaba una renta de siete mil libras; aguardaba además la herencia de su tío el notario y la de su tío, el padre Cruchot, dignatario del capítulo de Saint-Martin de Tours, ambos considerados muy ricos. Esos tres Cruchot, apoyados por un número importante de primos, aliados con veinte casas de la ciudad, formaban un partido, como antaño los Médici en Florencia; y, al igual que los Médici, los Cruchot contaban con sus Pazzi. La señora des Grassins, madre de un hijo de veintitrés años, iba asiduamente a dar coba a la señora Grandet, con la esperanza de casar a su querido Adolphe con la señorita Eugénie. El señor des Grassins, el banquero, apoyaba vigorosamente las maniobras de su esposa mediante constantes servicios rendidos en secreto al viejo avaro, y llegaba siempre a tiempo al campo de batalla. Esos tres Des Grassins contaban también con sus acólitos, sus primos, sus fieles aliados. Por el lado de los Cruchot, el cura, el Talleyrand de la familia, apoyado por su hermano notario, disputaba vigorosamente el terreno al financiero y trataba de reservar la rica herencia a su sobrino presidente. Ese combate secreto entre los Cruchot y los Des Grassins, cuyo trofeo era la

mano de Eugénie Grandet, era un tema que levantaba pasiones en las diversas tertulias de Saumur. ¿La señorita Grandet se casaría con el señor presidente o con el señor Adolphe des Grassins? Ante tal disyuntiva, unos respondían que el señor Grandet no entregaría a su hija ni a uno ni a otro. El otrora tonelero, reconcomido por la ambición, decían esos, quería por yerno a un par de Francia al que una renta de trescientas mil libras haría olvidar todos los toneles pasados, presentes y futuros de los Grandet. Otros replicaban que el señor y la señora des Grassins eran nobles, y muy ricos, que Adolphe era un caballero amable y que, a menos que se sacaran de la manga a un sobrino del Papa, una alianza tan conveniente debería satisfacer a gentes corrientes, a un hombre al que todo Saumur había visto azuela en mano y que, además, había lucido el gorro frigio. Los más cabales observaban que el señor Cruchot de Bonfons tenía acceso al domicilio a cualquier hora mientras que a su rival solo se le recibía los domingos. Estos sostenían que la señora des Grassins, más próxima a las mujeres de la casa Grandet que los Cruchot, podía inculcarles ciertas ideas que tarde o temprano le valdrían el éxito. Los otros replicaban que el padre Cruchot era el hombre más insinuador del mundo y que aquel duelo entre mujer y fraile acabaría en tablas. «Están codo a codo», decía una mente preclara de Saumur. Más instruidos, los viejos del lugar pretendían que los Grandet eran demasiado avispados para dejar escapar los bienes de la familia y que la señorita Eugénie Grandet de Saumur se casaría con el hijo del señor Grandet de París, acaudalado mayorista de vinos. A ello, cruchotistas y grassinistas respondían: «En primer lugar, los dos hermanos no se han visto ni dos veces en más de treinta años. Además, el señor Grandet de París tiene grandes proyectos para su hijo. Es alcalde de distrito, diputado, coronel de la guardia nacional, juez del tribunal de comercio; reniega de los Grandet de Saumur y pretende aliarse con alguna familia ducal por gracia de Napoleón». ¿Qué podía llegar a decirse de una rica heredera de la que se hablaba a veinte leguas a la redonda y hasta en las diligencias, de Angers a Blois inclusive? A principios de 1818, los cruchotistas sacaron una notable ventaja a los grassinistas. Las tierras de Froidfond, remarcables por sus jardines, su admirable castillo, sus granjas, el río, los lagos y los bosques, y que estaba valorada en tres millones, fue puesta a la venta por el joven marqués de Froidfond obligado a obtener liquidez. El notario Cruchot, el presidente Cruchot y el padre Cruchot, secundados por sus acólitos, supieron evitar la venta en lotes. El notario cerró con el joven un provechoso trato al convencerlo de que la venta por lotes acarrearía numerosos litigios que retrasarían el cobro; era mejor venderlo al señor Grandet, hombre solvente y capaz además de pagar las tierras en dinero contante y sonante. El espléndido marquesado de Froidfond fue así dirigido al esófago del señor Grandet que, para sorpresa de todo Saumur, lo pagó al contado, con un descuento, tras las formalidades. Los ecos de ese asunto llegaron hasta Nantes y Orleans. El señor Grandet fue a su castillo aprovechando que una carreta iba hacia allí de regreso. Tras visitarlo en su calidad de propietario, regresó a Saumur convencido de haber invertido ventajosamente su capital y con la idea en mente de redondear el marquesado de Froidfond añadiendo al mismo todos sus bienes. Luego, para llenar de nuevo su tesoro casi vacío, decidió talar completamente sus bosques y explotar los álamos de sus prados.

Ahora es fácil comprender el valor de esa palabra: la casa del señor Grandet, esa casa pálida, fría y silenciosa, situada en lo alto de la ciudad al abrigo de las ruinas de las murallas. Las dos columnas y la bóveda que formaban el vano de la puerta habían sido construidas, al igual que la casa, con toba, una piedra blanca propia de las orillas del Loira y tan blanda que no suele durar más de doscientos años. Los agujeros desiguales y numerosos practicados de manera caprichosa por las inclemencias del clima conferían a la

cimbra y las jambas del vano la apariencia de las piedras vermiculadas de la arquitectura francesa y cierto parecido con el porche de una mazmorra. Sobre la cimbra reinaba un largo bajorrelieve de piedra dura esculpida que representaba las cuatro Estaciones, figuras ya corroídas y ennegrecidas. Ese bajorrelieve estaba coronado por un plinto sobresaliente en el que crecía una variada vegetación fruto del azar: parietarias amarillas, enredaderas, campanillas, llantén y hasta un brote de cerezo, ya bastante crecido. La puerta de roble macizo, oscura, reseca, resquebrajada por todas partes, en apariencia frágil, se sostenía sólidamente gracias a sus pernos que creaban dibujos simétricos. Una reja cuadrada, pequeña, pero de barrotes muy juntos y rojos de herrumbre, ocupaba el centro de la puerta bastarda y servía, por así decirlo, de motivo a una aldaba unida por una anilla y que golpeaba sobre la cabeza estremecida de un clavo. Esa aldaba, de forma oblonga y del tipo que nuestros antepasados daban en llamar *jacquemart*^[46], parecía un gran signo de exclamación; examinándolo con atención, un conocedor de las antigüedades habría hallado algunos indicios de la figura esencialmente bufá que había representado antaño y que el uso prolongado había borrado. A través de la pequeña reja, destinada a reconocer a los amigos en épocas de guerra civil, los fisgones podían ver, al fondo de una bóveda oscura y verdosa, unos peldaños degradados por los que se subía a un jardín pintorescamente acotado por unos muros gruesos, húmedos y cubiertos de chorretones y de enclenques arbustos desmochados. Esos muros eran los de la muralla sobre la que se alzaban los jardines de algunas casas colindantes. En la planta baja de la casa, la estancia de mayores dimensiones era una sala cuya entrada se hallaba bajo la bóveda de la puerta cochera. Pocas personas conocen la importancia de una sala en las pequeñas ciudades de Anjou, Turena o del Berry. La sala es a la vez antecámara, salón, gabinete, camarín o comedor; es el teatro de la vida doméstica, el hogar común; allí iba dos veces al año el peluquero a cortar el pelo al señor Grandet; allí se recibía a los granjeros, al párroco, al subprefecto o al mozo del molinero. Esa estancia, cuyos dos ventanales daban a la calle, estaba recubierta de madera; unos paneles grises de molduras antiguas la cubrían de arriba abajo; el techo era de vigas vistas igualmente pintadas de gris y los huecos entre estas eran de mortero de cal, arena y borra, que amarilleaba. Un viejo reloj de pared de cobre incrustado de arabescos de nácar decoraba el manto de la chimenea de piedra blanca, burdamente tallada, sobre el que había un espejo verdoso cuyos ángulos biselados con el fin de mostrar el grosor del mismo reflejaban un hilo de luz a lo largo de un entrepaño gótico de acero damasquinado. Las dos palmatorias de cobre dorado que decoraban los rincones de la chimenea tenían una doble utilidad; si se quitaban las rosas que servían de arandela, y cuya rama principal se adaptaba al pedestal de mármol azulado a juego con el cobre envejecido, ese pedestal formaba un candelabro para un uso a diario menos ostentoso. Los sillones de forma antigua estaban decorados con una tapicería que representaba las fábulas de La Fontaine; pero había que saberlo para identificar los temas pues estaba tan descolorida y tan acribillada por los zurcidos que apenas se veían los personajes. En las cuatro esquinas de esa sala había rinconeras, una especie de aparadores rematados por mugrientos estantes. Una vieja mesa de juego de marquetería, cuya parte superior servía de tablero de ajedrez, se hallaba frente al marco de madera que separaba ambas ventanas. Sobre esa mesa había un barómetro ovalado, de reborde negro, decorado con cintas de madera dorada y donde las moscas habían jugueteado tan licenciosamente que la doradura se había convertido en un problema. En la pared opuesta a la chimenea había dos retratos al pastel que se suponía que representaban al abuelo de la señora Grandet, el viejo señor de La Bertellière, de uniforme de la guardia francesa, y a la difunta señora Gentillet vestida de pastora. Ambas ventanas

estaban drapeadas con cortinas de paño de Tours rojo, recogidas con cordones de seda rematados por borlas. Esa lujosa decoración tan poco afín a los usos y costumbres de Grandet iba incluida en la compra de la casa, así como el entrepaño, el reloj de pared, el mobiliario tapizado y las rinconeras de palo de rosa. En el ventanal más cercano a la puerta había una silla de enea con las patas sobre peanas para poder alzar a la señora Grandet a una altura que le permitiera ver a los transeúntes. Un costurero de madera de cerezo desteñida llenaba el vano, y junto a la misma estaba situado el pequeño sillón de Eugénie Grandet. Desde hacía quince años, todos los días de la existencia de madre e hija habían transcurrido apaciblemente en aquella estancia, con un trabajo constante, desde el mes de abril al mes de noviembre. El primer día de este último podían trasladarse frente a la chimenea para el invierno. Grandet solo permitía encender el fuego en la sala a partir de ese día y lo hacía apagar el 31 de marzo, sin tener en consideración ni los primeros fríos de la primavera ni los del otoño. Un brasero mantenido con las brasas procedentes del fuego de la cocina que Nanon les reservaba haciendo uso de su destreza, ayudaba a la señora y a la señorita Grandet a pasar las mañanas o las tardes más frescas de los meses de abril y octubre. Madre e hija se ocupaban de la lencería de la casa y empleaban tan concienzudamente sus jornadas en ese laborioso trabajo que, si Eugénie quería bordarle una gargantilla a su madre, se veía obligada a robar horas de sueño y a engañar a su padre para poder disponer de luz. Desde hacía mucho tiempo el avaro repartía las velas a su hija y a Nanon, de la misma manera que por la mañana repartía el pan y los productos necesarios para el consumo diario.

Nanon era tal vez la única criatura humana capaz de soportar el despotismo de su amo. La ciudad entera la envidiaba al señor y a la señora Grandet. Nanon, a la que llamaban «la larguirucha» porque medía más de un metro ochenta, pertenecía a Grandet desde hacía treinta y cinco años. Aunque su paga fuera solo de sesenta libras, tenía fama de ser una de las criadas más ricas de Saumur. Esas sesenta libras, acumuladas a lo largo de treinta y cinco años, le habían permitido depositar cuatro mil libras como vitalicio en la notaría de Cruchot. Ese resultado del largo y persistente ahorro de Nanon pareció gigantesco. Todas las criadas, al ver que la sexagenaria se había ganado el pan para su vejez, la envidiaban sin pensar en la dura servidumbre con que lo había obtenido. A la edad de veintidós años, la pobre muchacha no se había podido colocar en ninguna casa debido a que su cara resultaba repelente; y era palmario que ese sentimiento era muy injusto: su rostro habría sido admirado sobre los hombros de un granadero de la guardia; pero para todo es necesaria, se dice, la idoneidad. Obligada a dejar una granja incendiada donde guardaba las vacas, llegó a Saumur y allí trató de entrar al servicio de alguna familia, animada por el robusto coraje que no se amilana ante nada. El tío Grandet pensaba entonces en casarse y quería organizar su hogar. Vio a aquella muchacha rechazada de puerta en puerta. En su calidad de tonelero, supo apreciar la fuerza corporal y adivinó el provecho que podía obtenerse de una hembra tallada cual Hércules, plantada sobre sus pies cual roble de sesenta años sobre sus raíces, amplia de caderas, de espaldas anchas, con manos de carretero y de una probidad tan vigorosa como intacta su virtud. Ni las verrugas que lucía aquel rostro marcial, ni su tez del color del ladrillo, ni los brazos nervudos, ni los harapos de Nanon asustaron al tonelero, que aún se hallaba en la edad en la que el corazón se estremece. Vistió, calzó y dio de comer a la pobre muchacha, le dio una paga y la empleó sin hacerla trabajar demasiado rudamente. Al verse así acogida, la larguirucha Nanon lloró en secreto de alegría y se apegó sinceramente al tonelero, que la explotaba feudalmente. Nanon lo hacía todo: cocinaba, limpiaba, iba a lavar la ropa al Loira y la traía de vuelta a hombros; se levantaba al alba y se

acostaba tarde; preparaba la comida de todos los vendimiadores durante la vendimia y vigilaba a los que iban a rapiñar la uva que no se había arrancado de las cepas; defendía, como un perro fiel, los intereses de su amo; finalmente, con ciega confianza en él, obedecía sin rechistar a sus fantasías más descabelladas. El famoso año de 1811, cuando la vendimia exigió trabajar duramente, y tras veinte años de servicio, Grandet le regaló a Nanon su viejo reloj, el único regalo que jamás recibió de él. Aunque le diera sus zapatos viejos, pues eran de su talla, es imposible considerar el beneficio trimestral de los zapatos de Grandet como un regalo, pues estaban muy gastados. La necesidad volvió a esa muchacha tan avara que Grandet acabó por quererla como se quiere a un perro, y Nanon se dejó poner al cuello un collar de pinchos que ya no la pinchaban cuando se le clavaban. Si Grandet cortaba el pan con demasiada parsimonia, ella no se quejaba; disfrutaba alegremente de las ventajas higiénicas que procuraba el régimen severo de la casa, donde nadie enfermaba nunca. Además, Nanon formaba parte de la familia: reía cuando Grandet reía, se entristecía, se helaba, se calentaba, trabajaba con él. ¡Qué agradables compensaciones dispensaba aquella igualdad! Jamás su amo le había reprochado el albaricoque o el melocotón de viña, ni las ciruelas ni las nectarinas que se comía al pie del árbol. «¡Anda, Nanon, date un banquete!», le decía los años en que las ramas se doblaban bajo el peso de la fruta que los granjeros se verían obligados a dar de comer a los cerdos. Para una muchacha del campo que en su juventud no había recolectado más que malos tratos, para una pobre recogida por caridad, la risa equívoca del tío Grandet era un verdadero rayo de sol. Además, el corazón simple y las pocas luces de Nanon solo podían dar cabida a un sentimiento y a una idea. Habían transcurrido ya treinta y cinco años y aún recordaba el día que llegó a la puerta del taller del tío Grandet, descalza y harapienta, y oía aún al tonelero decirle: «¿Qué quieres, guapa?». Su agradecimiento seguía vivo. A veces, a Grandet le venía a la mente que aquella pobre criatura jamás había oído ni un solo piropo, que ignoraba los sentimientos agradables que una mujer inspira, y podría aparecer un día ante Dios más casta que la mismísima Virgen María, y le decía, movido por la compasión, mirándola: «¡Esta pobre Nanon!». A su exclamación seguía siempre una mirada indefinible que le dirigía la vieja criada. Esa palabra, pronunciada de vez en cuando, formaba desde hacía tiempo una cadena de amistad ininterrumpida, a la que cada exclamación añadía un eslabón. Esa compasión, surgida del corazón de Grandet y agradecida por la vieja mujer, tenía algo horrible. Esa atroz piedad de avaro, que despertaba mil placeres en el corazón del tonelero, era para Nanon el colmo de la felicidad. Quién no diría también: ¡pobre Nanon! Dios reconocerá a sus ángeles por la inflexión de sus voces y sus misteriosos lamentos. En Saumur había muchos hogares donde se trataba mejor al servicio pero en los que los amos no recibían satisfacción alguna. De ahí esa otra frase: «¿Qué le harán los Grandet a la larguirucha Nanon para que les tenga tanto apego? ¡Si se arrojaría al fuego por ellos!». Su cocina, cuya ventana enrejada daba al patio, estaba siempre limpia, reluciente y fría, una verdadera cocina de avaro en la que no se desperdiciaba nada. En cuanto Nanon había lavado los platos, recogido los restos de la cena y apagado el fuego, dejaba la cocina, separada de la sala por un pasillo e iba a hilar cáñamo junto a sus amos. Una sola vela bastaba a la familia para la noche. La criada dormía al fondo de aquel pasillo, en un cuchitril iluminado por un ventanuco con servidumbre de luces. Su salud robusta le permitía habitar en aquella especie de agujero desde donde podía oír el menor ruido, dado el profundo silencio que reinaba de día y de noche en la casa. Cual perro guardián, debía dormir con una oreja abierta y descansar mientras vigilaba.

La descripción de las demás zonas de la casa irá ligada a los acontecimientos de la historia, pero ya el croquis de la sala donde brillaba todo el lujo del hogar puede permitir

sospechar la desnudez de las plantas superiores.

En 1819, al anochecer, en pleno mes de noviembre, Nanon encendió el fuego por primera vez. En otoño había hecho buen tiempo. Aquel era un día de fiesta bien conocido por cruchotistas y grassinistas, y los seis antagonistas se preparaban y se armaban con todo lo necesario para reunirse en la sala y superarse unos a los otros dando pruebas de amistad. Por la mañana, todo Saumur había visto a la señora y a la señorita Grandet, acompañadas por Nanon, dirigirse a la iglesia parroquial para oír misa y todos recordaron que aquel día era el aniversario del nacimiento de la señorita Eugénie. Tras calcular la hora a la que acabaría la cena, el notario Cruchot, el padre Cruchot y el señor C. de Bonfons se apresuraron para llegar antes que los Des Grassins para agasajar a la señorita Grandet. Los tres llevaban enormes ramos cortados en sus pequeños invernaderos. Los tallos de las flores que el presidente iba a obsequiar estaban ingeniosamente envueltos en una cinta de satén blanco decorada con franjas doradas. Por la mañana, el señor Grandet, fiel a su costumbre los días memorables del cumpleaños y del santo de Eugénie, fue a darle una sorpresa antes de que esta se levantara de la cama y le entregó solemnemente el regalo paterno que, desde hacía trece años, consistía en una singular moneda de oro. La señora Grandet solía regalarle a su hija un vestido de invierno o de verano, según conviniera. Esos dos vestidos y las monedas de oro que recibía de su padre para Año Nuevo y para el cumpleaños, constituían para ella unos exiguos ingresos de unos cien escudos, que a Grandet le gustaba ver cómo los acumulaba. Para él aquello representaba trasladar su dinero de una caja a otra y, por así decirlo, educar desde la infancia con guante de seda la avaricia de su heredera, a la que a veces le pedía que le rindiera cuentas de su tesoro, antaño alimentado también por los La Bertellière, y le decía: «Será tu *docena* de boda». La docena es una antigua costumbre aún en vigor y santamente conservada en algunas regiones del centro de Francia. En el Berry y en Anjou, cuando una muchacha contrae matrimonio, su familia o la del esposo debe entregarle una bolsa en la que hay, según las fortunas, doce monedas o doce docenas de monedas o doce cientos de monedas de plata o de oro. La pastora más pobre no se casaría sin su docena, aunque esta fuera de monedas de tres al cuarto. En Issoudun aún se habla de cierta docena que le fue ofrecida a una rica heredera y que contenía ciento cuarenta y cuatro portuguesas de oro. El papa Clemente VI, tío de Catalina de Médici, le obsequió una docena de medallas de oro antiguas de extraordinario valor al casarla con Enrique II. Durante la cena, el padre, alegre al ver a su Eugénie tan hermosa con su vestido nuevo, exclamó:

—¡Ya que es el cumpleaños de Eugénie, encendamos el fuego! ¡Será de buen augurio!

—La señorita se casará este año, seguro —dijo Nanon mientras retiraba los restos de una oca, el faisán de los toneleros.

—No veo ningún buen partido en Saumur —respondió la señora Grandet mirando a su marido con una timidez que, a su edad, delataba la absoluta servidumbre conyugal bajo la que gemía la pobre mujer.

Grandet contempló a su hija y exclamó con alegría:

—Hoy la niña cumple veintitrés años, y pronto habrá que ocuparse de ella.

Eugénie y su madre cruzaron una mirada de complicidad.

La señora Grandet era una mujer flaca y enjuta, de tez amarillenta, torpe y lenta; una de esas mujeres que parecen haber nacido para ser tiranizadas. Era huesuda, con una gran nariz, una gran frente y unos grandes ojos y, de entrada, presentaba un vago parecido con esas frutas algodonosas que no tienen ni jugo ni sabor. Sus dientes eran negros y

escasos, tenía arrugas en las comisuras de la boca y un mentón con la forma de la punta de unos zuecos. Era una mujer excelente, una auténtica La Bertellière. El padre Cruchot sabía hallar la ocasión de decirle que las cosas no habían salido del todo mal, y ella lo creía. Su dulzura angelical, su resignación de insecto atormentado por unos chavales, su piedad singular, su ánimo inalterable y su buen corazón concitaban una universal compasión y respeto hacia ella. Su marido nunca le daba más de seis francos para sus gastos corrientes. A pesar de su ridículo aspecto, esa mujer que, por su dote y sus herencias, había aportado al tío Grandet más de trescientos mil francos, se había sentido siempre tan profundamente humillada por una dependencia y un ilotismo contra los que la dulzura de su alma le impedía rebelarse que jamás había pedido una moneda, ni había hecho comentario alguno sobre los documentos que el notario Cruchot le presentaba para que firmara. Ese orgullo bobo y secreto, esa nobleza de alma constantemente ignorada y herida por Grandet, guiaban la conducta de la mujer. La señora Grandet lucía siempre un vestido de seda basta verdosa, que se había acostumbrado a que le durara casi un año; llevaba una pañoleta de algodón blanco, sombrero de paja y casi en todo momento un delantal de tafetán negro. Dado que salía de casa en contadas ocasiones, gastaba poco sus zapatos. Y nunca quería nada para ella. Por ello, Grandet, presa a veces de remordimientos al recordar cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que le diera seis francos a su mujer, estipulaba que siempre recibiera una comisión por la venta de sus cosechas anuales. Los cuatro o cinco luises ofrecidos por el holandés o el belga que compraban el fruto de la vendimia de Grandet constituían la parte más importante de los ingresos anuales de la señora Grandet. Cuando había recibido sus cinco luises, a menudo, como si el dinero fuera de los dos, su marido le decía:

—¿Puedes prestarme unos céntimos?

Y la pobre mujer, feliz de poder hacer algo por un hombre al que su confesor presentaba como su amo y señor, le daba, a lo largo del invierno, algunos escudos de su comisión. Cuando Grandet se sacaba del bolsillo la moneda de cien que daba mensualmente para los pequeños gastos, el hilo, las agujas y el aseo de su hija, siempre decía a su mujer, tras abotonarse el pequeño bolsillo de sus calzones:

—Y tú, madre, ¿quieres algo?

—Querido —respondía la señora Grandet animada por un sentimiento de dignidad maternal—, ya veremos si hace falta.

¡Sublimidad perdida! Grandet se creía muy generoso con su mujer. Los filósofos que se cruzan con las Nanon, las señoras Grandet o las Eugénie, ¿acaso no creen que la ironía sea la base del carácter de la Providencia? Tras aquella cena, en la que por primera vez se habló del matrimonio de Eugénie, Nanon fue a por una botella de licor de grosella a la habitación del señor Grandet y, al bajar, a punto estuvo de caerse.

—¡Serás bruta! ¿No irás a caerte? —le dijo su amo.

—Señor, es ese peldaño de su escalera, que está roto.

—Lleva razón —dijo la señora Grandet—. Ya hace tiempo que hubiera debido usted hacerlo arreglar. Ayer, Eugénie estuvo a punto de torcerse el pie ahí mismo.

—Vamos —dijo Grandet a Nanon, al verla muy pálida—, ya que es el cumpleaños de Eugénie y que has estado a punto de caerte, bébete una copita de licor de grosella para reponerte.

—Si me la habré ganado... —dijo Nanon—. En mi lugar, muchas habrían dejado que se rompiera la botella, pero yo antes me habría roto el codo que dejarla caer.

—¡Esta pobre Nanon! —dijo Grandet sirviéndole el licor de grosella.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó Eugénie mirándola con interés.

—No, porque me he sostenido con los riñones.

—Venga, vamos, ya que es el cumpleaños de Eugénie —dijo Grandet—, os arreglaré ese peldaño. Vosotras no sabéis poner el pie en la esquina, allí donde aún está sólido.

Grandet cogió la vela, dejando a su esposa, su hija y su criada sin otra luz que la de las llamas vivas de la chimenea, y fue al amasadero a por tablas, clavos y herramientas.

—¿Necesita ayuda? —le gritó Nanon al oírlo martillar en la escalera.

—¡No, no! ¡Yo me basto! —respondió el antiguo tonelero.

En el momento en que Grandet reparaba personalmente su escalera carcomida y silbaba con toda su alma recordando sus años mozos, los tres Cruchot llamaron a la puerta.

—¿Es usted, señor Cruchot? —preguntó Nanon mirando por la rejilla.

—Sí —respondió el presidente.

Nanon abrió la puerta y el resplandor de la chimenea, que se reflejaba bajo la bóveda, permitió a los tres Cruchot distinguir la entrada de la sala.

—¡Ah, qué zalameros son! —les dijo Nanon al oler las flores.

—Disculpen, caballeros —gritó Grandet al reconocer la voz de sus amigos—. ¡Enseguida estoy con ustedes! ¡Me han pillado en mal momento, pues aquí estoy, arreglando un peldaño de mi escalera!

—No se preocupe, señor Grandet, cada uno en su casa es alcalde —dijo sentenciosamente el presidente riéndose él solo del juego de palabras que nadie comprendió.

La señora y la señorita Grandet se pusieron en pie. El presidente, aprovechando la oscuridad, le dijo a Eugénie:

—Señorita, hoy que acaba de nacer, ¿me permite desearle muchos años futuros de felicidad y que siga gozando de tan buena salud?

Le ofreció un gran ramo de flores raras en Saumur; y luego, asiendo a la heredera de los codos, la besó a uno y otro lado del cuello, con una complacencia que avergonzó a Eugénie. El presidente, que parecía un clavo largo y herrumbroso, creía así cortejarla.

—No se interrumpa —dijo Grandet al entrar—. ¡Qué locuaz es usted los días de fiesta, señor presidente!

—Junto a la señorita —respondió el padre Cruchot armado de su ramo—, para mi sobrino todos los días serían días de fiesta.

El cura besó la mano de Eugénie y el notario Cruchot simplemente besó a la joven en ambas mejillas y dijo:

—¡Parece mentira, cómo pasa el tiempo! Cada año, doce meses.

Al colocar la candela frente al reloj de pared, Grandet, a quien le gustaba repetir sus chistes hasta la saciedad cuando le parecían graciosos, dijo:

—¡Puesto que es el cumpleaños de Eugénie, encendamos los candelabros!

Sacó cuidadosamente las ramas de los candelabros, puso la arandela en cada pedestal, cogió de manos de Nanon una vela nueva con un trocito de papel enroscado en el extremo, la colocó en el agujero, la aseguró, la encendió y fue a sentarse junto a su esposa, mirando alternativamente a sus amigos, a su hija y las dos velas. El padre Cruchot, un hombrecillo rechoncho y regordete, con una peluca pelirroja y lisa, y cara de vieja juguetona, dijo estirando sus pies bien calzados con unos zapatos resistentes de hebillas de plata:

—¿No han venido los Des Grassins?

—Aún no —dijo Grandet.

—Pero ¿vendrán? —preguntó el anciano notario con una mueca en su rostro tan agujereado como un colador.

—Estoy segura de ello —respondió la señora Grandet.

—¿Ha acabado ya la vendimia? —preguntó el presidente de Bonfons a Grandet.

—¡En todas partes! —le dijo el viejo viticultor, poniéndose en pie para pasearse de un extremo a otro de la sala sacando pecho con un gesto tan orgulloso como su expresión, «¡En todas partes!».

Por la puerta del pasillo que iba a la cocina vio entonces a Nanon, sentada junto al fuego, con una vela, y que se disponía a hilar allí para mantenerse al margen de la fiesta.

—Nanon —dijo, avanzando por el pasillo—, ¿quieres apagar el fuego y la luz y reunirte con nosotros? ¡Pardiez! La sala es lo suficientemente amplia para todos.

—Pero señor, tendrán visitas de postín.

—¿Acaso les desmereces? También salieron de la costilla de Adán, al igual que tú.

Grandet volvió hacia el presidente y le dijo:

—¿Ha vendido su producción?

—No, por Dios, la voy a guardar. Si ahora el vino es bueno, dentro de dos años todavía será mejor. Ya sabe que los propietarios han decidido mantener los precios convenidos, y este año los belgas no nos podrán pasar la mano por la cara. Si se van, allá ellos, ya volverán.

—Sí, pero mantengámonos firmes —dijo Grandet en un tono que hizo estremecer al presidente.

«¿Estará en tratos?», se preguntó Cruchot.

En aquel momento, un aldabonazo anunció a la familia Des Grassins, y la llegada de estos interrumpió la conversación que habían iniciado la señora Grandet y el cura.

La señora des Grassins era una de esas mujeres menudas, vivarachas, regordetas, blancas y sonrosadas que, gracias al régimen claustral de provincias y a las costumbres de una vida virtuosa, a los cuarenta años aún se conservan jóvenes. Son como esas últimas rosas del final de la temporada, agradables a la vista pero cuyos pétalos ya tienen cierta frialdad y han perdido su fragancia. Se arreglaba mucho y se hacía traer de París los paños, era quien marcaba la moda en Saumur y organizaba veladas. Su marido, oficial de intendencia en la guardia imperial y herido en Austerlitz, ya retirado, conservaba, a pesar de su consideración hacia Grandet, la franqueza de los militares.

—¡Buenas, Grandet! —dijo al viticultor, tendiéndole la mano y adoptando unos aires de superioridad con los que siempre anonadaba a los Cruchot—. Señorita —dijo a Eugénie tras saludar a la señora Grandet—, siempre tan bella y decente, ¿no sé qué más se os puede desear!

Acto seguido, le ofreció una caja que llevaba su criado y que contenía un brezo de El Cabo, una flor recientemente llegada a Europa y muy poco corriente.

La señora des Grassins besó afectuosamente a Eugénie, le estrechó la mano y le dijo:

—Adolphe te entregará mi pequeño obsequio.

Un joven alto y rubio, pálido y enclenque, de buenas maneras, aparentemente tímido, pero que en París, adonde había ido a estudiar Derecho, acababa de dilapidar ocho o diez mil francos de más de su pensión, avanzó hacia Eugénie, la besó en ambas mejillas y le hizo entrega de un costurero en el que todos los utensilios eran de plata sobredorada, una mercancía de auténtica pacotilla, a pesar del escudo en el que las iniciales E. G. en letras

góticas bastante bien grabadas pudiera hacer creer que se trataba de un objeto preciado. Al abrirlo, Eugénie sintió una de esas alegrías inesperadas y absolutas que hacen ruborizar, estremecerse y temblar de satisfacción a las muchachas. Volvió la vista hacia su padre, como si preguntara si podía aceptarlo, y el señor Grandet pronunció un «¡Acéptalo, hija mía!» con una entonación que hubiera inspirado a un actor. Los tres Cruchot se quedaron estupefactos al ver la mirada de júbilo y animosa dirigida a Adolphe des Grassins por la heredera a quien tales riquezas parecieron inauditas. El señor des Grassins ofreció a Grandet un pellizco de tabaco y tomó otro para él, sacudió el polvo que había caído sobre la cinta de la Legión de Honor prendida del ojal de su chaqueta azul y dirigió una mirada a los Cruchot que parecía decir: «¡Esto no se lo esperaban!». La señora des Grassins echó un vistazo a los jarros azules donde estaban los ramos de los Cruchot, buscando sus regalos con fingida y burlona buena fe. En tan delicada coyuntura, el padre Cruchot dejó que los invitados se sentaran en círculo frente a la chimenea y fue al fondo de la sala a pasear con Grandet. Cuando ambos viejos se hallaron frente al vano de la ventana más alejada de los Des Grassins:

—Esa gente —dijo el cura al oído del avaro—, tira el dinero por la ventana.

—Y qué más da, si va a parar a mi bodega —replicó el viticultor.

—Si quisierais que vuestra hija tuviera unas tijeras de oro, tendríais con qué ofrecérselas —dijo el cura.

—Le doy más que unas tijeras —respondió Grandet.

«Mi sobrino es un zoquete —pensó el cura mirando al presidente, cuyos cabellos desgredados afeaban aún más su tez morena—. A buen seguro no se le ocurrirá nada ingenioso.»

—¡Juguemos una partida, señora Grandet! —dijo la señora des Grassins.

—Si jugáramos todos, podríamos organizar dos mesas...

—Ya que es el cumpleaños de Eugénie, juguemos todos a la lotería —dijo el tío Grandet—, y los jóvenes también.

El antiguo tonelero, que jamás jugaba a juego alguno, señaló a su hija y a Adolphe.

—Vamos, Nanon, prepara las mesas.

—Nosotros la ayudaremos, señorita Nanon —dijo alegremente la señora des Grassins muy contenta por la alegría que había dado a Eugénie.

—En mi vida había estado tan contenta —le dijo la heredera—. Jamás había visto cosa tan bonita.

—Lo ha elegido Adolphe y él mismo lo ha traído de París —le dijo la señora des Grassins al oído.

«¡Echa leña al fuego, maldita intrigante! —se decía el presidente—; como algún día tengáis un pleito tú o tu marido, ya verás como acaba la cosa.»

El notario, sentado en su rincón, miraba al cura serenamente y se decía: «Ya pueden intrigar cuanto quieran los Des Grassins, porque mi fortuna, la de mi hermano y la de mi sobrino suman un millón cien mil francos. La de los Des Grassins asciende como mucho a la mitad, y además tienen una hija: ¡ya pueden regalarles lo que quieran! La heredera y los regalos un día serán nuestros».

A las ocho y media de la tarde se habían dispuesto dos mesas. La bella señora des Grassins había conseguido sentar a su hijo al lado de Eugénie. Los actores de tan interesante escena, aunque aparentemente vulgar, provistos de cartones abigarrados y numerados, y de fichas de cristal azul, parecían prestar atención a las bromas del viejo notario, que era incapaz de extraer un número sin hacer un comentario; pero todos

pensaban únicamente en los millones del señor Grandet. El viejo tonelero contemplaba vanidosamente las plumas rosadas y el maquillaje fresco de la señora des Grassins, el rostro marcial del banquero, el de Adolphe, el presidente, el cura y el notario y se decía para sus adentros: «Están aquí por mis escudos. Se están aburriendo por mi hija. ¡Pues mi hija no será ni para unos ni para otros, y todos me sirven de cebo para pescar!».

Aquella alegría familiar, en el viejo salón gris a dos velas; aquellas risas, acompañadas por el ruido de la rueca de Nanon y que solo eran sinceras en labios de Eugénie o de su madre; aquella estrechez emparejada con tan altos intereses; aquella muchacha que, cual las aves víctimas del alto precio al que se cotizan y que desconocen, se veía acosada y perseguida por muestras de amistad de las que era víctima; todo ello contribuía a que la escena fuera tristemente cómica. ¿No es acaso una escena repetida en tantos momentos y en tantos lugares, pero reducida a su más simple expresión? La figura de Grandet explotando el falso apego de ambas familias, obteniendo pingües beneficios, dominaba aquel drama y lo iluminaba. ¿No es el Dinero en todo su esplendor, expresado en una sola fisonomía, el único dios moderno al que se profesa fe? Los sentimientos de la vida no tenían allí más que un papel secundario y animaban tres corazones puros, los de Nanon, Eugénie y la madre de esta. ¡Y cuánta ignorancia había tras su inocencia! Eugénie y su madre nada sabían acerca de la fortuna de Grandet, pues no apreciaban las cosas de la vida más que a la luz de sus pálidas ideas y ni valoraban ni desdeñaban el dinero, acostumbradas como estaban a vivir sin el mismo. Sus sentimientos, heridos a sus espaldas pero aún vivos, y el secreto de sus propias existencias hacían de ellas las excepciones en aquella reunión de gentes de vida puramente material. ¡Horrible condición humana!, no hay felicidad que no sea fruto de la ignorancia. En el momento en que la señora Grandet obtuvo un premio de ochenta céntimos, el de mayor importe jamás cantado en aquella sala, y cuando Nanon reía a gusto al ver que su señora se embolsaba tan cuantiosa suma, sonó un aldabonazo en la puerta de la casa y se oyó tal estruendo que las señoras saltaron en sus sillas.

— ¡Quien así llama no es un hombre de Saumur! —dijo el notario.

—Pero ¿cómo puede llamarse así a una puerta? —dijo Nanon—. ¿Acaso quieren derribarla?

—¿Qué diablos sucede? —exclamó Grandet.

Nanon cogió una de las dos velas y fue a abrir acompañada de Grandet.

—Grandet, Grandet... —exclamó su esposa que, impelida por un vago temor, se precipitó hacia la puerta de la sala.

Todos los jugadores se miraron.

—Tendríamos que ir allí —dijo el señor des Grassins—. Ese aldabonazo me da mala espina.

En ese mismo instante, el señor des Grassins pudo ver la figura de un joven acompañado del factor de la diligencia, que llevaba dos inmensos baúles y arrastraba dos petates. Grandet se volvió bruscamente hacia su esposa y le dijo:

—Señora Grandet, vuelva a jugar a la lotería. Deje que hable con el caballero.

Acto seguido cerró de golpe la puerta de la sala, donde los jugadores, nerviosos, volvieron a sentarse, pero sin proseguir el juego.

—¿Es alguien de Saumur, señor des Grassins? —le dijo su esposa.

—No, es un viajero.

—Solo puede venir de París. En efecto —dijo el notario sacando del bolsillo su viejo reloj de un grosor de dos dedos y que parecía un barco holandés—, son las nueve en punto. ¡Diantre! La diligencia de la estafeta jamás lleva retraso.

—¿Y ese caballero es joven? —preguntó el padre Cruchot.

—Sí —respondió el señor des Grassins—. Lleva un equipaje que debe de pesar trescientos kilos.

—Nanon no vuelve —dijo Eugénie.

—Igual es un pariente suyo —dijo el presidente.

—Sigamos con el juego —dijo con amabilidad la señora Grandet—. Por su voz, me ha parecido que el señor Grandet estaba contrariado y no creo que se ponga contento si se da cuenta de que hablamos de sus asuntos.

—Señorita —dijo Adolphe a su vecina—, será sin duda vuestro primo Grandet, un joven apuesto al que vi en el baile del señor de Nucingen.

Adolphe calló pues su madre le pisó el pie y luego, tras reclamarle sus dos monedas de cinco céntimos para jugar:

—¡Te vas a callar de una vez, mentecato! —le dijo al oído.

En ese momento reapareció Grandet sin Nanon, cuyos pasos y los del factor resonaron en la escalera; le seguía el viajero, quien desde hacía unos instantes despertaba tanta curiosidad y excitaba tanto las imaginaciones que su llegada a aquel domicilio y su aparición entre aquellas gentes fueron comparables a las de un caracol en un panal o a las de un pavo real en un corral de aldea.

—Siéntese junto al fuego —le dijo Grandet.

Antes de tomar asiento, el joven forastero saludó con elegancia a los reunidos. Los hombres se pusieron en pie para responder con una educada inclinación y las mujeres lo obsequiaron con una ceremoniosa reverencia.

—Debe de tener frío, caballero —dijo la señora Grandet—, tal vez venga de...

—¡Cómo sois las mujeres! —dijo el viejo viticultor interrumpiendo la lectura de una carta que sostenía en la mano—, dejad que el caballero descanse.

—Pero, padre, tal vez el caballero necesite alguna cosa —dijo Eugénie.

—Tiene lengua —respondió severamente el viticultor.

El desconocido fue el único que se sorprendió ante semejante escena. Los demás ya estaban acostumbrados a los modales despóticos del buen hombre. Sin embargo, mientras esas dos preguntas y esas dos respuestas se cruzaban, el desconocido se puso en pie y dio la espalda al fuego, levantó uno de los pies para calentar la suela de sus botas y le dijo a Eugénie:

—Se lo agradezco, prima, pero he cenado en Tours. —Y mirando a Grandet, añadió—: No necesito nada, ni siquiera estoy cansado.

—¿El caballero viene de la capital? —preguntó la señora des Grassins.

Charles, que así se llamaba el hijo del señor Grandet de París, al ser interpelado asíó el monóculo que llevaba colgado al cuello con una cadena, se lo llevó al ojo derecho para examinar lo que había sobre la mesa y a las personas que a la misma se sentaban, examinó con impertinencia a la señora des Grassins y, tras haberlo observado todo, le dijo a esta:

—Sí, señora. Estaban jugando a la lotería, querida tía, prosigan con su juego, sería una lástima interrumpir algo tan divertido...

«Estaba segura de que era el primo», pensó la señora des Grassins mirándolo de reojo.

—Cuarenta y siete —voceó el cura—. Márquelo, señora des Grassins, ¿no tiene usted ese número?

El señor des Grassins puso una ficha sobre el cartón de su esposa que, presa de tristes presentimientos, observaba ora al primo de París y ora a Eugénie, y había olvidado la

lotería. De vez en cuando, la joven heredera dirigía miradas furtivas a su primo y la esposa del banquero pudo fácilmente descubrir en las mismas un *crescendo* de asombro o de curiosidad.

Charles Grandet, apuesto joven de veintidós años, provocaba en aquel momento un singular contraste con los provincianos ligeramente indignados por su porte aristocrático y que lo estudiaban para mejor burlarse de él. Eso requiere una explicación. A los veintidós años, los jóvenes aún están demasiado cerca de la infancia y se dejan llevar por chiquillerías. Por ello, tal vez, sería fácil dar con noventa y nueve de cada cien que se habrían comportado de igual manera que Charles Grandet. Unos días antes de esa velada, su padre le había dicho que fuera a pasar unos meses en casa de su hermano de Saumur. Quizá el señor Grandet de París pensaba en Eugénie. A Charles, que recalaba en provincias por primera vez, se le ocurrió presentarse allí con los aires de superioridad de un joven a la moda, desesperar a la comarca con su lujo, hacer época e importar allí los inventos de la vida parisina. Para decirlo con una sola palabra, quería dedicar en Saumur más tiempo a cepillarse las uñas que en París y aparentar la excesiva afectación en el vestir que en ocasiones un joven elegante abandona con una negligencia que tiene igualmente cierto encanto. Por ello Charles se llevó consigo el más bello traje de caza, el más bello fusil, el más bello cuchillo y la más bella vaina de París. Se llevó también consigo su colección de los más ingeniosos chalecos: grises, blancos, negros, de color escarabajo, con reflejos dorados, de lentejuelas, de mezclilla, dobles, de cuello ancho o estrecho, de cuello vuelto, abotonados hasta el cuello y de botones de oro. Se llevó consigo todas las variedades de cuello y de corbata que estaban de moda aquella temporada, dos trajes de Buisson y su lencería más fina^[47]. Se llevó consigo su hermoso estuche de aseo de oro, que le obsequiara su madre. Se llevó consigo sus perifollos de dandi, sin olvidar un delicado pequeño escritorio que le regalara la más amable de las mujeres, para él al menos, una gran dama a la que llamaba Annette y que en aquellos momentos viajaba por Escocia conyugalmente, muy aburrida, víctima de las sospechas ante las que se veían obligados a sacrificar momentáneamente su felicidad; y también abundante papel muy bello para escribirle una carta quincenalmente. Se trataba pues de un cargamento de futilidades parisinas tan completo como era posible, que comprendía incluso la fusta que sirve para retar a un duelo o unas bellas pistolas talladas, y en el que era posible hallar todos los aperos necesarios para que un joven ocioso se labrara su porvenir. Dado que su padre le había dicho que viajara solo y modestamente, había ido hasta allí en el cupé de la diligencia reservada para él solo, satisfecho de no verse obligado a estropear el delicioso coche de viaje encargado para ir al encuentro de su Annette, la gran dama que... etcétera, con la que debía reunirse en junio próximo en el balneario de Baden. Charles contaba encontrarse con un centenar de personas en casa de su tío, cazar a caballo en sus bosques y, en resumidas cuentas, llevar una vida a cuerpo de rey; no esperaba encontrarlo en Saumur, donde solo había preguntado por él para que le indicaran el camino de Froidfond; sin embargo, al saber que se hallaba en la ciudad, creyó que lo hallaría en un palacete. Con intención de presentarse convenientemente ante su tío, ya fuera en Saumur o en Froidfond, se había vestido para el viaje con coquetería, con estudiada sencillez, de manera adorable, para emplear la palabra que en esa época resumía la perfección especial de una cosa o de un hombre. En Tours, un peluquero acababa de rizarle de nuevo su hermoso cabello castaño; allí se mudó de ropa interior y se puso una corbata de satén negro a juego con un cuello redondo que enmarcara agradablemente su rostro pálido y sonriente. Un redingote de viaje a medio abotonar le ceñía la cintura y dejaba ver un chaleco de cachemira de amplias solapas bajo el que

llevaba un segundo chaleco blanco. Su reloj, negligentemente abandonado al azar en un bolsillo, colgaba de una corta cadena de oro de uno de los ojales. Su pantalón gris se abotonaba lateralmente, y unos dibujos bordados en seda negra adornaban las costuras. Manejaba con gracia un bastón cuya empuñadura de oro no empañaba el brillo de sus guantes grises. Finalmente, su gorra era de un gusto exquisito. Solo un parisino, un parisino de los círculos más selectos, podía vestir así sin parecer ridículo y proporcionar una armonía de fatuidad a todas esas bobadas, y hacerlo con orgullo, dándose aires de tener unas buenas pistolas, el pulso firme y a Annette. Ahora, si desean comprender la mutua sorpresa de los naturales de Saumur y del joven parisino, ver perfectamente el deslumbrante resplandor que la elegancia del viajero irradiaba entre las sombras grises de la sala y las figuras que componían el retrato de familia, traten de imaginarse a los Cruchot. Los tres tomaban rapé y desde ya hacía tiempo no les preocupaban ni las flemas ni los manchurroneos negros esparcidos por las pecheras de sus camisas parduzcas, de cuellos enroscados y arrugas amarillentas. Sus corbatas flojas se enredaban como una cuerda en cuanto se las colgaban al cuello. La enorme cantidad de ropa blanca de que disponían con el fin de no tener que lavarla más que una vez cada seis meses y el hecho de guardarla en el fondo de sus armarios hacía que el tiempo imprimiera en sus camisas una pátina grisácea y enmohecida. La falta de gracia y la senilidad se reunían en ellos a la par. Sus rostros, tan marchitos como sus raídas chaquetas, tan arrugados como sus pantalones, parecían consumidos, resecos y estriados. La negligencia general de las demás vestimentas, incompletas, sin gracia, como es propio de la manera de vestir provinciana, donde insensiblemente se llega al extremo de ni siquiera arreglarse para los otros y a andarse con ojo con el precio de unos guantes, estaba en consonancia con la desidia de los Cruchot. El horror a la moda era el único punto donde grassinistas y cruchotistas coincidían. En cuanto el parisino tomó su monóculo para examinar los singulares accesorios de la sala, las vigas, el tono de las marqueterías o los puntos que en ellas habían impreso las moscas en un número tan elevado que hubieran bastado para puntuar *L'Encyclopédie méthodique* y *Le Moniteur*^[48], los jugadores de lotería alzaban la vista y lo observaban con la misma curiosidad que habrían manifestado ante una jirafa. El señor des Grassins y su hijo, para quienes el aspecto de un hombre vestido a la moda no era desconocido, se sumaron empero a la sorpresa de sus vecinos al sentir la vaga influencia de un sentimiento generalizado o al aprobarlo diciendo a sus compatriotas con irónicas miradas de reojo: «Así son los parisinos». Además, todos podían observar con detenimiento a Charles sin ofender al señor de la casa, pues Grandet se hallaba inmerso en la lectura de la larga carta que tenía entre manos y, para leerla, había cogido la única vela de la mesa, sin preocuparse por sus huéspedes ni por la comodidad de estos. Eugénie, que desconocía la existencia de tal perfección en el vestir y en la persona en sí misma, creyó ver en su primo a una criatura descendida de alguna región seráfica. Respiraba con delicia el perfume exhalado por la brillante cabellera, tan graciosamente rizada. Habría deseado tocar la piel clara de aquellos bellos y delicados guantes. Admiraba las pequeñas manos de Charles, su tez, el frescor y la delicadeza de sus rasgos. Aunque esa imagen pueda resumir la impresión que el elegante joven produjo en una muchacha ignorante siempre ocupada en remendar sus medias, en zurcir la ropa de su padre, y cuya vida había transcurrido bajo aquellos mugrientos artesonados sin ver pasar por aquella calle silenciosa a más de un transeúnte cada hora, la vista de su primo hizo brotar en su corazón las emociones de delicada voluptuosidad que despiertan en un joven las fantásticas figuras femeninas dibujadas por Westall en los *keepsakes* ingleses y grabadas por los Finden con tan hábil buril que, al soplar sobre el

papel se teme que esas apariciones celestes salgan volando. Charles extrajo de su bolsillo un pañuelo bordado por la gran dama que viajaba por Escocia. Al ver aquella hermosa labor hecha con amor en las horas perdidas para el amor, Eugénie observó a su primo para saber si realmente iba a utilizarlo. Los modales de Charles, sus gestos, la manera en que asía el monóculo, su afectada impertinencia, su desprecio hacia el costurero que tanta alegría había causado a la joven heredera y que evidentemente le parecía de nulo valor o ridículo; en fin, todo cuanto contrariaba a los Cruchot y a los Des Grassins le complacía tanto que antes de dormirse debió de soñar un buen rato con ese fénix de los primos.

Los números se extraían con lentitud pero pronto la lotería se vio interrumpida. Nanon entró en la sala y dijo en voz alta:

—Señora, necesito sábanas para hacerle la cama al caballero.

La señora Grandet se fue con Nanon. La señora des Grassins dijo en aquel momento en voz baja:

—Guardémonos nuestro dinero y dejemos de jugar a la lotería.

Y cada uno recogió las dos monedas que habían depositado en una vieja bandeja desportillada. Luego, los allí reunidos se movieron en masa y se volvieron hacia el fuego.

—¿Ya han acabado la partida? —dijo Grandet sin dejar la carta.

—Sí, sí —respondió la señora des Grassins, y fue a sentarse junto a Charles.

Eugénie, movida por uno de esos pensamientos que nacen en el corazón de las muchachas cuando un sentimiento se aloja en el mismo por primera vez, abandonó la sala para ir a ayudar a su madre y a Nanon. Interrogada por un hábil confesor, sin duda le hubiera confesado que no pensaba ni en su madre ni en Nanon sino que ardía en deseos de inspeccionar la habitación de su primo para así ocuparse de este, para disponer allí lo que fuera necesario, para subsanar un olvido, para preverlo todo, para que la habitación estuviera limpia y fuera elegante, en la medida de lo posible. Eugénie ya se creía la única capaz de comprender los gustos y las ideas de su primo. Y llegó oportunamente para hacer ver a su madre y a Nanon, que ya regresaban convencidas de que todo estaba listo, que todo estaba por hacer. Sugirió a Nanon que calentara las sábanas con las brasas del fuego, ella misma cubrió la vieja mesa con un tapete y le indicó a Nanon que cambiara el tapete cada mañana. Convenció a su madre de la necesidad de encender un buen fuego en la chimenea y ordenó a Nanon que subiera un haz de leña al pasillo sin decirle nada de ello a su padre. Fue corriendo a una de las rinconeras de la sala a por una bandeja lacada heredada del difunto señor de La Bertellière, cogió también una copa de cristal de seis caras, una cucharilla empañada y un frasco antiguo en el que había grabados unos cupidos y lo dispuso todo triunfalmente sobre la chimenea. Se le habían ocurrido más ideas en un cuarto de hora que desde que vino al mundo.

—Mamá —dijo—, nuestro primo no podrá soportar el olor de una candela. ¿Y si compráramos velas...? —Y, ligera como un pajarillo, sacó de su bolsa el escudo que había recibido para sus gastos del mes—. Toma, Nanon —le dijo—, ve deprisa.

—Pero ¿qué dirá tu padre? —Esa terrible objeción fue pronunciada por la señora Grandet al ver a su hija pertrechada de un azucarero de porcelana que Grandet había traído del castillo de Froidfond—. ¿De dónde vas a sacar el azúcar? ¿Estás loca?

—Mamá, que Nanon compre velas y azúcar.

—Pero ¿y tu padre?

—¿Sería de recibo que su sobrino no pudiera ni beber un vaso de agua azucarada? Además, no se dará cuenta de ello.

—Tu padre lo ve todo —dijo la señora Grandet meneando la cabeza.

Nanon se mostraba dubitativa, pues conocía a su amo.

—Ve de inmediato, Nanon, ¡ya que es mi cumpleaños!

Nanon soltó una carcajada al oír el primer chiste de su vida en boca de su joven señorita y la obedeció. Mientras Eugénie y su madre trataban de adecuar la habitación que el señor Grandet había destinado para su sobrino, Charles recibía las atenciones de la señora des Grassins, que le hacía arrumacos.

—Es muy valiente, caballero —le decía—, al abandonar los placeres de la capital durante el invierno para venir a vivir a Saumur. Pero, si no le damos miedo, verá que aquí incluso es posible divertirse.

Le dirigió uno de esos auténticos guiños típicos de provincias, donde, por costumbre, las mujeres muestran tanta prudencia y reserva en sus miradas que les contagian la golosa concupiscencia propia de las de los curas, para quienes cualquier placer es un robo o un pecado. Charles se hallaba tan desorientado en aquella sala, tan lejos del vasto castillo y de la fastuosa vida que imaginaba para su tío, que al mirar atentamente a la señora des Grassins apercibió por fin una imagen borrosa de los rostros parisinos. Respondió con gracia a aquella especie de invitación a él dirigida e inició con naturalidad una conversación a lo largo de la cual la señora des Grassins bajó progresivamente el tono de su voz para que estuviera a tenor de sus confidencias. Ella y Charles tenían una misma necesidad de confianza y tras un rato de charla coqueta y bromas de buen tono, la astuta provinciana pudo decirle creyendo que los demás no alcanzaban a oírla, pues hablaban de la venta de vinos a la que se dedicaba entonces la comarca entera:

—Caballero, tanto para mi marido como para mí será un verdadero placer si nos hace el honor de visitarnos. Nuestro salón es el único en Saumur donde hallará reunidos al alto comercio y a la nobleza: pertenecemos a ambas sociedades, que solo se dan cita allí porque nos divertimos. Mi marido, y lo digo con orgullo, goza de la consideración de unos y otros. Trataremos de entretenerle para distraerle de su aburrida estancia aquí. ¡Qué será de usted si se queda en casa del señor Grandet, por Dios! Su tío es un tacaño y no piensa más que en sus sarmientos barbados, su tía es una beata que no sabe hilvanar dos ideas seguidas y su prima es una boba, sin educación, vulgar, sin dote, y que se pasa la vida zurciendo trapos.

«Qué mujer tan agradable», se dijo para sí Charles Grandet respondiendo a los melindres de la señora des Grassins.

—Creo, querida, que quieres acaparar al caballero —dijo entre risas el alto y gordo banquero.

Ante esa observación, el notario y el presidente dijeron algunas palabras más o menos maliciosas, pero el cura los miró con agudeza y resumió sus pensamientos cogiendo un pellizco de tabaco y ofreciendo su tabaquera a los demás:

—¿Quién mejor que la señora podría hacerle los honores de Saumur al caballero?

—¿Qué quiere decir con eso, señor cura? —preguntó el señor des Grassins.

—Lo digo, caballero, en el sentido más favorable para usted, para la señora, para la ciudad de Saumur y para el caballero —añadió el taimado anciano volviéndose hacia Charles.

Sin aparentar prestar atención alguna a la misma, el padre Cruchot había adivinado la conversación entre Charles y la señora des Grassins.

—Caballero —dijo entonces Adolphe a Charles, en un tono que pretendía que fuera distendido—, no sé si se acuerda de mí; tuve el placer de hallarme frente a usted en el baile ofrecido por el barón de Nucingen, y...

—Perfectamente, caballero, perfectamente —respondió Charles sorprendido de ser objeto de atenciones de todos los presentes—. ¿El caballero es su hijo? —preguntó a la señora des Grassins.

El cura miró maliciosamente a la madre.

—Sí, señor —dijo ella.

—Era usted muy joven cuando estuvo en París —prosiguió Charles dirigiéndose a Adolphe.

—Qué quiere, caballero —dijo el cura—, en cuanto los destetamos ya los enviamos a Babilonia.

La señora des Grassins dirigió al cura una mirada de sorprendente intensidad.

—Hay que venir a provincias —continuó— para conocer a mujeres de treinta y pocos años tan lozanas como nuestra querida amiga tras haber tenido hijos que pronto se habrán licenciado en Derecho. Me parece que fue ayer cuando los jóvenes y las damas se subían a las sillas para verla bailar en el baile, señora —añadió el cura volviéndose hacia su contrincante femenina—. Para mí, sus éxitos vienen de antiguo...

«¡Será canalla, el viejo! —se dijo para sus adentros la señora des Grassins—. ¿Habrá adivinado mis intenciones?»

«Creo que tendré mucho éxito en Saumur», se decía Charles desabotonándose el redingote, llevándose una mano al chaleco y dejando perdida su mirada en el espacio para imitar la pose en la que Chantrey retrató a lord Byron.

La falta de atención del tío Grandet o, para decirlo más precisamente, la preocupación en que lo sumergía la lectura de la carta, saltó a la vista del notario y del presidente, que hacían conjeturas acerca del contenido de la misma a través de los imperceptibles movimientos del rostro del hombre, iluminado por la candela. Al viticultor le costaba mantener la serenidad habitual de su fisonomía y cada cual podrá hacerse su propia idea de la afectada contención del buen hombre mientras leía la siguiente carta:

Querido hermano:

Pronto hará ya veintitrés años desde que nos vimos por última vez. Nuestra última conversación tuvo lugar con ocasión de mi boda y tras la misma nos despedimos alegres uno y otro. Claro está que entonces, cuando aplaudías la prosperidad de la familia, no podía prever que un día serías el único sostén de la misma. Cuando tengas esta carta en tus manos, yo ya no existiré. En la situación en que me encuentro, no he querido sobrevivir a la vergüenza de la quiebra. He estado al borde del abismo hasta el último momento, siempre con la esperanza de poder salir a flote, pero debo dejarme caer. Las bancarrotas sumadas de mi agente de cambio y de Roguin, mi notario, se han llevado mis últimos recursos y me han dejado sin un céntimo. Tengo el dolor de deber cerca de cuatro millones y con mis activos no puedo cubrir más que un veinticinco por ciento de los mismos. Mis vinos en bodega sufren ahora mismo la ruinosa caída de precios provocada por la calidad y la abundancia de vuestras cosechas. Dentro de tres días, París dirá: «¡El señor Grandet era un granuja!». A pesar de mi probidad, me verá cubierto por un sudario de infamia. Le arrebato a mi hijo su buen nombre que he mancillado y la fortuna de su madre. Esa desventurada criatura a la que idolatro no sabe nada de todo esto. Nos despedimos muy cariñosamente, y felizmente ignora que al decirle adiós derramé las últimas lágrimas de mi vida. ¿Me maldecirá algún día? Hermano, querido hermano, la maldición de nuestros hijos es espantosa, pueden echárnosla en cara pero para ellos es irrevocable. Grandet, eres mi hermano mayor y me debes tu protección: ¡haz que Charles no pronuncie palabras amargas ante mi tumba! Querido hermano, si te escribiera con mi propia sangre y mis lágrimas no habría tanto dolor

en esta carta como el que en ella vuelco, puesto que si llorara, sangrara o estuviera muerto ya no sufriría; pero sufro y veo la muerte ante mí ya sin aflicción. ¡Eres, pues, el padre de Charles! No tiene familia por el lado materno, ya sabes el porqué. ¿Por qué no obedecí a los prejuicios sociales? ¿Por qué cedí al amor? ¿Por qué me casé con la hija natural de un gran señor? Charles ya no tiene familia. ¡Oh, mi desventurado hijo! ¡Mi hijo! Escucha, Grandet, no te imploro por mí, y además tal vez tus bienes no sean suficientes para soportar una hipoteca de tres millones, sino por mi hijo. Debes saber, hermano, que he unido mis manos para suplicar pensando en ti. Grandet, te confío a Charles en cuanto yo haya muerto y miro mis pistolas sin dolor pensando que le harás de padre. Charles me quería; yo era bueno con él, no lo contradecía nunca: no me maldecirá. Además, ya verás, es dulce, ha salido a su madre, nunca te causará penas. ¡Pobre hijo! Está acostumbrado a disfrutar de todos los lujos y no conoce las privaciones a las que nuestra primera miseria nos condenó a uno y otro... Y ahora está arruinado y solo. Sí, sus amigos lo abandonarán y yo seré la causa de sus humillaciones. ¡Ah, cómo me gustaría tener fuerza suficiente en mis brazos para enviarlo de golpe al cielo junto a su madre! ¡Qué locura! Vuelvo a mi desgracia, a la de Charles. Te lo he enviado para que le informes de la manera adecuada acerca de mi muerte y de su destino. Sé un padre para él, pero un buen padre. No lo apartes de golpe de su vida ociosa, lo matarías. Le pido de rodillas que renuncie a los créditos que en su condición de heredero de su madre podría reclamarme. Sin embargo, es una súplica superflua; tiene honor y sentirá que no debe sumarse a mis acreedores. Haz que renuncie a mi herencia llegada la hora. Revélale las duras condiciones de la vida a la que lo condeno y, si aún siente cariño hacia mí, dile en mi nombre que no lo ha perdido todo. Sí, el trabajo que nos salvó a los dos puede ofrecerle la fortuna de la que yo le he privado; y, si quiere escuchar la voz de su padre, que por él sería capaz de salir de su tumba un momento, que se marche, ¡que se vaya a las Indias! Querido hermano, Charles es un joven íntegro y valiente: si le ayudas a iniciar un negocio de comercio con esos lejanos países, morirá antes que no devolverte los primeros fondos que le hayas prestado; ¡porque sé que se los prestarás, Grandet, o los remordimientos te devorarían! ¡Ah, si mi hijo no halla en ti socorro ni ternura, exigiré eternamente venganza a Dios por tu dureza! Si hubiera podido salvar algunos valores, habría podido entregarle una suma en virtud de la herencia de su madre, pero los pagos de fin de mes han absorbido todos mis recursos. No habría querido morir con la duda sobre el destino de mi hijo; habría querido sentir santas promesas en el calor de tu mano que me hubiera reconfortado; pero no tengo tiempo. Mientras Charles viaja, tengo que hacer el balance. Trato de probar con la buena fe que preside mis negocios que en mis desastres no ha habido ni delito ni falta de probidad. ¿No es esa también una manera de ocuparme de Charles? Adiós, hermano. Que Dios te bendiga por la generosa tutela que te confío y que aceptas, estoy seguro de ello. Habrá siempre una voz que rezará por ti desde el mundo al que todos debemos ir un día y en el que yo ya estoy.

VICTOR-ANGE-GUILLAUME GRANDET

—¿Está conversando? —dijo el tío Grandet doblando exactamente la carta siguiendo los mismos dobleces y guardándola en el bolsillo de su chaleco. Observó a su sobrino con una mirada humilde y temerosa bajo la que ocultaba sus emociones y sus cálculos—. ¿Ya ha entrado en calor?

—Sí, querido tío.

—¿Y dónde están las mujeres? —dijo el tío, que había olvidado que su sobrino dormía en su casa. En aquel momento regresaron Eugénie y la señora Grandet—. ¿Está

todo listo, arriba? —preguntó recobrando la serenidad.

—Sí, padre.

—En tal caso, sobrino, si está cansado, Nanon lo acompañará a su habitación. Pardiez, no será un apartamento de petimetre, pero debe disculpar a unos pobres viticultores que están siempre sin un céntimo. Los impuestos se lo comen todo.

—No quisiéramos ser indiscretos, Grandet —dijo el banquero—. Seguramente tendrá cosas de que hablar con su sobrino, así que le deseamos buenas noches. Hasta mañana.

Tras aquellas palabras, los invitados se pusieron en pie y cada uno hizo una reverencia según su carácter. El viejo notario fue a buscar junto a la puerta su farol, lo encendió y se ofreció a acompañar a los Des Grassins hasta su casa. La señora des Grassins no había previsto el incidente que haría acabar prematuramente la velada y su criado aún no había llegado.

—¿Me hará el honor de aceptar mi brazo, señora? —dijo el padre Cruchot a la señora des Grassins.

—Gracias, señor cura. Ya tengo a mi hijo —respondió ella, seca.

—Mi compañía no compromete a las damas —dijo el cura.

—Dale el brazo al padre Cruchot —le dijo su marido.

El cura condujo a la bella dama con prontitud y se situaron unos pasos por delante de la caravana.

—Excelente joven, señora —le dijo cogiéndola del brazo—. Su gozo en un pozo. Ya puede despedirse de la señorita Grandet, pues Eugénie será para el parisino. A menos que el primo no esté enamorado de una parisina, su hijo Adolphe hallará en él al rival más...

—Déjelo estar, padre. Ese joven no tardará en darse cuenta de que Eugénie es boba, una muchacha sin sangre. ¿Se ha fijado en ella? Esta noche tenía la tez muy amarillenta.

—A buen seguro se lo habrá comentado al joven.

—No me ando con remilgos...

—Póngase siempre junto a Eugénie, señora, y poco tendrá que decirle a ese joven contra su prima, él mismo hará una comparación que...

—En primer lugar, me ha prometido que vendrá a cenar a casa pasado mañana.

—Si usted quisiera, señora... —dijo el cura.

—¿Y qué cree que quiero, señor cura? ¿Acaso trata de darme malos consejos? ¡Dios me libre!, no he llegado a los treinta y nueve años con una reputación sin tacha para comprometerla, aunque fuera a cambio del imperio del Gran Mogol. Estamos en una edad, uno y otro, en la que uno ya sabe de qué habla. Para ser cura, tiene usted ideas disparatadas, ¡basta ya! Esto es digno del *Faublas*^[49].

—¿Así que ha leído el *Faublas*?

—No, señor cura, quería decir *Las amistades peligrosas*.

—¡Ah, ese libro es infinitamente más decente! —dijo el cura riendo—. ¡Pero veo que me considera tan perverso como a un joven de hoy! Simplemente quería...

—Atrévase a decir que no pensaba aconsejarme cosas malas. ¿No está claro? Si ese joven, que está muy bien, no diré lo contrario, me cortejara no pensaría en su prima. Sé que en París hay madres respetables que lo hacen por la felicidad y la fortuna de sus hijos; pero estamos en provincias, padre.

—Sí, señora.

—Y —prosiguió ella— yo no querría, ni lo querría Adolphe, ni cien millones

comprados a ese precio...

—Señora, en momento alguno he hablado de cien millones. La tentación tal vez habría superado tanto sus fuerzas como las mías. Únicamente, y según mi parecer, creo que una mujer honesta puede permitirse, decentemente y honorablemente, pequeñas coqueterías sin consecuencia que forman parte de sus deberes en sociedad y que...

—¿Eso cree?

—¿Acaso no debemos tratar de ser agradables los unos a los otros, señora? Permítame que me suene. Le aseguro, señora —prosiguió— que la observaba de reojo con una mirada mucho más halagadora que la que a mí me dirigía; pero le perdono que se rinda antes a la belleza que a la vejez...

—Está claro que el señor Grandet de París envía a su hijo a Saumur con intención de casarlo... —decía el presidente con su voz grave.

—Pero en ese caso el primo no habría caído como una bomba —respondió el notario.

—Eso no quiere decir nada —dijo el señor des Grassins—, el hombre se anda siempre con tapujos.

—Des Grassins, amigo, he invitado a cenar al joven. Tendrá que ir a invitar a los De Larsonnière, y a los Du Hautoy, con la bella señorita du Hautoy, por supuesto; ¡esperemos que ese día se vista como es debido! ¡Por celos, la madre la viste tan mal...! Espero, caballeros, que nos harán el honor de asistir —añadió deteniendo el cortejo para volverse hacia los dos Cruchot.

—Ya está en su casa, señora —dijo el notario.

Tras saludar a los tres Des Grassins, los tres Cruchot regresaron a su casa, utilizando ese genio para el análisis que poseen los provincianos para estudiar desde todos los ángulos el gran acontecimiento de aquella velada, que cambiaba las respectivas posiciones de cruchotistas y grassinistas. El admirable sentido común que guiaba las acciones de aquellos grandes calculadores hizo que unos y otros vieran la necesidad de una momentánea alianza contra el enemigo común. ¿No debían acaso evitar mutuamente que Eugénie amara a su primo y a Charles pensar en su prima? ¿El parisino podría resistir las pérdidas insinuaciones, las calumnias endulzadas, las maledicciones cargadas de elogios o las inocentes negativas que constantemente surgirían alrededor de él para engañarlo?

Cuando los cuatro parientes se hallaron solos en la sala, el señor Grandet dijo a su sobrino:

—Es hora de acostarse. Es demasiado tarde para hablar de los asuntos que le han traído aquí y mañana hallaremos un momento más conveniente para hacerlo. Aquí desayunamos a las ocho de la mañana. A mediodía, almorzamos una fruta y un pedazo de pan en un periquete y bebemos un vaso de vino blanco; luego cenamos, como los parisinos, a las cinco. Ese es el horario. Si desea visitar la ciudad o los alrededores, será libre como el viento. Sabrá disculparme si mis negocios no me permiten acompañarlo en todo momento. Quizá oirá que aquí todos hablan de que soy rico: ¡el señor Grandet por aquí, el señor Grandet por allá! Yo les dejo que hablen pues sus cotilleos no perjudican a mi crédito, pero no tengo un céntimo y a mi edad aún trabajo como un mozo que no tiene otros bienes que una mala raspa y dos buenos brazos. Quizá pronto descubrirá lo que cuesta un escudo cuando hay que sudarlo. ¿Esas candelas, Nanon?

—Espero, querido sobrino, que tendrá cuanto necesite —dijo la señora Grandet—; pero si necesitara algo, no dude en llamar a Nanon.

—Querida tía, será difícil, ¡creo que me he traído todas mis cosas! Permítame

desearle buenas noches y también a mi joven prima.

Charles cogió de manos de Nanon una vela encendida, una vela de Anjou, de un tono muy amarillo, envejecida en la tienda y tan parecida a una candela que el señor Grandet, incapaz de sospechar siquiera que las hubiera en la casa, no se dio cuenta de aquel despilfarro.

—Os mostraré el camino —dijo.

En lugar de salir por la puerta de la sala que daba bajo la bóveda, Grandet hizo la ceremonia de pasar por el pasillo que separaba la sala de la cocina. Una puerta batiente provista de un gran ventanal de cristal ovalado cerraba aquel pasillo por el lado de la escalera para temperar el frío que por allí entraba. En invierno, sin embargo, la brisa soplaba por allí con rudeza y, a pesar de los burletes que habían puesto en las puertas de la sala, en la estancia apenas se podía mantener una temperatura adecuada. Nanon fue a echar el cerrojo a la puerta de entrada, cerró la sala, y en el establo desató al perro lobo con la voz rota como si sufriera una laringitis. Aquel animal de notable ferocidad solo obedecía a Nanon. Esas dos criaturas del campo se comprendían. Cuando Charles vio las paredes amarillentas y ahumadas en el hueco en que la empinada escalera carcomida temblaba bajo los pesados pasos de su tío, su desengaño se fue *rinforzando*. Le parecía estar en un palo de gallinas. Su tía y su prima, hacia las que se volvió para interrogar sus rostros, estaban tan acostumbradas a aquella escalera que, al no adivinar la causa de su sorpresa, creyeron que se trataba de una expresión amistosa y respondieron a la misma con una sonrisa agradable que lo desesperó. «¿Qué diablos me ha enviado a hacer aquí mi padre?», se dijo. Al llegar al primer descansillo, vio tres puertas pintadas de rojo etrusco y sin marco, unas puertas perdidas en la polvorienta muralla y decoradas con unos laterales de hierro sujetos con pernos, a la vista, rematados en forma de llamas al igual que, a cada lado, la placa de la cerradura. De esas puertas, la que se hallaba en lo alto de la escalera y que daba acceso a la estancia situada sobre la cocina estaba tapiada. Allí solo podía entrarse desde la habitación de Grandet, quien utilizaba esa estancia como gabinete. La única ventana por la que entraba luz y que daba al patio la guardaba una reja de enormes barrotes. Nadie, ni siquiera la señora Grandet, estaba autorizado a entrar allí, pues el buen hombre deseaba encerrarse solo cual alquimista en su laboratorio. Allí, sin duda, se había construido algún escondrijo, allí se almacenaban los títulos de propiedad, allí colgaban las balanzas para pesar los luises, allí se hacían con nocturnidad y en secreto los recibos, las facturas y los cálculos; por ello, la gente de negocios, al ver a Grandet siempre al día, podía imaginar que tenía a sus órdenes a un hada o a un diablo. Allí, sin duda, cuando Nanon roncaba tan ruidosamente que los suelos de madera se estremecían, cuando el perro lobo velaba y bostezaba en el patio, cuando la señora y la señorita Grandet se habían dormido, el antiguo tonelero iba a mimar, acariciar, airear y abrazar su oro. Los muros eran gruesos y los postigos discretos. Solo él tenía la llave de aquel laboratorio donde, se decía, consultaba planos en que aparecían dibujados sus frutales y donde tasaba sus productos sin equivocarse ni de un sarmiento barbado ni de una mostela. La entrada de la habitación de Eugénie se hallaba frente a aquella puerta tapiada. En el otro extremo del rellano se hallaban los apartamentos del matrimonio que ocupaban toda la parte delantera de la casa. La señora Grandet tenía una habitación contigua a la de Eugénie, a la que se accedía por una puerta vidriada. La habitación del amo de la casa estaba separada de la de su esposa por un tabique y del misterioso gabinete por un muro. El tío Grandet había alojado a su sobrino en la segunda planta, en la alta buhardilla situada sobre su habitación de manera que pudiera oírlo si tenía la ocurrencia de ir y venir. Cuando Eugénie y su madre llegaron al descansillo se dieron un

beso de buenas noches; luego, tras despedirse de Charles con palabras frías en sus labios pero a buen seguro cálidas en el corazón de la muchacha, se retiraron a sus habitaciones.

—Siéntase como en su propia casa, querido sobrino —dijo el tío Grandet a Charles abriéndole la puerta—. Si necesita salir, avise a Nanon. Sin ella, el perro, su seguro servidor, se lo comería sin decir palabra. Que descanse. ¡Buenas noches! ¡Ja, ja! Las señoras le han encendido fuego —añadió.

En aquel momento apareció la larguirucha Nanon, armada con un calentador.

—¡Ahí llega la otra! —dijo el señor Grandet—. ¿Creéis que mi sobrino es una mujer que va a dar a luz? Anda, llévate esas brasas, Nanon.

—Pero señor... las sábanas están húmedas y el caballero es tan delicado como una mujer.

—Vamos, ya que se te ha metido en la cabeza —dijo Grandet empujándola por los hombros—, pero ve con cuidado no vayas a provocar un incendio.

Acto seguido, el avaro bajó las escaleras refunfuñando palabras ininteligibles.

Charles se quedó atónito en mitad de la habitación rodeado de sus baúles. Tras haber recorrido con la mirada las paredes de una habitación abuhardillada empapelada con uno de esos papeles amarillos con flores que cubren las paredes de los merenderos, la chimenea de piedra caliza acanalada cuyo solo aspecto provocaba escalofríos, las sillas de madera amarillenta y rejilla barnizada que parecían tener más de cuatro ángulos, la mesilla de noche abierta en la que hubiera cabido un sargento de infantería de los *voltigeurs*^[50], la fina alfombra a los pies de una cama con dosel cuyas cortinas temblaban como si fueran a caerse, devoradas por los gusanos, miró muy serio a Nanon y le dijo:

—Buena mujer, ¿seguro que estoy en casa del señor Grandet, antiguo alcalde de Saumur y hermano del señor Grandet de París?

—Sí, señor, en casa de un caballero amable y educado, un señor de pies a cabeza. ¿Necesita que le ayude a deshacer su equipaje?

—¡Por supuesto, soldado veterano! ¿No habréis servido en la marina de la guardia imperial?

—¡Uy, uy, uy! —exclamó Nanon—. ¿Qué es eso de la marina de la guardia? ¿Es salada? ¿Va por el agua?

—Tenga, busque mi bata que está en esa maleta. Aquí tiene la llave.

Nanon se quedó maravillada al ver una bata de seda verde floreada en oro y con un estampado antiguo.

—¿Se va a poner eso para acostarse? —dijo ella.

—Sí.

—¡Virgen santa! Con lo bonita que quedaría delante del altar en la parroquia. Querido señor, dónela para la iglesia y así salvará su alma, mientras que eso se la hará perder. ¡Oh, qué elegante está así! Voy a avisar a la señorita para que lo vea.

—Vamos, Nanon, ¿hará el favor de callarse? Déjeme acostarme, ya arreglaré mis cosas mañana; y si tanto le gusta la bata, salvará usted su alma. Soy demasiado buen cristiano para no obsequiársela cuando me marche y podrá hacer con ella lo que guste.

Nanon permaneció allí inmóvil, contemplando a Charles, sin poder decir palabra.

—¡Que me va a regalar esa prenda tan bonita! —dijo al marcharse—. El señor ya está soñando. Buenas noches.

—Buenas noches, Nanon.

«¿Qué hago yo aquí?», se preguntó Charles al dormirse. «Mi padre no es necio, así que algún objeto debe de tener mi viaje. ¡Psé!, dejemos para mañana los asuntos serios,

decía no se qué bocazas griego^[51]».

«¡Virgen santa! ¡Qué gentil es mi primo!», se dijo Eugénie interrumpiendo sus oraciones, que aquella noche no acabó.

A la señora Grandet no le vino nada a la cabeza al acostarse. Oía, a través de la puerta de comunicación que se hallaba en el centro del tabique, al avaro andando de un lado a otro de su habitación. Como todas las mujeres tímidas, había estudiado el carácter de su amo. Al igual que la gaviota prevé la tormenta, ella había sentido por imperceptibles señales la tempestad interior que agitaba a Grandet y, por utilizar la expresión que ella empleaba en tales ocasiones, se hacía la muerta. Grandet miraba la puerta reforzada con chapa por dentro que había hecho poner en su gabinete, y se decía: «¡Qué extraña idea ha tenido de dejarme a su hijo en herencia! ¡Menuda herencia! No tengo ni veinte escudos para dar, pero ¿qué serían veinte escudos para ese petimetre que se miraba mi reloj de pared con su monóculo como si hubiera querido arrojarlo al fuego?».

Al pensar en las consecuencias de aquel doloroso testamento, Grandet quizá estaba más nervioso que su propio hermano al redactarlo.

«¿Tendré esa bata de oro...?», se preguntaba Nanon, y se durmió ataviada con su frontal de altar, soñando por primera vez en su vida con flores, sedas lujosas y damascos, al igual que Eugénie soñaba con el amor.

En la vida pura y monótona de las muchachas llega un día delicioso en que el sol alcanza su alma con sus rayos, en que la flor les transmite sus sentimientos. En que los latidos del corazón comunican al cerebro su capacidad de fecundación y cimientan las ideas en un vago deseo; ¡día de inocente melancolía y de aterciopeladas alegrías! Los recién nacidos sonrían cuando comienzan a ver; cuando una muchacha entrevé el sentimiento en la naturaleza, sonrío como sonrío de niña. Si la luz es el primer amor de la vida, ¿no es el amor la luz del corazón? Para Eugénie había llegado el momento de descubrir las cosas terrenales con los ojos abiertos. Mañanera como todas las chicas de provincias, se levantó de buena mañana, rezó sus oraciones y comenzó la tarea de su aseo, una ocupación que a partir de aquel día tendría sentido. Alisó primero sus cabellos castaños y los trenzó sobre su cabeza con esmero, cuidando de que los cabellos no escaparan de las trenzas y dio a su peinado una simetría que realzó la tímida candidez de su rostro, armonizando la sencillez de los accesorios con la inocencia de las líneas. Mientras se lavaba varias veces las manos con agua pura que le endurecía y enrojecía la piel, miró sus hermosos brazos redondos y se preguntó qué hacía su primo para tener unas manos tan suaves y blancas, con unas uñas tan bien recortadas. Se puso unas medias nuevas y sus zapatos más bonitos, y se los ató de una lazada sin pasar los cordones por los ojetes. Por primera vez en su vida sentía el deseo de mostrarse guapa, y tuvo la alegría de contar con un vestido nuevo, bien cortado, que la hacía aparecer atractiva. En cuanto se hubo aseado y vestido, oyó las campanas del reloj de la parroquia y se sorprendió cuando contó que solo habían dado las siete. El deseo de disponer del tiempo necesario para vestirse había hecho que se levantara demasiado pronto. Ignorante del arte de retocar diez veces un mechón de cabellos y de estudiar el efecto producido, Eugénie simplemente se cruzó de brazos, se sentó a su ventana y contempló el patio, el estrecho jardín y las altas terrazas que lo dominaban; una vista melancólica, limitada, pero que no carecía de la misteriosa belleza propia de los lugares solitarios o de naturaleza rústica. Junto a la cocina había un pozo rodeado de un brocal y con una polea colgada de una barra de hierro curvada cubierta por una parra de pámpanos marchitos, enrojecidos y reseco en esa estación. Desde allí, el tortuoso sarmiento llegaba hasta el muro, se aferraba al mismo, daba la vuelta a la casa y acababa en una leñera donde los

troncos estaban ordenados con la misma precisión que los libros de un bibliófilo. El adoquinado del patio presentaba esos tonos negruzcos producidos con el tiempo por el musgo, las hierbas y la ausencia de movimiento. Los gruesos muros vestían una camisa verde con amplias ondas oscuras. Y los ocho peldaños que reinaban al fondo del patio y conducían a la puerta del jardín estaban descoyuntados y sepultados bajo altas plantas como el sepulcro de un caballero enterrado por su viuda en la época de las cruzadas. Sobre una bancada de piedras corroídas se alzaba una verja de madera podrida, medio caída de tan vetusta, pero a la que se esposaban a voluntad plantas trepadoras. A ambos lados de la verja crecían las ramas retorcidas de unos manzanos escuchimizados. Tres caminos paralelos cubiertos de arena y separados por parterres cuya tierra se sostenía mediante un reborde de madera configuraban ese jardín que remataba, en la parte baja de la terraza, un abrigo de tilos. En un extremo, frambuesos; en el otro, un inmenso nogal que inclinaba sus ramas hasta el gabinete del tonelero. El día puro y el sol resplandeciente de los otoños naturales a orillas del Loira comenzaban a disipar la escarcha impresa por la noche a los pintorescos objetos, a los muros, a las plantas que amueblaban el patio y el jardín. Eugénie descubrió nuevos encantos en el aspecto de aquellas cosas hasta entonces tan anodinas para ella. Mil pensamientos confusos nacían en su alma y crecían a medida que en el exterior crecían los rayos del sol. Sintió por fin esa ola de vago placer, inexplicable, que rodea al ser moral, como una nube rodearía al ser físico. Sus reflexiones se acompañaban a los detalles de aquel singular paisaje, y las armonías de su corazón se aliaron con las armonías de la naturaleza. Cuando el sol alcanzó una de las paredes del muro, del que pendían cabellos de Venus de hojas gruesas de colores cambiantes como el cuello de las palomas, unos celestes rayos de esperanza iluminaron el futuro de Eugénie, que desde ese momento se complació contemplando aquella pared del muro, sus pálidas flores, sus campanitas azules y sus hierbas marchitas a las que se añadió un recuerdo tan gracioso como los de la infancia. El ruido que cada hoja producía en aquel patio sonoro al separarse de su rama ofrecía respuesta a las secretas preguntas de la muchacha, que hubiera permanecido allí a lo largo del día entero sin darse cuenta del paso de las horas. Luego llegaron los tumultuosos movimientos del alma. Se puso en pie bruscamente, se situó ante el espejo y se observó cual autor de buena fe contempla su obra para criticarse e insultarse a sí mismo.

«No soy lo bastante bella para él.» Así pensaba Eugénie, unos pensamientos humildes y fértiles en sufrimientos. La pobre chica no se hacía justicia; la modestia, empero, o mejor aún el temor, es una de las primeras virtudes del amor. Eugénie era de esas criaturas de constitución robusta, como abundan entre la pequeña burguesía, y cuya belleza parece vulgar; aunque se parecía a la Venus de Milo, sus formas se veían ennoblecidas por esa suavidad del sentimiento cristiano que purifica a la mujer y le da una distinción desconocida por los escultores de la antigüedad. Tenía una cabeza enorme, la frente masculina pero delicada del Júpiter de Fidias y unos ojos grises a los que su casta vida, enteramente reflejada en los mismos, les imprimía el resplandor que brotaba de ellos. Los rasgos de su rostro redondo, que fuera fresco y sonrosado, se habían visto engrosados por una viruela clemente que no había dejado trazas pero había destruido el terciopelo de su piel, tan dulce y fina aún, sin embargo, que el beso puro de su madre dejaba en ella una pasajera marca rojiza. Su nariz era algo abultada pero armonizaba con su boca de un rojo de minio, cuyos labios de mil rayas estaban llenos de amor y de bondad. El cuello tenía una redondez perfecta. El busto abombado, cuidadosamente velado, atraía la mirada y hacía soñar; sin duda le faltaba un poco de gracia por su manera de vestir; para los buenos conocedores, sin embargo, la falta de flexibilidad de ese busto enhiesto tenía encanto.

Eugénie, alta y corpulenta, carecía de la belleza que gusta a las masas, pero tenía esa belleza que con tanta facilidad puede no valorarse y que únicamente cautiva a los artistas. El pintor que busca aquí abajo un modelo de la celeste pureza de María, que exige a la naturaleza femenina esos ojos modestamente orgullosos adivinados por Rafael, esas líneas vírgenes a menudo debidas a las casualidades de la concepción, pero que solo una vida cristiana y púdica puede conservar o proporcionar; ese pintor, fascinado ante tan singular modelo, habría hallado de repente en el rostro de Eugénie la nobleza innata que se ignora; habría visto un mundo de amor bajo una frente serena y, en la forma de los ojos, en la caída de los párpados, algo divino. Sus rasgos, el contorno de su cabeza que la manifestación del placer jamás había alterado o fatigado, parecían la línea del horizonte finamente dibujada en lontananza de los lagos tranquilos. Esa fisonomía apacible, colorida, bordeada de resplandor como una bella flor eclosionada, serenaba el alma, comunicaba el encanto de la conciencia que en ella se reflejaba y guiaba la mirada. Eugénie se hallaba aún en esa orilla de la vida donde florecen las ilusiones infantiles, donde se cogen las margaritas con una delicia luego desconocida. Por ello, mirándose y sin saber aún qué era el amor, se dijo: «Soy demasiado fea, no se fijará en mí».

Acto seguido abrió la puerta de su cuarto que daba a la escalera y alargó el cuello para escuchar los ruidos en la casa. «No se levanta», pensó al oír la tos matutina de Nanon y a la muchacha que iba y venía, barriendo la sala, encendiendo su fuego, encadenando al perro y hablándoles a los animales en el establo. Eugénie descendió de inmediato y fue corriendo hacia Nanon, que ordeñaba la vaca.

—Nanon, mi querida Nanon, haz crema de leche para el café de mi primo.

—Ay, señorita, habría tenido que decírmelo ayer —dijo Nanon y soltó una carcajada—. No puedo hacer crema de leche. Su primo es una monada, una verdadera monada y no lo ha visto usted con su bata de seda y de oro. Yo sí lo he visto. Lleva una ropa tan suave como la sobrepelliz del señor cura.

—Pues haznos una torta, Nanon.

—¿Y quién me dará leña para el horno, harina y mantequilla? —dijo Nanon, quien en su calidad de primer ministro de Grandet adquiría a veces una enorme importancia a ojos de Eugénie y de su madre—. ¿No querrá que robe a su padre para festejar a su primo? Pídale mantequilla, harina y leña, es su padre y se las puede dar. Mire, ahora baja a revisar las provisiones...

Eugénie huyó al jardín asustada al percibir cómo temblaba la escalera bajo los pasos de su padre. Sentía ya los efectos de ese profundo pudor y de esa conciencia particular de nuestra felicidad que nos hace creer, tal vez no sin razón, que nuestros pensamientos se graban en la frente y son evidentes para los demás. Al darse cuenta por fin de la desnudez de la casa paterna, la pobre muchacha alimentaba su despecho al no poder armonizarla con la elegancia de su primo. Sintió una apasionada necesidad de hacer algo por él, pero ¿qué? No lo sabía. Inocente y sincera, se abandonaba a su naturaleza angelical sin desconfiar de sus impresiones ni de sus sentimientos. Ya solo el aspecto de su primo había despertado en ella las inclinaciones naturales de una mujer y debieron de manifestarse con mayor vigor aún, pues a sus veintitrés años se hallaba en la plenitud de su inteligencia y de sus deseos. Por primera vez sintió terror ante su padre, vio en él al dueño de su destino y se sintió culpable por ocultarle algunos de sus pensamientos. Comenzó a andar con pasos apresurados y se sorprendió al respirar un aire más puro, al sentir los vivificantes rayos del sol que le daban calor moral y una nueva vida. Mientras pensaba en alguna artimaña para obtener la torta, Nanon y Grandet se enzarzaron en una de esas discusiones tan raras entre

ellos como las golondrinas en invierno. Provisto de sus llaves, había ido a calibrar los víveres necesarios para el consumo del día.

—¿Queda pan de ayer? —le preguntó a Nanon.

—Ni las migas, señor.

Grandet tomó un gran pan redondo, bien enharinado, moldeado en una de esas cestas planas que utilizan en Anjou para hacer el pan y se disponía a cortarlo cuando Nanon le dijo:

—Señor, hoy somos cinco.

—Llevas razón —respondió Grandet—, pero tu pan pesa seis libras, así que aún sobraré. Además, ya verás que esos jovencuelos de París ni siquiera prueban el pan.

—Pues comerá unto —dijo Nanon.

En Anjou llaman unto popularmente a lo que acompaña al pan, desde la mantequilla untada sobre una rebanada, un unto vulgar, hasta la confitura de albaricoque, el unto más distinguido; y cuantos en su infancia relamieron el unto y dejaron el pan comprenderán el alcance de esa locución.

—No —respondió Grandet—, no comen unto ni comen pan, son como chicas casaderas.

Finalmente, tras organizar parsimoniosamente el menú cotidiano y cuando iba a dirigirse al frutero, tras cerrar los armarios de su despensa, Nanon lo detuvo y le dijo:

—Deme harina y mantequilla, señor, y les haré una torta a los chicos.

—¿Acaso vas a desvalijar la casa por culpa de mi sobrino?

—No pensaba en su sobrino y tampoco en su perro, no más de lo que piensa usted mismo, pero no me ha dado más que seis terrones de azúcar y necesito ocho.

—Nunca te había visto así, Nanon. ¿Qué te ronda por la cabeza? ¿Acaso eres la señora de la casa? Tendrás seis terrones de azúcar y basta.

—¿Y su sobrino con qué endulzará su café?

—Con dos terrones, y yo lo tomaré solo.

—¡A su edad y no va a tomar azúcar! Antes lo pagaré de mi bolsillo.

—¡No te metas donde no te llaman!

A pesar de la caída del precio, el azúcar seguía siendo para el tonelero el máspreciado producto colonial, y para él una libra seguía costando seis francos^[52]. La necesidad de racionarlo, imperativa bajo el Imperio, se había convertido en usanza de obligado cumplimiento. Todas las mujeres, hasta las más bobas, conocen las artimañas que les permiten obtener sus fines, y Nanon dejó de lado el tema del azúcar para conseguir la torta.

—Señorita —gritó por la ventana—, ¿quiere torta?

—No, no —respondió Eugénie.

—Vamos, Nanon —dijo Grandet al oír a su hija—, toma.

Abrió la artesa donde guardaba la harina y le dio una medida y añadió unas onzas de mantequilla al trozo que ya había cortado.

—Necesitaré leña para calentar el horno —dijo la implacable Nanon.

—Por supuesto, coge toda la que necesites —respondió melancólico—, pero en tal caso haznos una tarta de frutas y cocina toda la cena al horno, así no tendrás que encender dos fuegos.

—¡Vamos —exclamó Nanon—, no hace falta que me lo diga!

Grandet dirigió una mirada casi paternal a su fiel ministro.

—¡Señorita! —gritó la cocinera—. ¡Habré torta!

Grandet reapareció con la fruta y dejó parte de la misma sobre la mesa de la cocina.

—Mire, señor, qué botas tiene su sobrino —le dijo Nanon—. ¡Qué cuero, y qué bien huele! ¿Con qué se limpia esto? ¿Hay que lustrarlas con huevo?

—Nanon, me temo que el huevo estropearía el cuero. Dile que no sabes cómo se lustra el tafílete, sí, eso es tafílete, y él mismo irá a Saumur a comprar y te traerá lo que sea necesario para lustrar sus botas. He oído decir que se echa azúcar al betún para dar brillo.

—Así será bueno para comer —dijo la criada llevándose las botas a la nariz—. Mire por dónde que huelen a la colonia de la señora. ¡Qué divertido!

—¿Divertido? ¿Te hace gracia que alguien se gaste más dinero en unas botas que lo que vale quien las calza?

—Señor —dijo al segundo viaje de Grandet, que había cerrado ya el frutero—, dado que está vuestro sobrino, ¿hago caldo una o dos veces por semana?

—Sí.

—Tendré que ir a la carnicería.

—Ni se te ocurra, haz caldo de ave, los granjeros te darán cuanto necesites y le diré a Cornoiller que me mate un par de cuervos. Esa carne da el mejor caldo del mundo.

—¿Es verdad, señor, que se comen a los muertos?

—¡Serás cazurra! Como todo el mundo, comen cuanto encuentran. ¿Acaso nosotros no vivimos de los muertos? ¿Y qué son las herencias?

Grandet, que ya no tenía más órdenes que dar, se sacó el reloj del bolsillo y al ver que aún disponía de media hora antes del desayuno, cogió su sombrero, le dio un beso a su hija, se caló el sombrero y le dijo:

—¿Quieres dar un paseo a orillas del Loira por mis prados? Tengo que hacer una cosa allí.

Eugénie fue a ponerse su sombrero de paja cosida, forrado de tafetán rosa, y acto seguido padre e hija descendieron por la calle tortuosa hacia la plaza.

—¿Adónde van tan temprano? —dijo el notario Cruchot al cruzarse con Grandet.

—A ver una cosa —respondió el hombre sin dejarse embaucar por el paseo matutino de su amigo.

Cuando el tío Grandet iba a ver una cosa, el notario sabía por experiencia que siempre se podía ganar algo. Y lo acompañó.

—¿Viene, Cruchot? —dijo Grandet al notario—. Es usted un amigo y le voy a demostrar que plantar álamos en tierras buenas es una tontería...

—Así que le parece una nadería los sesenta mil francos que sacó por los que había en sus prados del Loira... —dijo el notario Cruchot abriendo unos ojos como platos—. ¡Con la suerte que tuvo...! Talar sus árboles en el momento en que faltaba madera blanca en Nantes... ¡y venderlos a treinta francos!

Eugénie escuchaba sin saber que estaba por llegar el momento más solemne de su vida y que el notario iba a hacer que sobre ella se dictara una sentencia paterna y soberana. Grandet llegó a los magníficos prados que poseía a orillas del Loira y donde treinta operarios despejaban, limpiaban y nivelaban los emplazamientos que habían ocupado los álamos.

—Señor notario, mire la de espacio que ocupa un álamo —dijo a Cruchot—. Jean... —llamó a uno de los operarios—, mi-mi-mide con tu vara de un la-lado a otro...

—Cuatro veces ocho pies —respondió el operario en cuanto hubo acabado.

—Treinta y dos pies de pérdidas —dijo Grandet a Cruchot—. En esa hilera tenía trescientos álamos, ¿verdad? Luego... tres-trescientos veces treinta y... dos... pies se me co-co-comían quinien-quinientos de heno; si sumamos el doble en los laterales, mil

quinientos; las hileras del medio, lo mismo. Así que diga-diga-digamos mil pacas de heno.

—Sea —dijo Cruchot para echarle una mano a su amigo—, pero mil pacas de ese heno valen unos seiscientos francos.

—Di-di-diga mejor mil doscientos contando los tres o cuatrocientos francos del renadío. Y ahora cal-cal-calcule lo que esos mil dos-doscientos francos dan al a-año con los inte-inte-intereses compuestos que usted ya sabe.

—Unos sesenta mil francos —dijo el notario.

—¡Eso es! No-no-no serán más que, que, que sesenta mil francos. Y, sin embargo —prosiguió el viticultor sin tartamudear—, con dos mil álamos de cuarenta años no me sacaría cincuenta mil francos. Eso es una pérdida. Y lo he descubierto yo —dijo Grandet galleando—. Jean —prosiguió—, tapa los agujeros excepto los del lado del Loira, y planta allí los álamos que he comprado. Al estar en la orilla crecerán a costa del gobierno —añadió volviéndose hacia Cruchot con un ligero movimiento en la lupia de su nariz que equivalía a una sonrisa irónica.

—Está claro: los álamos solamente hay que plantarlos en las tierras pobres —dijo Cruchot, estupefacto ante los cálculos de Grandet.

—Ha dado usted en el clavo —respondió irónicamente el tonelero.

Eugénie, que contemplaba el sublime paisaje del Loira sin prestar atención a los cálculos de su padre, aguzó de inmediato el oído al oír que Cruchot le decía a su cliente:

—Ya veo que ha hecho venir un yerno de París, en Saumur no se habla más que de su sobrino. Pronto tendré que preparar un contrato, Grandet.

—Ha sa-sa-salido usted a la calle de bue-buena mañana... na paaara decirme eso —respondió Grandet, y acompañó su reflexión con un movimiento de su lupia—. Pues bien, mi querido amiigo, le seré sincero y le diré lo que quieeere usteeed saber. Preferiría, mire usteeed lo que le di-digo, arro... jar a mi hi-hija al Loira que dárseeela a su priiimo: ya pueeede usteeed anun-anunciarlo. O mejor no, de... je que to-dos duerman a pieeerna suel... ta.

Tal respuesta le provocó un vahído a Eugénie. Las lejanas esperanzas que comenzaban a germinar en su corazón brotaron súbitamente, florecieron y formaron un ramo de flores que vio cortadas y desparramadas en el suelo. Desde el día anterior se apegaba a Charles con todos los lazos de felicidad que unen las almas; ahora el sufrimiento lo corroboraría. ¿No es el noble destino de cualquier mujer sentirse más emocionada ante las pompas de la miseria que ante el esplendor de la fortuna? ¿Cómo podía haberse extinguido el sentimiento paterno en el corazón de su padre? ¿De qué crimen era culpable Charles? ¡Misteriosas preguntas! Su amor incipiente, de por sí un profundo misterio, se veía rodeado de misterios. Recorrió el camino de regreso con las piernas temblorosas, y al llegar a la vieja y sombría calle, tan alegre para ella, le descubrió un aspecto triste, y respiró la melancolía que el tiempo y las cosas en la misma habían impregnado. No le faltaba ninguna de las lecciones del amor. A unos pasos de la casa avanzó a su padre y lo esperó ante la puerta tras llamar. Pero Grandet, que había visto que el notario llevaba en la mano el diario aún precintado con una faja, le preguntó:

—¿Cómo están los fondos?

—No quiere escucharme, Grandet —le respondió Cruchot—. Cómprelos de inmediato, aún se puede ganar un veinte por ciento en dos años, además de unos intereses a un tipo excelente, una renta de cinco mil libras por ochenta mil francos. Los fondos están a ochenta francos y cincuenta céntimos.

—Ya veremos —respondió Grandet frotándose el mentón.

—¡Dios mío! —exclamó el notario.

—¿Qué sucede? —gritó Grandet en el momento en que Cruchot le plantificaba el periódico ante los ojos y le decía:

—¡Lea esta noticia!

El señor Grandet, uno de los comerciantes más apreciados de París, se hizo saltar la sesera tras su aparición, como de costumbre, en la Bolsa. Le había remitido su dimisión al presidente de la Cámara de Diputados e igualmente había dimitido como magistrado del tribunal de comercio. La quiebra de los señores Roguin y Souchet, su agente de cambio y su notario, lo habían arruinado. Gracias a la consideración de que era objeto el señor Grandet y también su crédito, a buen seguro habría obtenido auxilio en la plaza de París. Es de lamentar que un hombre tan honorable sucumbiera a un primer momento de desesperación, etcétera.

—Ya lo sabía —dijo el viticultor al notario.

Esas palabras dejaron helado al señor Cruchot, quien, a pesar de su impasibilidad de notario, sintió un escalofrío en la espalda al pensar que tal vez el Grandet de París hubiera implorado en vano los millones del Grandet de Saumur.

—Y su hijo, que ayer estaba tan contento...

—Aún no está al corriente... —respondió Grandet con la misma calma.

—Adiós, señor Grandet —dijo Cruchot, que lo comprendió todo y fue a informar al presidente de Bonfons.

Al entrar, Grandet se encontró el desayuno ya servido. La señora Grandet, en brazos de la cual Eugénie se arrojó para darle un beso con esa sincera efusividad que provoca una pena callada, se hallaba ya en su silla sobre peanas y se tejía unos manguitos para el invierno.

—Ya pueden comer —dijo Nanon, que descendía las escaleras de cuatro en cuatro —, que la criatura duerme como un bendito. ¡Qué bueno parece con los ojos cerrados! He entrado y lo he llamado y ni por esas, ni ha contestado.

—Déjalo dormir —dijo Grandet—, a la hora que se despierte aún será demasiado pronto para enterarse de las malas noticias.

—¿Qué sucede? —preguntó Eugénie echando en su café los dos terrones de azúcar de un peso de vayan a saber cuántos gramos que el hombre se entretenía cortando en sus ratos de ocio.

La señora Grandet, que no había osado preguntarlo, miró a su marido.

—Su padre se ha saltado la tapa de la sesera.

—¿Mi tío...? —dijo Eugénie.

—¡Pobre chico, tan joven! —exclamó la señora Grandet.

—Sí, pobre —repitió Grandet—, se ha quedado sin un céntimo.

—Pues duerme como si fuera el rey del mundo —dijo Nanon con un acento amable.

Eugénie dejó de comer. Sentía el corazón en un puño, como cuando la compasión, excitada por la desgracia del amado, se expande por primera vez por todo el cuerpo de una mujer. La pobre muchacha se echó a llorar.

—Si no conocías a tu tío, ¿por qué lloras? —le dijo su padre con una de esas miradas de tigre hambriento que sin duda dirigía a sus montones de oro.

—Señor —dijo la criada—, ¿quién no se apiadaría de ese pobre muchacho que duerme a pierna suelta ignorante de su suerte?

—No estoy hablando contigo, Nanon, ¡cierra la boca!

Eugénie aprendió en aquel momento que la mujer que ama siempre debe disimular

sus sentimientos. No respondió.

—Hasta mi regreso no le contaréis nada, eso espero, señora Grandet —prosiguió el anciano—. Debo ir a que alineen la zanja de mis prados con el camino. Estaré de vuelta al mediodía para el almuerzo, y hablaré con mi sobrino de sus asuntos. En cuanto a ti, señorita Eugénie, si lloras por ese petimetre, ya basta, hija mía. Se marchará lo antes posible a las Indias y no volverás a verlo...

El padre cogió los guantes depositados sobre el ala de su sombrero, se los puso con su habitual parsimonia, se los ajustó bien a los dedos y salió a la calle.

—¡Ay, mamá, me ahogo! —exclamó Eugénie en cuanto estuvo a solas con su madre—. Jamás había sufrido así.

La señora Grandet, al ver palidecer a su hija, abrió la ventana e hizo que respirara profundamente.

—Me siento mejor —dijo Eugénie, tras un rato.

Esa emoción nerviosa en una naturaleza hasta entonces aparentemente serena y fría hizo reaccionar a la señora Grandet, que miró a su hija con esa intuición simpática de la que están dotadas las madres para el objeto de su ternura, y lo adivinó todo. A decir verdad, la vida de las célebres hermanas húngaras^[53] unidas una a otra por un error de la naturaleza no había sido más íntima que la de Eugénie y su madre, siempre juntas frente al vano de aquel ventanal, juntas en la iglesia y durmiendo juntas respirando el mismo aire.

—¡Mi pobrecita hija! —dijo la señora Grandet reclinando la cabeza de Eugénie sobre su seno.

Al oír esas palabras, la muchacha alzó la cabeza, interrogó a su madre con la mirada, escrutó sus pensamientos secretos y le dijo:

—¿Por qué enviarlo a las Indias? ¿Si es desgraciado, no debería quedarse aquí? ¿Acaso no es nuestro pariente más próximo?

—Sí, hija, sería natural, pero tu padre tiene sus razones y debemos respetarlas.

La madre y la hija se sentaron en silencio, una en su silla con peanas y la otra en su pequeño sillón, y ambas retomaron su labor. Desazonada por el agradecimiento hacia la admirable comprensión de su corazón de la que había hecho gala su madre, Eugénie le besó la mano y le dijo:

—¡Qué buena eres, mamá!

Esas palabras hicieron resplandecer el avejentado rostro materno, ajado por largos dolores.

—¿Te parece bien? —le preguntó Eugénie.

La señora Grandet respondió simplemente con una sonrisa y luego, tras un silencio, dijo en voz queda:

—¿Ya lo amas? Eso estaría mal.

—¿Mal? —repitió Eugénie—. ¿Por qué? A ti te gusta, a Nanon le gusta, ¿por qué no iba a gustarme a mí? Venga, mamá, preparémosle la mesa para su desayuno.

Dejó a un lado su labor y la madre hizo lo mismo y le dijo:

—¡Estás loca!

Pero quiso justificar la locura de su hija ayudándola. Eugénie llamó a Nanon.

—¿Qué más quiere, señorita?

—Nanon, ¿tendrás crema de leche al mediodía?

—¡Ah, al mediodía sí! —respondió la vieja criada.

—Pues prepárale un café muy cargado, porque he oído decir al señor des Grassins que en París el café lo toman muy cargado. Pon mucho.

—¿Y de dónde lo voy a sacar?

—Cómpralo.

—¿Y si me cruzo con el señor?

—Está en sus prados.

—Voy corriendo, pero el señor Fessard ya me preguntó si teníamos en casa a los Reyes Magos cuando fui a por la vela. La ciudad entera se va a enterar de nuestros despilfarros.

—Si tu padre se entera es capaz de darnos una paliza.

—Pues que nos dé una paliza y soportaremos sus golpes de rodillas.

Por toda respuesta, la señora Grandet alzó la vista al cielo. Nanon cogió su cofia y se marchó. Eugénie extendió un mantel y fue a por algunos racimos de uvas que había colgado a secar de un cordel en la buhardilla; recorrió en silencio el pasillo para no despertar a su primo y no pudo reprimirse y escuchó junto a su puerta la respiración que sus labios exhalaban regularmente. «La desgracia acecha mientras duerme», se dijo. Cogió las hojas más verdes de la cepa, dispuso las uvas con tanta coquetería como habría podido hacerlo un mayordomo bregado y las llevó triunfalmente a la mesa. Arrambló en la cocina con las peras contadas por su padre y las dispuso formando una pirámide entre unas hojas. Iba, venía, trotaba y saltaba. Hubiera deseado desvalijar la casa entera de su padre; pero era él quien tenía las llaves de todo. Nanon regresó con dos huevos frescos. Al ver los huevos, Eugénie sintió deseos de abrazarla.

—El granjero de la Lande los llevaba en su cesto, se los he pedido y me los ha dado para complacerme, es un sol.

Tras dos horas de preparativos, durante las cuales Eugénie abandonó veinte veces su labor para ir a ver cómo hervía el café o para ir a escuchar el ruido que hacía su primo al levantarse, consiguió preparar un desayuno muy sencillo y barato, pero que contravenía terriblemente las inveteradas costumbres de la casa. El almuerzo del mediodía se tomaba de pie. Cada uno comía un trozo de pan, una fruta o mantequilla, y un vaso de vino. Al ver la mesa dispuesta junto al fuego, con uno de los sillones situado frente al cubierto de su primo, al ver las dos bandejas de fruta, la huevera, la botella de vino blanco, el pan y el azúcar amontonado en un plato, Eugénie se estremeció de los pies a la cabeza al pensar en aquel instante en las miradas que su padre le dirigiría si llegara a entrar en la sala en aquel momento. Por ello miraba a menudo el reloj de péndulo, para calcular si su primo podría desayunar antes de que regresara el padre.

—Estate tranquila, Eugénie, si llega tu padre le diré que es cosa mía —dijo la señora Grandet.

Eugénie no pudo contener una lágrima.

—¡Oh, querida madre! —exclamó—, ¡no te he querido como te mereces!

Charles, tras dar mil vueltas en su habitación canturreando, descendió por fin. Afortunadamente, aún eran solo las once. ¡Vaya con el parisino! Se había acicalado con tanta coquetería como si se hallara en el castillo de la noble dama que viajaba por Escocia. Hizo su entrada con ese aire afable y sonriente que tan bien le sienta a la juventud y que provocó una alegría teñida de tristeza en Eugénie. Él se había tomado a broma el desastre de sus castillos de Anjou y abordó a su tía muy alegre.

—¿Ha dormido usted bien, querida tía? ¿Y usted, prima?

—Muy bien, caballero, ¿y usted? —dijo la señora Grandet.

—Yo, perfectamente.

—Debe de tener hambre, primo —dijo Eugénie—. Siéntese a la mesa.

—Si nunca desayuno antes de mediodía, cuando me levanto. Sin embargo, lo pasé tan mal en el camino que le haré caso. Además... —Sacó el reloj de bolsillo más delicioso que Bréguet haya fabricado—. Vaya, pero si solo son las once, qué madrugador he sido.

—¿Madrugador...? —dijo la señora Grandet.

—Sí, pero quería ordenar mis cosas. Así que comeré a gusto cualquier cosa, nada, un poco de pollo o un perdigón.

—¡Virgen santa! —exclamó Nanon al oír esas palabras.

«Un perdigón», se decía Eugénie, que habría deseado pagar un perdigón con su propio peculio.

—Siéntese —le dijo su tía.

El dandi se acomodó en el sillón como una mujer hermosa se tiende en su diván. Eugénie y su madre cogieron unas sillas y se instalaron cerca de él junto al fuego.

—¿Siempre viven aquí? —les preguntó Charles, a quien la sala le parecía aún más fea de lo que le había parecido a la luz de las velas.

—Siempre —respondió Eugénie mirándolo—, excepto durante las vendimias, porque en esas fechas vamos a ayudar a Nanon y nos alojamos todos en la abadía de Noyers.

—¿Nunca salen de paseo?

—A veces los domingos, después de vísperas, cuando el tiempo acompaña —dijo la señora Grandet—, vamos hasta el puente o a ver cómo siegan el heno.

—¿Hay un teatro?

—¡Asistir a un espectáculo para ver a los cómicos! —exclamó la señora Grandet—. ¿Acaso no sabe, caballero, que es un pecado mortal?

—Tenga, señor —dijo Nanon, sirviéndole los huevos—, son polluelos pasados por agua.

—¡Oh, huevos frescos! —dijo Charles que como las gentes acostumbradas al lujo ya no se acordaba de su perdigón—. ¡Qué delicia! ¿Tendría mantequilla? Vamos, criatura.

—¡Ah, mantequilla! En ese caso no tendréis torta —dijo la criada.

—Dale mantequilla, Nanon —exclamó Eugénie.

La joven observaba a su primo cortar el pan para mojarlo en el huevo y se deleitaba tanto como cualquier sensible modistilla parisina al ver representar un melodrama en el que triunfa la inocencia. Bien es verdad que Charles, criado por una madre distinguida, perfeccionado por una mujer que conocía la moda, tenía movimientos coquetos, elegantes y refinados como los de una damisela. La compasión y la ternura de una joven poseen una influencia realmente magnética y Charles, al ser objeto de las atenciones de su prima y de su tía, no pudo sustraerse a la influencia de los sentimientos que hacia él se dirigían y lo inundaban por así decirlo. Dirigió a Eugénie una de esas miradas brillantes de bondad y caricias, una mirada que parecía sonreír. Se dio cuenta, al contemplar a Eugénie, de la exquisita armonía de los rasgos de aquel rostro puro, de su actitud inocente, de la mágica claridad de sus ojos en los que centelleaban juveniles pensamientos amorosos y en los que el deseo ignoraba la voluptuosidad.

—Mi querida prima, bien vestida en un buen palco de la Ópera, le garantizo que daría la razón a mi tía, pues haría pecar de envidia a los hombres y de celos a las mujeres.

Ese cumplido hizo que Eugénie sintiera el corazón en un puño y la hizo palpitar de alegría, aunque no hubiera entendido nada.

—¡Oh, primo, se burla usted de una pequeña provinciana!

—Si me conociera, prima, sabría que aborrezco las burlas, pues marchitan el

corazón y los sentimientos... —Se tragó con placer su pan untado de mantequilla—. No, creo que no soy lo bastante ingenioso para burlarme de los demás y ese defecto me perjudica sobremanera. En París se puede aniquilar a un hombre diciendo: «Tiene buen corazón». Esa frase significa: «El pobre chico es tonto como un rinoceronte». Pero como soy rico y es sabido que puedo darle a un pelele a treinta pasos con cualquier tipo de pistola y en campo abierto, las burlas me respetan.

—Lo que dice, sobrino, denota buen corazón.

—Lleva un hermoso anillo —dijo Eugénie—. ¿Me permite verlo, si no tiene inconveniente?

Charles le tendió la mano y se quitó el anillo, y Eugénie se sonrojó al rozar con la punta de los dedos las uñas rosadas de su primo.

—Mire, madre, qué hermosa pieza.

—¡Oh, qué pedazo de oro! —dijo Nanon al llegar con el café.

—¿Qué es eso? —preguntó Charles entre risas.

Y señaló un cazo de barro barnizado, y de loza en el interior, ribeteado de ceniza, en cuyo fondo caía el café y ascendía de nuevo a la superficie del líquido hirviendo.

—Es café de puchero —dijo Nanon.

—¡Ah, querida tía! Por lo menos dejaré una huella benefactora de mi paso por aquí. ¡Qué atrasados están! Les enseñaré a preparar un buen café con una cafetera Chaptal^[54].

Trató de explicar el sistema de la Chaptal.

—¡Ay, si es tan complicado, habría que dedicarle la vida entera! —exclamó Nanon—. Nunca haré el café así. ¡Figúrese! ¿Y quién le va a preparar el forraje a la vaca mientras yo hago el café?

—Yo lo haría —dijo Eugénie.

—¡Chiquilla! —dijo la señora Grandet mirando a su hija.

Ante esa expresión, que recordó la pena que pendía sobre el desventurado joven, las tres mujeres callaron y lo contemplaron con una conmiseración que lo hizo estremecerse.

—¿Qué le sucede, prima?

—¡Chitón! —dijo la señora Grandet a Eugénie, que se disponía a hablar—. Ya sabes, hija, que tu padre hablará con el señor...

—Llámeme Charles —dijo el joven Grandet.

—¡Ah, se llama Charles! Qué nombre tan bonito —exclamó Eugénie.

Las desgracias presentidas casi siempre acaban por acontecer y, de repente, Nanon, la señora Grandet y Eugénie, que sentían escalofríos al pensar en el regreso del viejo tonelero, oyeron un aldabonazo cuyo eco conocían perfectamente.

—Ya llega papá —dijo Eugénie.

Se llevó el plato de azúcar y quedaron algunos terrones sobre el mantel. Nanon retiró el plato de huevos. La señora Grandet se puso en pie como si fuera una cervatilla asustada. Eran presas de un pánico que sorprendió a Charles, que no era capaz de dar con una explicación.

—¿Qué les sucede? —preguntó.

—Ha llegado mi padre —dijo Eugénie.

—¿Y qué pasa?

El señor Grandet entró y con su mirada clara contempló la mesa y luego a Charles y lo comprendió todo.

—¡Ah, habéis agasajado al sobrino! ¡Eso está bien, muy bien, pero que muy bien! —dijo sin tartamudear—. Cuando el gato no está, los ratones corren.

«¿Agasajarme...?», se dijo Charles, incapaz de sospechar el régimen y las costumbres de aquella casa.

—Dame mi vaso, Nanon —dijo el padre.

Eugénie le llevó un vaso. Grandet se sacó del chaleco un cuchillo de asta con una hoja grande, cortó una rebanada de pan, cogió un trocito de mantequilla y la untó cuidadosamente, y se puso a comer de pie. En ese momento, Charles se echaba azúcar en el café. Grandet vio los terrones de azúcar, miró a su mujer, que palideció, y avanzó tres pasos; se inclinó hacia el oído de la pobre mujer y le dijo:

—¿De dónde ha salido todo ese azúcar?

—Nanon ha ido a buscarlo donde Fessard, no quedaba.

Es difícil imaginar el profundo interés que esa escena muda ofrecía a aquellas tres mujeres: Nanon había salido de la cocina y miraba hacia la sala para ver lo que iba a suceder. A Charles, tras probar el café, le pareció aún demasiado amargo y buscó el azúcar que Grandet ya había guardado.

—¿Qué desea, sobrino? —dijo.

—El azúcar.

—Échese leche —respondió el señor de la casa—, y endulzará el café.

Eugénie cogió la azucarera que Grandet ya había guardado y la puso de nuevo sobre la mesa mirando serenamente a su padre. A todas luces, la parisina que, para ayudar a su amante a escapar, sostiene con sus débiles brazos una escalera de seda, no es más valiente que Eugénie al volver a poner el azúcar sobre la mesa. El amante recompensará a su parisina que le mostrará con orgullo su hermoso brazo magullado del que cada vena herida será bañada en lágrimas, cubierta de besos y sanada por el placer; Charles, sin embargo, no descubriría el secreto de la profunda agitación que le partía el corazón a su prima, fulminada en aquel instante por la mirada del viejo tonelero.

—¿No comes, mujer?

La pobre ilota avanzó, cortó penosamente un trozo de pan y cogió una pera. Eugénie ofreció uva con audacia a su padre, diciéndole:

—¡Prueba mi conserva, papá! Primo, usted también comerá uva, ¿verdad? He ido a buscar estos hermosos racimos para usted.

—¡Oh, si alguien no las detiene van a saquear Saumur por usted, sobrino! En cuanto haya acabado, iremos al jardín, pues tengo que contarle cosas no precisamente almibaradas.

Eugénie y su madre miraron a Charles, y sus rostros las traicionaron.

—¿Qué significan esas palabras, querido tío? Tras la muerte de mi pobre madre... —al pronunciar esas dos palabras su voz se quebró— ya no hay otra desgracia que pueda ocurrirme...

—Querido sobrino, ¿quién puede conocer las aflicciones con las que Dios nos pone a prueba? —le dijo su tía.

—¡Bla, bla, bla! —dijo Grandet—. Ya empezamos con las tonterías. Veo apenado, sobrino, sus bellas manos blancas. —Le mostró aquella especie de paletillas de cordero que la naturaleza le había puesto en los extremos de los brazos—. ¡Estas son manos hechas para cosechar escudos! A usted le han enseñado a calzar sus pies con la piel con la que se fabrican los billetteros donde guardamos nuestras letras de cambio. ¡Mala cosa! ¡Mala cosa!

—¿Qué quiere decir, tío? Que me ahorquen si entiendo una sola palabra.

—Venga conmigo —dijo Grandet.

El avaro cerró la hoja de su navaja con un chasquido, se bebió su resto de vino y abrió la puerta.

—Querido primo, ¡tenga valor!

El modo en que la joven lo dijo heló a Charles, que siguió a su terrible pariente preso de mortales inquietudes. Eugénie, su madre y Nanon se fueron a la cocina, excitadas por una irreprimible curiosidad y el deseo de espiar a los dos actores de la escena que iba a tener lugar en el pequeño y húmedo jardín donde se adentró el tío, primero en silencio, con su sobrino. Grandet no se sentía incómodo por tener que comunicarle a Charles la muerte de su padre, pero sentía una especie de compasión al saber que estaba sin un céntimo y buscaba la fórmula con que suavizar la expresión de esa cruel verdad. «¡Ha perdido a su padre!», no era difícil de decir. Los padres mueren antes que los hijos. Pero «¡No tiene usted fortuna alguna!» eran unas palabras en las que se reunían todas las desgracias terrenales. Y el buen hombre recorrió por tercera vez el camino central cuya tierra crujía bajo sus pies. En los grandes momentos de la vida, nuestra alma se aferra con fuerza a aquellos lugares donde los placeres y las penas se abaten sobre nosotros, y Charles examinaba con particular atención los bojés del pequeño jardín, las pálidas hojas caídas, los muros deteriorados, las singularidades de los frutales, los pintorescos detalles que quedarían marcados en su recuerdo, entremezclados eternamente a esa hora suprema, mediante una mnemotecnia propia de las pasiones.

—Hace calor, hace bueno... —dijo Grandet aspirando una gran bocanada de aire—. Verás, hijo mío, tengo que darte malas noticias. Tu padre...

—¿Por qué estoy aquí? Seguro que podré encontrar un coche... —añadió volviéndose hacia su tío, que permanecía impassible.

—Los caballos y el coche son inútiles —respondió Grandet mirando a Charles, que se quedó mudo y con la mirada fija—. Sí, pobre muchacho, lo has adivinado. Tu padre ha muerto. Pero eso no es nada, hay algo aún más grave. Se ha volado la tapa de la sesera...

—¿Mi padre...?

—Sí, pero eso no es nada. Los diarios hablan de ello como si tuvieran derecho a hacerlo. Toma, léelo.

Grandet, que había tomado prestado el periódico de Cruchot, puso el terrible artículo ante la vista de Charles. Y en ese momento, el pobre joven, aún un chiquillo, aún en la edad en la que los sentimientos estallan con inocencia, se echó a llorar.

«Bueno, ya está —se dijo Grandet—. Sus ojos me asustaban. Si llora, está salvado.»

—Y eso no es nada, mi pobre sobrino —prosiguió Grandet en voz alta sin saber si Charles lo escuchaba—, no es nada, te consolarás; pero...

—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Mi padre! ¡Mi padre!

—Te ha arruinado, no tienes dinero.

—¡Y eso qué me importa! ¿Dónde está mi padre, mi padre?

Los llantos y sollozos resonaban entre aquellas murallas de una manera horrible y repercutían en el eco. Las tres mujeres, presas de piedad, lloraban: las lágrimas son tan contagiosas como puede serlo la risa. Charles, sin escuchar a su tío, se fue al patio, encontró la escalera, subió a su habitación y se echó a través sobre su cama hundiendo el rostro entre las sábanas para llorar a sus anchas lejos de sus parientes.

—Hay que esperar a que amaine la tormenta —dijo Grandet al entrar en la sala donde Eugénie y su madre habían vuelto a ocupar sus lugares precipitadamente y trabajaban con mano temblorosa tras haberse enjugado los ojos—, pero ese joven no tiene cuajo, le preocupan más los muertos que el dinero.

Eugénie se estremeció al oír hablar a su padre de aquella manera sobre el más santo de todos los dolores. A partir de aquel momento, comenzó a juzgar a su padre. Aunque

amortiguados, los sollozos de Charles resonaban en aquella casa sonora; y su lamento profundo, que parecía surgir de bajo tierra, no cesó hasta el atardecer, tras debilitarse gradualmente.

—¡Pobre chico! —dijo la señora Grandet.

¡Fatal exclamación! Grandet miró a su mujer, a Eugénie y el azucarero; se acordó del desayuno extraordinario dispuesto para el desventurado pariente y se situó en el centro de la sala.

—¡Ah!, espero que no seguirá con sus prodigalidades, señora Grandet —dijo con su calma habitual—. No le doy mi dinero para cebar de azúcar a ese joven raro.

—No es culpa de mi madre —dijo Eugénie—. Soy yo quien...

—¿Crees que por ser mayor de edad puedes llevarme la contraria? —dijo Grandet interrumpiendo a su hija—. Piensa, Eugénie...

—Padre, al hijo de su hermano no podía faltarle en esta casa...

—Bla, bla, bla, bla —dijo el tonelero en cuatro tonos cromáticos—, el hijo de mi hermano por aquí, mi sobrino por allá. Charles no pinta nada, no tiene ni bienes ni dinero; su padre lo ha dejado en bancarota; y en cuanto ese petimetre se haya hartado de llorar, se marchará de aquí; no quiero que revolucione mi casa.

—¿Qué quiere decir bancarota, padre? —preguntó Eugénie.

—Debe de ser un pecado muy gordo —dijo la señora Grandet—, y nuestro hermano estará condenado.

—Déjate de letanías —dijo a su mujer encogiéndose de hombros—. La bancarota, Eugénie —continuó—, es un robo desgraciadamente amparado por la ley. Hay gente que dio sus bienes a Guillaume Grandet por su honor y su probidad, y luego él se lo quedó todo y no les deja más que los ojos para llorar. Es preferible un salteador de caminos que quien va a la bancarota: el primero ataca, pero uno puede defenderse, y además arriesga su vida; pero el otro... En resumidas cuentas, Charles está deshonorado...

Esas palabras retronaron en el corazón de la pobre muchacha y cayeron con todo su peso sobre el mismo. Tan virtuosa como delicada es la flor nacida en lo más profundo del bosque, ignoraba las máximas del mundo, los razonamientos capciosos y los sofismas, y por ello aceptó la atroz explicación que su padre le daba concienzudamente de la quiebra, sin ilustrarla sobre la diferencia entre una quiebra forzosa y una quiebra fraudulenta.

—¿Y usted, padre, no ha podido evitar esa desgracia?

—Mi hermano no me consultó... y además debe cuatro millones.

—¿Y qué es un millón, padre? —preguntó con el candor de un niño que cree poder obtener rápidamente lo que desea.

—¿Un millón? —dijo Grandet—, pues un millón de monedas de veinte *sous*, y cinco monedas de veinte *sous* hacen cinco francos^[55].

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó Eugénie—, ¿y cómo mi tío podía tener cuatro millones? ¿Hay alguna otra persona en Francia que tenga tantos millones? —Grandet se frotaba el mentón, sonreía y parecía que su lupia se dilatara—. ¿Qué va a ser de mi primo Charles?

—Se irá a las Indias y allí, como es voluntad de su padre, tratará de hacer fortuna.

—¿Tiene dinero para ir hasta allí?

—Le pagaré el viaje... hasta... sí, hasta Nantes.

Eugénie dio un brinco y se lanzó en brazos de su padre.

—¡Ay, padre, qué bueno es usted!

Lo besó de tal manera que hasta Grandet se avergonzó, pues no tenía la conciencia

demasiado limpia.

—¿Hace falta mucho tiempo para reunir un millón? —preguntó ella.

—¡Vaya si hace falta tiempo! —dijo el tonelero—. Ya sabes qué es un napoleón. Pues bien, se necesitan cincuenta mil para hacer un millón.

—Mamá, rezaremos unas novenas por él.

—Estaba pensando en ello —respondió la madre.

—¡Eso! Siempre pensando en gastar dinero —exclamó el padre—. ¡Como si nos salieran monedas de las orejas!

En aquel momento, resonó en la buhardilla un lamento sordo, más lúgubre que los otros, que dejó heladas a Eugénie y a su madre.

—Nanon, ve arriba a ver que no se vaya a matar —dijo Grandet—. Y lo dicho —prosiguió volviéndose hacia su mujer y su hija, a las que sus palabras habían hecho palidecer—, nada de tonterías, vosotras dos. Os dejo. Voy a ver a los holandeses, que se marchan hoy, y luego iré a hablar de todo esto con Cruchot.

Se marchó. En cuanto Grandet hubo cerrado la puerta, Eugénie y su madre respiraron aliviadas. Antes de aquella mañana, la muchacha nunca se había sentido coaccionada en presencia de su padre pero, desde hacía unas horas, cambiaba a cada instante de sentimientos y de ideas.

—Mamá, ¿cuántos luses se ganan con una barrica de vino?

—Tu padre vende las tuyas entre cien y ciento cincuenta francos, a veces a doscientos, por lo que he oído decir.

—Cuando cosecha mil cuatrocientas barricas de vino^[56]...

—Ay, hija, no sé de eso, tu padre nunca me habla de sus negocios.

—Pues en ese caso papá debe de ser rico.

—Tal vez, pero el señor Cruchot me dijo que compró Froidfond hace dos años y debió de costarle mucho.

Eugénie ya no entendía nada acerca de la fortuna de su padre, así que abandonó sus cálculos.

—¡Ni siquiera me ha visto, pobrecillo! —dijo Nanon a su regreso—. Está tendido como una piel de ternero sobre la cama y llora como una Magdalena que es una bendición. Qué pena tiene ese pobre y gentil joven.

—Vayamos a consolarlo ahora mismo, mamá; y si llaman, ya bajaremos.

La señora Grandet se sintió indefensa ante las armonías de la voz de su hija. Eugénie tenía un aspecto sublime, era una mujer. Ambas, con el corazón palpitante, subieron a la habitación de Charles. La puerta estaba abierta. El joven no veía ni oía nada. Sumergido en sus lágrimas, profería lamentos inarticulados.

—¡Cuánto quiere a su padre! —dijo Eugénie en voz queda.

Era imposible no percibir en el acento de esas palabras las esperanzas de un corazón apasionado, y por ello la señora Grandet dirigió a su hija una mirada maternal y muy bajo le dijo a la oreja:

—Ándate con cuidado o acabarás amándolo.

—¿Amarlo? —exclamó Eugénie—. ¡Ah, si supieras lo que mi padre ha dicho!

Charles se volvió hacia ellas y reconoció a su tía y a su prima.

—¡He perdido a mi padre, mi pobre padre! Si me hubiera confiado el secreto de su desgracia hubiéramos trabajado juntos para repararlo. ¡Dios mío, mi buen padre! Estaba tan seguro de volver a verlo que creo que lo abracé fríamente.

Los sollozos interrumpieron sus palabras.

—Rezaremos por él —dijo la señora Grandet—. Resígnese a la voluntad de Dios.

—¡Querido primo, tenga valor! —dijo Eugénie—. Esa pérdida es irreparable, así que ahora debe pensar en salvar su honor.

Con ese instinto, esa habilidad femenina que hace gala de ingenio en todas las cosas, incluso cuando consuela, Eugénie quería que su primo olvidara el dolor y se ocupara de sí mismo.

—¿Mi honor...? —gritó el joven apartándose los cabellos con un movimiento brusco, y se sentó en la cama cruzándose de brazos—. Es verdad. Mi padre ha ido a la quiebra, me ha dicho mi tío. —Profirió un grito desgarrador y ocultó el rostro entre sus manos—. Déjeme, prima, ¡déjeme! ¡Dios mío! ¡Dios mío, perdona a mi padre, que ha debido de sufrir mucho!

Había algo horriblemente atractivo en la contemplación de esa expresión de un dolor joven, auténtico, sin premeditación, sin hipocresía. Era un dolor púdico que los corazones sencillos de Eugénie y de su madre comprendieron cuando Charles les hizo un gesto para que lo dejaran solo. Descendieron, ocuparon de nuevo sus asientos junto al ventanal y trabajaron en sus labores por lo menos una hora sin decirse ni una palabra. Eugénie había visto, con la mirada furtiva con la que revisó las cosas del joven, con esa mirada de las chicas que lo ven todo en un abrir y cerrar de ojos, las bellas bagatelas de sus artículos de higiene, sus tijeras, sus navajas de afeitar decoradas con oro. Esa visión del lujo a través del dolor le hizo a Charles aún más interesante, por contraste quizá. Jamás un acontecimiento tan grave, un espectáculo tan dramático, había agitado la imaginación de aquellas dos criaturas incesantemente sumidas en la calma y la soledad.

—Mamá —dijo Eugénie—, llevaremos luto por mi tío.

—Tu padre lo decidirá —respondió la señora Grandet.

Se quedaron de nuevo en silencio. Eugénie daba las puntadas con unos movimientos regulares que hubieran desvelado al observador los fecundos pensamientos de su meditación. El primer deseo de aquella adorable muchacha era compartir el duelo de su primo. Hacia las cuatro, un brusco aldabonazo retumbó en el corazón de la señora Grandet.

—¿Qué le pasará a tu padre? —dijo a su hija.

El viticultor entró alegre. Tras quitarse los guantes, se frotó las manos hasta casi arrancarse la piel si su epidermis no hubiera estado tan curtida como el cuero de Rusia, excepto por el olor a alerce e incienso. Se paseaba y miraba el reloj. Por fin se le escapó su secreto.

—Mujer —dijo sin tartamudear—, los he engatusado a todos. ¡Hemos vendido nuestro vino! Los holandeses y los belgas se marchaban esta mañana, así que me he paseado por la plaza, frente a su posada, como si no tuviera nada mejor que hacer. Fulano, a quien ya conoces, se me ha acercado. Los propietarios de las buenas viñas guardan su cosecha y prefieren esperar, cosa que a mí me trae sin cuidado. El belga estaba desesperado. Me he dado cuenta de ello y trato hecho. Se lleva nuestra cosecha a doscientos francos la barrica, la mitad a pagar al contado. Me paga en oro. Los pagarés ya están listos y aquí tienes seis luises para ti. De aquí a tres meses, los vinos bajarán de precio.

Esas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono tranquilo pero tan profundamente irónico que las gentes de Saumur, agrupadas en aquel momento en la plaza y alertadas por la noticia de la venta que acababa de realizar Grandet, se hubieran estremecido de haberlas oído. El pánico hubiera hecho caer el precio del vino un cincuenta por ciento.

—¿Tiene mil barricas este año, padre? —dijo Eugénie.

—Sí, hijita.

Esa palabra era la expresión superlativa de la alegría del viejo tonelero.

—Eso hace doscientas mil monedas de veinte *sous*.

—Sí, señorita Grandet.

—En ese caso, padre, puede ayudar fácilmente a Charles.

La sorpresa, la cólera y la estupefacción de Baltasar al descubrir la inscripción *Mene Mene Tekel Uparsin* no podría compararse con la fría ira de Grandet que, sin pensar ya en su sobrino, lo halló alojado en el corazón y los cálculos de su hija^[57].

—¡Desde que ese petimetre puso los pies en esta casa todo está patas arriba! Os dais aires de comprar peladillas y organizar bodas y banquetes. No quiero nada de todo eso. A mi edad ya sé cómo debo comportarme, me parece. Y no tiene que darme lecciones ni mi hija ni nadie. Haré por mi sobrino cuanto crea conveniente hacer, y no tenéis que meter las narices. Por lo que a ti respecta, Eugénie —añadió volviéndose hacia ella—, no vuelvas a hablarme de ello o te envío de un bufido a la abadía de Noyers con Nanon; y mañana mismo, si rechistas. ¿Dónde está ese chico, ya ha bajado?

—No, querido —respondió la señora Grandet.

—¿Y se puede saber qué hace?

—Llora a su padre —respondió Eugénie.

Grandet miró a su hija y no supo qué decirle. Al fin y al cabo, también él era padre. Tras dar una o dos vueltas a la sala, subió rápidamente a su gabinete para meditar acerca de un depósito en deuda pública. Sus dos mil arpendes de bosque talados le habían reportado seiscientos mil francos; sumando a ese montante el dinero de la alameda, sus ingresos del año anterior y del año en curso, además de los doscientos mil francos del trato que acababa de cerrar, disponía de un capital de novecientos mil francos. El veinte por ciento que podía obtener rápidamente con la deuda pública, que estaba a setenta francos, era una tentación^[58]. Para su especulación utilizó las cifras que aparecían en el mismo diario donde se anunciaba la muerte de su hermano mientras oía sin escucharlos los gemidos de su sobrino. Nanon golpeó en la pared para invitar a su señor a que descendiera pues la cena estaba servida. Bajo la bóveda, en el último peldaño de las escaleras, Grandet se decía para sí: «Con un interés del ocho, trato cerrado. En dos años, tendré un millón y medio de francos que me llevaré de París en oro del bueno».

—¿Y dónde está mi sobrino?

—Dice que no quiere comer —dijo Nanon—, y eso no es bueno.

—Pues eso que nos ahorraremos —le respondió el amo.

—También es verdad —dijo ella.

—¡Bah, no va a estar siempre llorando! El hambre hace que los lobos salgan del bosque.

La cena fue extrañamente silenciosa.

—Querido —dijo la señora Grandet en cuanto retiraron el mantel—, tendremos que llevar luto.

—La verdad, señora Grandet, ya no sabe qué inventarse para despilfarrar el dinero. El luto se lleva en el corazón y no en la vestimenta.

—Pero el luto por un hermano es indispensable y la Iglesia nos ordena que...

—Cómprase la ropa de luto con sus seis luises, y a mí me bastará con un crespón.

Eugénie alzó la mirada hacia el cielo sin decir nada. Por vez primera en su vida, sus generosas inclinaciones adormecidas, comprimidas, pero súbitamente despertadas, se veían continuamente comprometidas. Aquella velada era similar en apariencia a otras tantas de su

monótona existencia, pero a buen seguro fue la más horrible de todas. Eugénie trabajó sin alzar la cabeza y no utilizó el costurero que Charles había despreciado la noche anterior. La señora Grandet tejió los manguitos. Grandet estuvo cuatro horas dándole vueltas a unos cálculos cuyos resultados sorprenderían a todo Saumur al día siguiente. Aquel día nadie visitó a la familia. En aquel momento, la ciudad entera comentaba la proeza de Grandet, la bancarrota de su hermano y la llegada del sobrino. Llevados por la necesidad de hablar de sus intereses comunes, todos los propietarios de viñas de la alta y la media sociedad de Saumur se hallaban en casa del señor des Grassins, donde se proferían terribles imprecaciones contra el antiguo alcalde. Nanon hilaba y el sonido de su rueca era la única voz que se dejaba oír entre los paneles de madera de la sala.

—Así no gastamos nuestras lenguas... —dijo mostrando sus dientes blancos y grandes como almendras peladas.

—No hay que gastar nada —respondió Grandet despertando de sus meditaciones. Se veía en perspectiva con ocho millones más al cabo de tres años y bogaba sobre aquel río de oro—. Acostémonos. Iré a darle las buenas noches a mi sobrino de parte de todos y a ver si quiere comer algo.

La señora Grandet se quedó en el descansillo del primer piso para escuchar la conversación entre Charles y su marido. Eugénie, más osada que su madre, subió dos peldaños más.

—Está apenado, sobrino, y lo comprendo. Sí, llore, es natural. Un padre es un padre, pero tiene que sobrellevar su aflicción con paciencia. Yo me ocupo de usted mientras llora, ya ve que soy un buen pariente. Vamos, sea valiente. ¿Quiere una copita de vino? — En Saumur el vino no cuesta nada, y se ofrece como una taza de té en la India—. Pero está usted a oscuras —prosiguió Grandet—. ¡Eso es muy malo! Hay que ver claro lo que uno hace. —Grandet se dirigió hacia la chimenea—. ¡Vaya! —exclamó—, menuda vela. ¿De dónde diablos han sacado una vela? Esas harpías serían capaces de arrancar el suelo de madera de la casa para cocerle unos huevos al chico.

Al oír esas palabras, madre e hija entraron en sus habitaciones y se metieron en la cama raudas cual ratones asustados que se esconden en su cubil.

—Señora Grandet, ¿así que tiene un tesoro? —dijo al entrar en la habitación de su esposa.

—Querido, estoy rezando, espere —respondió la pobre mujer con la voz alterada.

—¡Al diablo con tu Dios! —respondió Grandet refunfuñando.

Los avaros no creen en otra vida, para ellos el presente lo es todo. Esa reflexión ilumina horriblemente la época actual cuando, más que en cualquier otro momento, el dinero domina las leyes, la política y las costumbres. Instituciones, libros, hombres y doctrinas, todo conspira para minar la fe en una vida futura que es los cimientos sobre los que desde hace mil ochocientos años reposa el edificio social. Ahora el ataúd es una transición poco temida. El futuro que nos aguardaba tras el réquiem ha sido traspuesto al presente. Llegar *per fas et nefas* al paraíso terrenal del lujo y los placeres vanidosos, endurecer el propio corazón y dejar el cuerpo en maceración para obtener posesiones pasajeras, como antaño se sufría el martirio de la vida para obtener bienes celestiales, ¡ese es el pensamiento generalizado! Una idea, además, escrita por doquier, incluso en las leyes, que preguntan al legislador «¿Qué pagas?» en lugar de decirle «¿Qué piensas?». Cuando esa doctrina pase de la burguesía al pueblo, ¿qué será del país?

—Señora Grandet, ¿has acabado? —dijo el viejo tonelero.

—Querido, rezo por ti.

—¡Muy bien! ¡En ese caso, buenas noches! Ya hablaremos mañana.

La pobre mujer se durmió como el colegial que no ha estudiado la lección y teme que al despertar se hallará frente a frente con el rostro enojado del maestro. En el momento en que, atemorizada, se arrebujaba entre las sábanas para no oír nada, Eugénie se tendió junto a ella, en camisón y descalza, y la besó en la frente.

—¡Oh, querida mamá! —dijo—. ¡Mañana le diré que he sido yo!

—No, que te enviará a Noyers. Déjame que yo me ocupe de ello, a mí no me va a comer.

—¿Lo oyes, mamá?

—¿Qué?

—Pues que sigue llorando.

—Acuéstate, hija. Se te van a helar los pies. El suelo está muy frío.

Dada su vida hasta aquel momento tranquila, la piedad femenina, el sentimiento más ingenioso, se desplegó en su alma aún con mayor fuerza. Trastornada por los acontecimientos del día, se despertó en varias ocasiones para escuchar a su primo al creer haber oído los suspiros que desde el día anterior resonaban en su corazón: lo veía agonizando de pena o soñaba que moría de hambre. De madrugada, oyó con toda claridad una terrible exclamación. Se vistió de inmediato y, al alba, corrió rauda junto a su primo, que había dejado la puerta abierta. La vela había ardido hasta consumirse en el candelabro. Charles, vencido por la naturaleza, dormía vestido, sentado en un sillón, con la cabeza reclinada en la cama; soñaba como sueñan las personas con el estómago vacío. Eugénie pudo llorar a sus anchas; pudo admirar aquel rostro joven y bello, amoratado por el dolor, aquellos ojos hinchados por las lágrimas, y que a pesar de estar cerrados aún parecía que de ellos brotaran lágrimas. Charles adivinó por simpatía la presencia de Eugénie, abrió los ojos y la vio enternecida.

—Perdone, prima —dijo, sin saber evidentemente ni qué hora era ni dónde se hallaba.

—Aquí hay corazones que le oyen, querido primo, y hemos creído que necesitaba algo. Debería acostarse, no va a descansar si se queda así.

—Es cierto.

—Pues hasta luego.

Se marchó, avergonzada y feliz de haber acudido. Solo la inocencia se atreve a tales osadías. Instruida, la Virtud es tan calculadora como el Vicio. Eugénie, que junto a su primo no había temblado, apenas se tenía sobre sus piernas cuando llegó a su habitación. Su vida ignorante había llegado a su fin de repente, pensó, y se hizo mil reproches. «¿Qué idea se hará de mí? Creerá que lo amo.» Eso era lo que precisamente más deseaba que creyera. El amor sincero es clarividente y sabe que el amor excita el amor. ¡Qué acontecimiento para aquella chica solitaria entrar furtivamente en los aposentos de un joven! Hay pensamientos y acciones que, en el amor, equivalen para ciertas almas a un compromiso bendecido. Una hora más tarde, entró en la habitación de su madre y la vistió como era costumbre. Luego fueron a sentarse frente a la ventana y aguardaron a Grandet con esa ansiedad que hiela el corazón o lo calienta, lo oprime o lo dilata según los caracteres, cuando se teme una regañina o un castigo; es, por otra parte, un sentimiento muy natural, puesto que incluso lo experimentan los animales domésticos cuando gritan por el débil dolor de un castigo y sin embargo callan cuando se hieren inadvertidamente. El buen hombre bajó, pero habló distraídamente a su esposa, besó a Eugénie y se sentó a la mesa sin que pareciera pensar en las amenazas de la vispera.

—¿Cómo está mi sobrino? No parece que moleste mucho.

—Duerme, señor —respondió Nanon.

—Mejor, así no gasta la vela —dijo Grandet con tono guasón.

Esa insólita clemencia, esa amarga alegría, sorprendieron a la señora Grandet y esta miró atentamente a su marido. El buen hombre... Tal vez ahora sea conveniente comentar que en Turena, Anjou o Poitou, o en Bretaña, la expresión «buen hombre», ya empleada para designar a Grandet, abarca desde los hombres más crueles hasta los más bonachones, en cuanto alcanzan una determinada edad. Ese título no supone prejuicio alguno acerca de la mansedumbre del individuo. El buen hombre, pues, cogió su sombrero y sus guantes, y dijo:

—Voy a darme una vuelta por la plaza para encontrarme con los Cruchot.

—Eugénie, a tu padre le pasa algo.

En efecto, poco dado a dormir, Grandet consagraba la mitad de sus noches a los cálculos preliminares que conferían su proverbial exactitud a sus estimaciones, sus observaciones y sus planes, y aseguraban ese constante éxito ante el que se maravillaban las gentes de Saumur. Cualquier poder humano es una mezcla de tiempo y de paciencia. Los poderosos desean y aguardan. La vida del avaro es un constante ejercicio del poderío humano al servicio de la personalidad. Se sostiene únicamente sobre dos sentimientos: el amor propio y el interés; sin embargo, al ser el interés el amor propio sólido y bien entendido, la continua manifestación de una superioridad real, el amor propio y el interés no son más que dos partes de un todo, el egoísmo. De ahí viene probablemente la prodigiosa curiosidad que despiertan los avaros llevados a escena. No hay nadie que no tire de un hilo de esos personajes que se enfrentan a todos los sentimientos humanos y que a la vez los resumen todos. ¿Hay algún hombre sin deseo y qué deseo social se resolverá sin dinero? A Grandet le pasaba algo, como decía su mujer. Había en él, como es el caso de todos los avaros, una persistente necesidad de jugar una partida con los otros hombres, de ganarles legítimamente sus escudos. Imponerse sobre otro, ¿no es acaso una demostración de poder, otorgarse a perpetuidad el derecho a despreciar a aquellos que, por débiles, se dejan devorar en este mundo? ¡Oh!, ¿quién ha entendido el significado del cordero apaciblemente tendido a los pies de Dios, el emblema más conmovedor de todas las víctimas terrestres, el de su futuro, el Sufrimiento y la Debilidad glorificados? El avaro deja que ese cordero engorde, lo encierra, lo mata, lo asa, se lo come y lo desprecia. El pasto de los avaros está hecho a partes iguales de dinero y desdén. Durante la noche, las ideas del buen hombre habían tomado otro cariz: de ahí procedía su clemencia. Había urdido una trama para burlarse de los parisinos, para retorcerlos, liarlos, dejarlos patidifusos, hacerlos ir y venir, transpirar, aguardar y palidecer; y todo ello para que él, el viejo tonelero, en el fondo de su sala gris, al ascender por la escalera carcomida de su casa de Saumur, se mofara de ellos. Su sobrino lo había tenido ocupado. Quería salvar el honor de su hermano difunto sin que le costara dinero ni a su sobrino ni a él mismo. Iba a colocar sus fondos a tres años, y ya no tenía más que gestionar sus bienes, así que necesitaba algo con que alimentar su actividad maliciosa y lo había hallado en la quiebra de su hermano. Al no tener un hueso que roer, quería estrujar a los parisinos en provecho de Charles, y mostrarse como un buen hermano por cuatro cuartos. El honor de la familia estaba tan alejado de su proyecto que su buena voluntad debía compararse con la necesidad que sienten los jugadores de ver jugar una buena partida aunque ellos no hayan apostado. Y necesitaba a los Cruchot, pero no quería ir en su busca, así que había decidido que fueran ellos quienes se presentaran en su casa y comenzar aquella misma tarde la comedia cuyo plan acababa de

concebir, con el fin de convertirse al día siguiente, sin que le costara nada, en el objeto de la admiración de su ciudad. En ausencia de su padre, Eugénie se sintió feliz al poder ocuparse abiertamente de su querido primo, de colmarlo sin temor con los tesoros de su piedad, una de las sublimes superioridades de la mujer, la única que acepta manifestar, la única en la que perdona que el hombre la deje ser superior a él. Tres o cuatro veces, Eugénie fue a escuchar la respiración de su primo; a ver si dormía, si se había despertado; luego, cuando se levantó, la crema de leche, el café, los huevos, la fruta, los platos y el vaso, todo cuanto formaba parte del desayuno, fue objeto de cuidados por ella. Subió raudamente la escalera para escuchar el ruido que hacía su primo. ¿Se vestía? ¿Aún lloraba? Fue hasta su puerta.

—¿Primo?

—Prima...

—¿Quiere desayunar en la sala o en su habitación?

—Donde usted desee.

—¿Cómo se encuentra?

—Querida prima, me avergüenzo de tener hambre.

Esa conversación a través de la puerta era para ella un verdadero pasaje de una novela.

—En ese caso, le traeremos el desayuno a su habitación para no contrariar a mi padre.

Bajó a la cocina ligera como un pajarillo.

—Nanon, ve a arreglar su habitación.

A Eugénie le parecía que aquella escalera por la que tantas veces había subido y bajado, donde resonaba hasta el menor ruido, había perdido su carácter vetusto; la veía luminosa, le hablaba, era joven como ella, joven como su amor al que servía. Su madre, su buena e indulgente madre, se prestó además a sus fantasías amorosas, y una vez estuvo arreglada la habitación de Charles, fueron ambas a hacerle compañía al desventurado: ¿la caridad cristiana no ordenaba consolarlo? Esas dos mujeres sacaron de la religión varios sofismas para justificar sus descarríos. Charles Grandet fue así objeto de los cuidados más afectuosos y tiernos. Su corazón dolorido sintió vivamente la dulzura de aquella amistad aterciopelada, de esa exquisita simpatía, que esas dos almas siempre sometidas supieron desplegar al sentirse por un momento libres en la región del sufrimiento, su esfera natural. Autorizada por el parentesco, Eugénie ordenó la ropa, los enseres de higiene que su primo había traído consigo, y pudo maravillarse a sus anchas ante cada lujosa quincalla, ante los perifollos de plata o de oro labrado que caían en sus manos, y en las que las sostenía largamente bajo pretexto de examinarlos. Charles sintió un profundo enternecimiento ante el generoso interés que le manifestaban su tía y su prima, pues conocía lo bastante la sociedad parisina como para saber que en su posición solo hubiera hallado corazones indiferentes o fríos, y Eugénie se le apareció entonces en todo el esplendor de su belleza singular, y a partir de aquel instante admiró la inocencia de esas costumbres de las que hasta la víspera se había reído. Por ello, cuando Eugénie tomó de manos de Nanon el tazón de loza lleno de café con crema de leche para servirlo a su primo con la ingenuidad de sus sentimientos, dirigiéndole una mirada bondadosa, los ojos del parisino se llenaron de lágrimas y este le cogió la mano y se la besó.

—¡Uy!, ¿qué le sucede? —preguntó ella.

—¡Oh, son lágrimas de agradecimiento! —respondió él.

Eugénie se volvió bruscamente hacia la chimenea para coger los velones.

—Tenga, Nanon, lléveselos —dijo.

Cuando miró a su primo, aún estaba muy sonrojada, pero por lo menos su mirada pudo mentir y no traslucir la desmesurada alegría que le inundaba el corazón; sus ojos, sin embargo, expresaron un mismo sentimiento y sus almas se fundieron en un mismo pensamiento: el futuro les pertenecía. Esa dulce emoción fue aún más deliciosa para Charles por inesperada, en medio de su pena inmensa. Un aldabonazo hizo que ambas mujeres regresaran a su sitio. Por fortuna, pudieron bajar rápidamente las escaleras y cuando Grandet entró ya estaban ocupadas en sus labores; si las hubiera hallado bajo la bóveda no hubiera sido necesario nada más para aguzar sus sospechas. Tras el desayuno, que el buen hombre se zampó de un bocado, el guarda, al que aún no le había pagado la compensación, llegó de Froidfond, de donde traía una liebre, perdigones cazados en el parque, anguilas y dos lucios que debían los molineros.

—¡El pobre Cornoiller llega como agua de mayo! ¿Es bueno para comer, todo eso?

—Sí, estimado y generoso señor, fue cazado hace dos días.

—Vamos, Nanon, no remolonees —dijo Grandet—. Coge eso y prepáralo para la cena, he invitado a dos Cruchot.

Nanon abrió unos ojos como platos y miró a todos los presentes pasmada.

—¿Y de dónde voy a sacar la manteca y las especias? —dijo.

—Mujer —dijo Grandet—, dale seis francos a Nanon y recuérdame que vaya a la bodega a por un buen vino.

—Como le decía, señor Grandet —prosiguió el guarda que había preparado su solemne discurso para resolver la cuestión de su paga—, señor Grandet...

—Bla, bla, bla, bla —dijo Grandet—, ya sé qué me quieres decir, menudo tunante eres tú, pero ya veremos eso mañana, hoy estoy muy ocupado. Mujer, dale cien *sous* —dijo a la señora Grandet.

Se marchó. La pobre mujer fue feliz al comprar la paz por once francos. Sabía que Grandet callaba durante quince días tras haber recuperado, moneda a moneda, el dinero que le había dado.

—Toma, Cornoiller —dijo, poniéndole diez francos en la mano—. Algún día reconoceremos tus servicios.

Cornoiller no pudo decir nada y se fue.

—Señora —dijo Nanon, que se había puesto su cofia negra y había cogido un cesto—, solo necesito tres francos. Quédese con el resto. Vamos, a pesar de todo bastará.

—Prepara una buena cena, Nanon, mi primo bajará.

—Decididamente, aquí está pasando algo extraordinario —dijo la señora Grandet—. Es la tercera vez que tu padre invita a cenar desde que nos casamos.

Hacia las cuatro, cuando Eugénie y su madre acababan de disponer la mesa para seis comensales y el señor de la casa acababa de subir de la bodega unas botellas de esos vinos exquisitos que los provincianos guardan con amor, Charles entró en la sala. El joven estaba pálido. Sus gestos, su porte, sus miradas y el sonido de su voz tenían una agraciada tristeza. No fingía el dolor sino que sufría verdaderamente, y el velo de aflicción que cubría sus rasgos le daba esos aires interesantes que tanto gustan a las mujeres. Eugénie lo amó aún más. Tal vez la desgracia lo había acercado a ella. Charles ya no era aquel joven rico y apuesto situado en una esfera inalcanzable para ella, sino un pariente hundido en una terrible miseria. La miseria engendra la igualdad. La mujer tiene eso en común con los ángeles, que quienes sufren le pertenecen. Charles y Eugénie hablaron solo con sus miradas, puesto que el pobre dandi caído en desgracia, el huérfano, se situó en un rincón y permaneció mudo, sereno y orgulloso; de vez en cuando, empero, la mirada dulce y

acariciadora de su prima centelleaba sobre él y lo obligaba a abandonar sus tristes pensamientos, a avanzar hacia ella por los campos de la Esperanza y el Porvenir en los que ella deseaba adentrarse junto a él. En aquel momento, la ciudad de Saumur estaba más conmocionada por la cena ofrecida por Grandet a los Cruchot que la víspera por la venta de su cosecha, que constituía un crimen de alta traición hacia los viñedos. Si el político viticultor hubiera invitado a cenar con la misma intención que le costó la cola al perro de Alcibiades^[59], tal vez se le habría considerado un gran hombre; sin embargo, demasiado altanero en una ciudad de la que se mofaba sin cesar, hacía caso omiso a lo que se dijera en Saumur. Los Des Grassins tuvieron pronto noticia de la muerte violenta y la probable quiebra del padre de Charles, así que decidieron ir aquella misma tarde a casa de su cliente para expresarle sus condolencias y darle muestras de su amistad, a la vez que se informaban de los motivos que lo habrían llevado a invitar a cenar, en semejantes circunstancias, a los Cruchot. A las cinco en punto exactamente, el presidente C. de Bonfons y su tío notario llegaron endomingados de pies a cabeza. Los comensales se sentaron a la mesa y comenzaron comiendo notablemente bien. Grandet estaba muy serio, Charles en silencio, Eugénie muda y la señora Grandet no habló más que de costumbre, de tal manera que el ágape fue una verdadera cena fúnebre. Al alzarse de la mesa, Charles dijo a su tía y a su tío:

—Me permitirán que me retire, pero debo ocuparme de una larga y triste correspondencia.

—Como guste, sobrino.

Tras su marcha, y cuando el buen hombre aventuró que Charles ya no podía oír nada y debía de estar sumergido en su escritura, miró hipócritamente a su esposa.

—Señora Grandet, aquello de lo que debemos hablar os sonará a latín y son la siete y media, así que será mejor que os acostéis. Buenas noches, hija mía.

Besó a Eugénie y ambas mujeres salieron. Fue entonces cuando dio inicio la escena en que el tío Grandet, más que en cualquier otro momento de su vida, echó mano de la habilidad que había adquirido en el comercio de los hombres y que lo había hecho merecedor, por parte de aquellos en quienes hincaba con demasiada fuerza los dientes, el mote de «perro viejo». Si el alcalde de Saumur hubiera llevado más lejos su ambición, si las felices circunstancias le hubieran hecho alcanzar las más altas esferas de la sociedad o lo hubieran llevado a las asambleas donde se debaten asuntos de las naciones, y allí hubiera hecho gala del genio con que lo había dotado su interés personal, no cabe la menor duda de que habría sido de la mayor utilidad para Francia. Sin embargo, tal vez sería igualmente probable que, una vez abandonado Saumur, el individuo habría presentado un aspecto lamentable. Tal vez a algunas mentes les suceda lo mismo que a los animales, que una vez trasplantados de los climas en que nacieron ya no son capaces de engendrar.

—Se-se-se-se-ñor pre-pre-pre-presidente, de-de-decía ustedeeed que la bancaaarrota...

En aquellas circunstancias, la tartamudez fingida por Grandet desde hacía muchos años y que pasaba por natural, así como su sordera de la que se quejaba cuando llovía, se hizo tan cargante para los Cruchot que mientras escuchaban al viticultor no podían evitar hacer muecas y trataban de acabar las palabras en las que se encallaba por gusto. Ha llegado tal vez el momento de explicar la historia del tartamudeo y de la sordera de Grandet. Nadie, en Anjou, oía mejor ni podía pronunciar más claramente el francés angevino que el taimado viticultor. Tiempo atrás, y a pesar de su astucia, se había burlado de él un israelita que, a lo largo de su discusión, se llevaba la mano a la oreja a guisa de trompetilla con la excusa de oírle mejor, y chapurreaba tanto tratando de dar con las palabras adecuadas que Grandet, víctima de su humanidad, se creyó obligado a sugerirle al

artero judío las palabras e ideas que el judío fingía buscar, a acabar él mismo los razonamientos de dicho judío, a hablar como hablaba el maldito judío, a ser al fin el judío y no Grandet. El tonelero salió de ese singular combate habiendo cerrado el único trato del que se lamentaría a lo largo de su vida comercial. Sin embargo, aunque desde el punto de vista pecuniario hubiera perdido, obtuvo una buena lección en el aspecto moral y, más adelante, recogió los frutos de la misma. Por ello el buen hombre acabó por bendecir al judío que le había enseñado el arte de impacientar a su adversario comercial y, ocupándolo en devanarse los sesos pensando en él, hacerle perder de vista constantemente su propio razonamiento. Y ningún negocio había exigido tanto como aquel que se traía entre manos recurrir a la sordera, el tartamudeo y incomprensibles ambages con que Grandet envolvía sus ideas. En primer lugar, no quería asumir la responsabilidad de sus ideas; luego, quería ser dueño de su palabra, y dejar en la duda sus verdaderas intenciones.

—Señor de Bon-Bon-Bonfons... —Por segunda vez en tres años, Grandet llamaba señor de Bonfons al sobrino Cruchot. El presidente pudo sentirse elegido como yerno por el artificioso buen hombre—. De-de-de-decía usteed... que en al... gunos... casos las bancaarrotas pue-pue-pueden ser evi-evi-evitadas por...

—Por los tribunales de comercio. Es el pan nuestro de cada día —dijo el señor C. de Bonfons cazando al vuelo la idea de Grandet o al creer haberla adivinado y pretendiendo afectuosamente explicársela—. ¿Me escucha?

—Le escu-cucho —respondió humildemente el buen hombre adoptando el malicioso aplomo del niño que se ríe por dentro de su profesor fingiendo que le presta atención.

—Cuando un hombre considerable y considerado como era, por ejemplo, su difunto señor hermano en París...

—Mi... mi hermano, sí.

—Se ve amenazado por un cataclismo...

—¿Se llaaama ca-ca-cataclismo?

—Sí. Cuando la quiebra es inminente, el tribunal de comercio por el que es susceptible de ser juzgado, ¿me sigue?, tiene la potestad de nombrar por sentencia a unos liquidadores de su empresa comercial. Liquidar no es lo mismo que ir a la quiebra, ¿me entiende? Con una quiebra, un hombre queda deshonrado, pero con una liquidación sigue siendo una persona honrada.

—Es muy di-di-di-diferente, si esooo no cues... cu-cu-cu-cuesta más dinero —dijo Grandet.

—Y aún puede hacerse una liquidación, aunque sin intervención del tribunal de comercio, puesto que —dijo el presidente olisqueando un pellizco de tabaco—, ¿cómo se declara una quiebra?

—No, no lo he pen, pen, pen, pensado nunca —respondió Grandet.

—En primer lugar —prosiguió el magistrado—, presentando el balance en la secretaría del tribunal el propio comerciante o su representante provisto de poderes, debidamente autorizado. En segundo lugar, a petición de los acreedores. Si el comerciante no presenta el balance y ningún acreedor requiere una sentencia del tribunal que declare al comerciante en quiebra, ¿qué sucede?

—Sí, ve-veamos.

—En tal caso la familia del finado, sus representantes o sus legatarios; el comerciante, en caso de no haber fallecido; o sus amigos si se ha escondido, pueden hacer la liquidación. ¿Tal vez quiera usted liquidar los negocios de su hermano? —le preguntó el

presidente.

—¡Ah, Grandet! —exclamó el notario—. Eso sería excelente. En lo más profundo de nuestras provincias aún hay honor. Si salva su nombre, puesto que se trata de su nombre, será usted un hombre...

—Sublime —dijo el presidente interrumpiendo a su tío.

—A buen seguro —replicó el viejo viticultor—. Mi-mi her-her-hermano se lla-lla-lla-llamaba Grandet co... mo yo. Más cla... ro, el a... agua. No, no, no, di... go que no. Y, y, esa li-li-li-liquidación en cual... quier, ca-ca-caso po-po-po-podría ser muy venta-venta-ventajosa para los intereses de mi so-so-so-sobrino, al que quie... ro mu-mu-mucho. Pero habrá que... que... ver. No co-co-co-conozco a los bribones de París. ¡Vivo en Sa-Sau-Saumur, bien lo sa-saben! ¡Mis ceepas! ¡Mis zaaanjas! Y, en fin, tengo mis negoocios. Nunca he firmado pa-pa-pagarés. ¿Qué es un pagaré? He re-re-re-recibido muchos, pero no he fir-fir-firmado ninguno. Se cooobran y se descuueeeentan. Eso es toodo lo que-que-que sé. He o-o-oído de-de-decir que se pueeeden comprar pa-pa-pa-pagarés...

—Sí —dijo el presidente—, se pueden comprar pagarés en la plaza con un porcentaje. ¿Lo entiende?

Grandet se llevó la mano a la oreja a guisa de trompetilla, y el presidente le repitió la frase.

—Pero —dijo el viticultor—, to-to-to-todo tiene su ca-ca-ca-cara y su cruz. No... no... no sé nada, a mi eedad de tooodas esas co-co-co-cosas. Tengo que estar a-a-aquí para vi-vi-vi-vigilar el grano. El grano se co-co-cosecha y con el gra-gra-grano se paga. Lo primero es vi-vi-vi-vigilar las co-co-co-cosechas. Ten, tengo asuuuntos im-importantes en Froidfond y pro-provechosos. No pue-puedo de-dejar mi ca-ca-casa por unos *embrrrrroooollamini gentes* de mil di-diablos de los que no en-en-entiendo naaada. Di... ce que para li-li-li-liquidar, para impedir la bancarrota, de-de-debería ir a París. Uno no pue-de estar en dos si-si-sitios a la vez a no ser que sea un pa-pa-pajarillo... Y...

—Ya le entiendo —exclamó el notario—. Pero sabe bien, viejo amigo, que cuenta con amigos, amigos de verdad, que pueden echarle una mano.

«En tal caso, decídase de una vez», pensaba para sí el viticultor.

—Alguien podría ir a París y hablar con el acreedor más importante de su hermano Guillaume y decirle...

—Un mi-mi-minuto —prosiguió Grandet—, decirle... ¿Qué? Algo así co-co-co-cómo: «Que si el señor Grandet de Saumur esto, que si el señor Grandet-det-det de Saumur aque... llo. Quiere a su hermano y a su so-so-so-sobrino. Grandet es un buen pa-pa-pariente y tiene buenas intenciones. Ha vendido bien su co-co-co-cosecha. No declaren la bancarro... ta, reúnanse y nombren unos li-li-li-liquidadores. Y lue... go, Grandet ya verá. Sacarán más pro-pro-pro-provecho liquidando que si dejan que la jus-jus-justicia meta las na-na-na-narices...». ¿No es así?

—¡Exactamente! —dijo el presidente.

—Ya se sabe, señor de Bon-Bon-Bon... fons, hay que verlo todo antes de de-de-decidir. Si no se pue... de, no se pue... de. En cualquier asunto one-one-oneroso, para no arrui... narse, hay que saber de qué se dis... pone, y las cargas. ¿No es así?

—Ciertamente —dijo el presidente—. En mi opinión, dentro de unos meses podrán saldarse los créditos por una suma determinada y pagar íntegramente mediante acuerdos. ¡Ja, ja, a los perros se los puede llevar muy lejos enseñándoles un pedazo de tocino! Si no hay quiebra y uno dispone de los títulos de crédito, queda tan blanco como la nieve.

—¿Qué dice de la nie-nie-nieve? —respondió Grandet volviendo a utilizar la mano como trompetilla—. No entien... do eso de la nie-nie-nieve.

—Pues escúcheme —le gritó el presidente.

—Le escu-escu-escucho.

—Un efecto es una mercancía que puede tener subidas y bajadas de valor. Esto se deduce del principio de Jérémie Bentham sobre la usura. Este ensayista probó que los prejuicios con los que se reprobaba a los usureros eran una bobada.

—¡Pues claro! —dijo el buen hombre.

—Dado por supuesto que en principio, según Bentham, el dinero es una mercancía, y que lo que representa el dinero se convierte igualmente en mercancía —prosiguió el presidente—, dado por supuesto que como es notorio que, sometida a las variaciones habituales que rigen la cosa comercial, la mercancía-pagaré, con tal o cual firma, como tal o cual artículo, abunda o escasea en la plaza, que se encarece o pierde todo su valor, el tribunal ordena... ¡vaya, qué tonto soy, disculpen!..., en mi opinión podrá comprar a su hermano por un veinticinco por ciento.

—Ha di-di-dicho Jé-Jé-Jé... Jérémie Ben...

—Bentham, un inglés.

—Ese Jérémie nos hará evitar muchas lamentaciones en los negocios —dijo riendo el notario.

—Los ingleses a veces tienen co-co-co-cosas buenas —dijo Grandet—. Así, se-se-se-según Ben-Ben-Ben-Bentham, si los efectos de mi hermano... va-va-va-valen... es que no valen. Sí. Lo he di-di-di-dicho bien, ¿verdad? Parece claro... Los acreedores serían... No, no serían... Yo ya me en-en-entiendo.

—Deje que se lo explique —dijo el presidente—. En derecho, si uno posee todos los créditos debidos por la casa Grandet, vuestro hermano o sus legatarios no deben nada a nadie. Bien.

—Bien —repitió Grandet.

—En equidad, si los efectos de su hermano se negociaran, ¿entiende lo que significa negociar?, en la plaza con un porcentaje de pérdida, si uno de sus amigos pasara por allí y los comprara, sin que los acreedores se hubieran visto forzados violentamente a venderlos, la herencia del difunto Grandet de París estaría legalmente libre de cargas.

—Es cierto, los ne-ne-ne-negocios son los negocios —dijo el tonelero—. En ese supueeesto... Sin embargo, ya compren... derán que es di-di-di-difícil. No tengo di-di-di-dinero ni... ni... ni tiempo, ni tiempo, ni...

—Sé que no puede abandonar sus obligaciones. A la vista de ello, le propongo ir yo a París: usted se haría cargo de los gastos del viaje, una miseria. Veré a los acreedores, hablaré con ellos, les pediré un aplazamiento de los pagos y todo se arreglará con un reembolso suplementario que añadirá a los valores de la liquidación con objeto de hacerse con los títulos de crédito.

—Ya vereemos, no... no... no puedo, no... no... no quiero comprometerme sin... sin que... Si no... no... no... no se puede, no se puede. ¿Me entieeeeeende?

—Absolutamente.

—Me va a esta-esta-estallar la cabeza con lo que me ha sol... tado. Es la primeeera vez en mi... mi... mi vida que tengo que peeeensar en...

—Sí, no es usted jurisconsulto.

—Soy un po-po-pobre viti... cultor, y no sé na-na-nada de lo que me ha di-di-di-

dicho; tendré que dar-dar-darle vueeeltas al asunto.

—De acuerdo... —prosiguió el presidente, dispuesto a resumir la conversación.

—Sobrino... —lo interrumpió el notario con tono de reproche.

—De acuerdo, tío —respondió el presidente.

—Deja que el señor Grandet te explique sus intenciones. Se trata de un mandato de gran importancia en el momento actual, y nuestro querido amigo tiene que definirlo cabalmente...

El aldabonazo que anunciaba la llegada de la familia Des Grassins, la entrada de los mismos y sus saludos impidieron que Cruchot acabara su frase. El notario se alegró de aquella interrupción; Grandet lo miraba de reojo y su lupia reflejaba una tormenta interior; sin embargo, en primer lugar, al prudente notario no le parecía conveniente que un presidente de tribunal de primera instancia fuera a París a hacer capitular a unos acreedores y mezclarse en una componenda que iba en contra de las leyes de la estricta probidad; además, dado que el tío Grandet aún no había dado muestras de estar dispuesto a pagar nada por ello temblaba instintivamente con solo pensar en que su sobrino se hiciera cargo de aquel asunto. Aprovechó el momento en que entraban los Des Grassins para asir del brazo al presidente y llevarlo hacia el vano de la ventana.

—Ya te has puesto bastante en evidencia, sobrino; no hace falta ir tan lejos. El deseo de obtener a la hija te ciega. ¡Por todos los diablos! No hay que hacer las cosas con los ojos vendados. Déjame llevar a mí el timón y ayúdame en las maniobras. ¿Crees que te corresponde comprometer tu dignidad de magistrado en semejante...?

No acabó de hablar; oyó al señor Des Grassins decirle al viejo tonelero, tendiéndole la mano:

—Grandet, hemos tenido noticia de la terrible desgracia que le ha ocurrido a su familia, el desastre de la casa Guillaume Grandet y la muerte de su hermano; venimos a expresarle nuestras condolencias en tan tristes circunstancias.

—No hay más desgracia que el fallecimiento del hermano menor del señor Grandet —dijo el notario interrumpiendo al banquero—. Y no se hubiera matado si se le hubiera pasado por la cabeza pedir a su hermano que lo ayudara. Nuestro viejo amigo, hombre de honor de los pies a la cabeza, liquidará las deudas de la casa Grandet de París. Mi sobrino el presidente, para ahorrarle los quebraderos de cabeza judiciales, le ha ofrecido partir inmediatamente a París para negociar con los acreedores y satisfacerlos como está mandado.

Esas palabras, confirmadas por la actitud del viticultor, que se frotaba el mentón, sorprendieron extrañamente a los tres Des Grassins, que por el camino habían dicho pestes de la avaricia de Grandet y casi habían llegado a acusarlo de fratricidio.

—¡Ah, lo sabía! —exclamó el banquero mirando a su mujer—. ¿Qué le decía por el camino, señora des Grassins? Grandet es hombre de honor de pies a cabeza, ¡y no consentirá afrenta alguna a su buen nombre! El dinero sin honor es una enfermedad. ¡Y en provincias somos gente de honor! Eso está bien, pero que muy bien, Grandet. Soy militar retirado, y no me ando por las ramas, solo hablo a las claras: ¡esto es sublime, rayos y truenos!

—Pueees lo su-su-su-sublime es muy ca-ca-caró... —respondió el buen hombre mientras el banquero le sacudía efusivamente la mano.

—Este asunto, sin embargo, mi querido Grandet, y mal que le pese al señor presidente —prosiguió Des Grassins—, es puramente comercial y requiere un negociador consumado. ¿Acaso no hay que saber de letras impagadas, desembolsos y cálculo de

intereses? Debo ir a París por mis asuntos y podría ocuparme de...

—Ya veremos si po-po-po-podemos llegar a un acu-acu-acuerdo dentro de las po-po-po-posibilidades y sin comprometerme a naaaada que no pueeeda hacer —dijo Grandet tartamudeando—. Porque, figúrese, el señor presidente me pedía naturalmente que le reembolsara los gastos de viaje.

El buen hombre no farfulló al decir esas palabras.

—Pero ¡si ir a París siempre es un placer! —dijo la señora des Grassins—. Yo hasta pagaría por ir.

Y le hizo una señal a su marido para animarlo a robarles ese encargo a sus adversarios a cualquier precio y acto seguido miró con ironía a los dos Cruchot, que se habían quedado cariacontecidos. Grandet asió al banquero por uno de los botones de su traje y lo llevó a un rincón.

—Confío más en usted que en el presidente —le dijo—. Y, además, hay gato encerrado —añadió con un temblor en la lupia—. Quiero comprar deuda pública, unos miles de francos, y solo quiero hacerlo si es a ochenta francos. Esas cosas bajan, se dice, a final de mes, ¿no es cierto?

—¡Por Dios! Sea, ¿cuántos miles de libras de deuda pública tengo que comprar para usted?

—De momento, poca cosa. ¡Y chitón! Quiero jugar a eso sin que se sepa. Ciérreme una compra a fin de mes, pero no diga nada de eso a los Cruchot, eso los irritaría. Como debe ir a París, ya hablaremos de ambas cosas a la vez y veremos cómo pintan las cosas para mi sobrino.

—De acuerdo. Me iré mañana en la diligencia —dijo en voz alta Des Grassins—. ¿A qué hora desea que venga a recibir las últimas instrucciones?

—A las cinco, antes de la cena —dijo el viticultor frotándose las manos.

Ambos bandos permanecieron aún unos frente a otros durante unos instantes. Des Grassins, tras una pausa, dijo palmeándole el hombro a Grandet:

—Qué bueno es tener parientes así...

—Sí, sí, aunque no lo parezca —respondió Grandet—, soy un buen pa-pariente. Quería a mi hermano y lo demostraré si no me cues-cuesta...

—Nosotros nos marchamos ya, Grandet —le dijo el banquero interrumpiéndolo felizmente antes de que acabara su frase—. Si avanzo mi marcha, tengo que poner en orden mis cosas.

—Bien, bien. Yo... pensando en lo que ya sa... sabe, voy a rere-retirarme a de-de-deliberar, como dice el presidente Cruchot.

«¡Diantre, ya no soy el señor de Bonfons!», pensó con tristeza el magistrado cuyo rostro adoptó el semblante de un juez aburrido por un alegato.

Los jefes de ambas familias rivales se marcharon a la vez. Ni unos ni otros pensaban ya en la traición cometida por Grandet aquella misma mañana para con los viticultores y se sondearon mutuamente pero en vano para averiguar qué pensaban de las verdaderas intenciones del buen hombre en aquel nuevo asunto.

—¿Viene con nosotros a casa de la señora d'Orsonval? —dijo Des Grassins al notario.

—Iremos más tarde —respondió el presidente—. Si mi tío lo permite, he prometido a la señorita de Gribeaucourt que pasaría a desearle buenas noches, e iremos primero allí.

—En tal caso, hasta luego, señores —dijo la señora des Grassins.

Y cuando los Des Grassins se hallaron a unos pasos de los dos Cruchot, Adolphe

dijo a su padre:

—Echan humo, ¿verdad?

—Cállate, hijo —le replicó su madre—, aún pueden oírnos. Además, lo que dices no es de buen tono y huele a facultad de Derecho.

—Ya ve, tío —exclamó el magistrado cuando vio que los Des Grassins se habían alejado—, he empezado siendo el presidente de Bonfons y he acabado por ser simplemente un Cruchot.

—Ya he visto que eso te contrariaba, pero el viento soplaba a favor de los Des Grassins. ¡No seas bobo, con lo listo que eres...! Deja que se embarquen con un «ya veremos» del tío Grandet y estate tranquilo, muchacho: Eugénie no dejará de ser tu esposa por esa razón.

En unos instantes, la noticia de la magnánima resolución de Grandet corrió por tres casas a la vez y ya no se habló de otra cosa en la ciudad más que de esa fraternal abnegación. Todos perdonaban a Grandet su venta llevada a cabo a pesar de las promesas entre propietarios, admiraban su honor y alababan una generosidad de la que lo creían incapaz. El carácter francés se entusiasma con facilidad, se encoleriza o se apasiona con el meteoro del momento o cualquier vana ilusión novedosa. ¿No tienen memoria los seres colectivos, los pueblos?

En cuanto Grandet hubo cerrado la puerta, llamó a Nanon.

—No sueltes al perro y no duermas, tenemos trabajo los dos. A las once, Cornoiller tiene que estar frente a la puerta con la berlina de Froidfond. Estate atenta a su llegada, no dejes que llame a la puerta y hazlo entrar. Las ordenanzas prohíben el alboroto nocturno y, además, en el barrio no tienen por qué saber que salgo de casa.

Dicho esto, Grandet subió de nuevo a su laboratorio, donde Nanon lo oyó ir de un lado a otro, inquieto, rebuscando, pero con precaución. Estaba claro que no deseaba despertar ni a su mujer ni a su hija y, sobre todo, no quería atraer la atención de su sobrino, al que maldijo al descubrir que había luz en su habitación. En plena noche, Eugénie, preocupada por su primo, creyó oír el lamento de un moribundo, y para ella ese moribundo solo podía ser Charles: ¡al dejarlo estaba tan pálido y desesperado...! Tal vez se había suicidado. Rápidamente, se cubrió con una cofia, una especie de pelliza con capucha, y se dispuso a salir. Primero, la luz que se colaba por las rendijas de su puerta la hizo creer que había fuego, pero pronto se tranquilizó al oír los pesados pasos de Nanon y su voz mezclados con los relinchos de varios caballos.

«¿Se estará llevando mi padre al primo?», se dijo para sí al entreabrir la puerta con precaución para que no chirriara, pero lo bastante como para ver lo que sucedía en el pasillo.

Súbitamente, su mirada se cruzó con la de su padre, y aunque la de este fuera vaga y despreocupada, la dejó helada de terror. El buen hombre y Nanon estaban unidos por una gruesa vara cuyos extremos reposaban sobre su hombro derecho y que sostenía un cable al que estaba atado un barrilete parecido a los que Grandet se entretenía haciendo en su amasadero en sus ratos libres.

—¡Virgen santa, señor! ¡Cómo pesa! —dijo Nanon en voz baja.

—Por desgracia no es más que calderilla —respondió el buen hombre—. Vigila no le des al candelabro.

Aquella escena estaba iluminada únicamente por una sola vela situada entre dos barrotes de la barandilla.

—Cornoiller —dijo Grandet a su guarda *in partibus*—, ¿has cogido tus pistolas?

—No, señor. ¡Maldita sea! ¿Acaso hay que temer por la calderilla...?

—No, en absoluto —dijo Grandet.

—Además iremos rápido —prosiguió el guarda—, sus granjeros le han elegido sus mejores caballos.

—Bien. ¿No les habrás dicho adónde vamos?

—No lo sabía.

—Bien. ¿El coche es sólido?

—¿Sólido, señor? Puede cargar tres mil libras. ¿Cuánto pesan esos condenados barriles?

—¡Lo sabré yo! —dijo Nanon—. ¡Por lo menos mil ochocientas!

—¡Cállate, Nanon! Dile a mi mujer que he ido al campo. Estaré de vuelta para la cena. Deprisa, Cornoiller, tenemos que llegar a Angers antes de las nueve.

El coche partió. Nanon echó el cerrojo a la puerta grande, soltó al perro, se acostó con el hombro dolorido y nadie en el vecindario se percató de la marcha de Grandet ni sospechó el motivo de su viaje. La discreción del buen hombre era completa. En aquella casa repleta de oro nadie veía jamás ni una moneda. Tras haber sabido de buena mañana por los corrillos del puerto que el oro había doblado su precio tras numerosos armamentos emprendidos en Nantes y que algunos especuladores habían llegado a Angers para comprar oro, el viejo viticultor, simplemente pidiendo prestados caballos a sus granjeros, estuvo en condiciones de ir allí a vender el suyo y regresar con valores del recaudador general del Tesoro por la suma necesaria para comprar la deuda pública, tras aumentarla con el agio.

«Mi padre se marcha», se dijo Eugénie, que desde lo alto de la escalera lo había oído todo. El silencio reinaba de nuevo en la casa y el lejano traqueteo del coche, que disminuyó progresivamente, ya no se oía en la aletargada Saumur. En ese momento, Eugénie sintió en su corazón, antes de oírlo por la oreja, un lamento que atravesó las paredes procedente de la habitación de su primo. Una franja luminosa, tan delgada como el filo de un sable, pasaba por el resquicio de la puerta y cortaba horizontalmente la balastrada de la vieja escalera. «Sufre», se dijo subiendo dos peldaños. Un segundo gemido la hizo llegar hasta el descansillo de la habitación. La puerta estaba entreabierta y la empujó. Charles dormía con la cabeza inclinada fuera del vetusto sillón, su mano había dejado caer la pluma y casi tocaba el suelo. La respiración entrecortada provocada por la postura del joven asustó súbitamente a Eugénie, que entró apresuradamente. «Debe de estar muy cansado», se dijo mientras miraba una decena de cartas selladas, y leía las direcciones: a la atención de los señores Farry, Breilman y Cía., carroceros; a la atención del señor Buisson, sastre, etcétera. «Sin duda ha arreglado sus asuntos para poder marcharse pronto de Francia», pensó. Su mirada se detuvo sobre dos cartas abiertas. Las palabras con que empezaba una de ellas, «Mi querida Annette...», la dejaron aturdida. Su corazón latió con fuerza, sus pies se clavaron a las baldosas. «¡Su querida Annette, ama, lo aman! ¡Ya no hay esperanza! ¿Qué le dice?» Esas ideas atravesaron su mente y su corazón. Leía esas palabras por todas partes, incluso sobre las baldosas, en letras de fuego. «¿Tengo ya que renunciar a él? No, no voy a leer esta carta. Debo irme. Y, sin embargo, ¿y si la leyera?» Miró a Charles, le asió con delicadeza la cabeza, la apoyó contra el respaldo del sillón y él se dejó hacer como un niño que, incluso mientras duerme, reconoce a su madre y recibe sin despertarse sus mimos y sus besos. Como una madre, Eugénie alzó la mano que colgaba y, como una madre, besó dulcemente sus cabellos. «¡Querida Annette!» Un diablo le gritaba esas dos palabras al oído. «Sé que tal vez obro mal, pero voy a leer la carta», se dijo. Eugénie volvió la cabeza, puesto que su noble probidad refunfuñó. Por primera vez en su

vida, el bien y el mal estaban presentes en su corazón. Hasta entonces no se había sonrojado por ninguna acción. La pasión y la curiosidad la vencieron. A cada frase, su corazón se hinchó más y más, y el ardor picante que animó su vida durante esa lectura acrecentó la avidez de los placeres del primer amor.

Mi querida Annette:

Solo la desgracia que sobre mí se abate y que ninguna prudencia humana hubiera previsto podía separarnos. Mi padre se ha matado y su fortuna y la mía se han perdido absolutamente. Soy huérfano a una edad en que, por la naturaleza de mi educación, puedo pasar por un niño; y, sin embargo, debo salir del abismo en el que he caído convertido en un hombre. He consagrado parte de esta noche a hacer cálculos. Si quiero abandonar Francia como un hombre honrado, y no tengo la menor duda de ello, no dispongo ni de cien francos para ir a probar suerte en las Indias o en América. Sí, mi pobre Anna, iré a buscar fortuna en los climas más mortíferos. Bajo esos cielos, según me han dicho, es seguro hallarla y rápidamente. No sabría qué hacer para quedarme en París. Ni mi alma ni mi rostro están hechos para soportar las afrentas, la frialdad y el despecho que aguardan a un hombre arruinado, ¡al hijo de uno que fue a la quiebra! ¡Dios mío! ¡Deber dos millones...! Me matarían en un duelo la primera semana. Por ello, ya no regresaré allí. Ni tu amor, el más tierno y abnegado que jamás haya ennoblecido el corazón de un hombre, me podría atraer hasta allí. Por desgracia, amada mía, ya no tengo suficiente dinero para ir hasta allí donde estás a darte y recibir un último beso, un beso del que sacaría las fuerzas para llevar a cabo mi empresa.

«Pobre Charles, ¡he hecho bien en leerla! Tengo oro y se lo daré», se dijo Eugénie.

Tras enjugar sus lágrimas, prosiguió la lectura:

Jamás había pensado en las desgracias de la miseria. Si tuviera los cien luses indispensables para el pasaje, no me quedaría ni un céntimo para hacerme la pacotilla. Pero no tendré ni cien luses ni un luse, no sabré el dinero que me queda hasta haber saldado mis deudas en París. Si no tengo nada, me iré tranquilamente a Nantes y embarcaré como simple marinero y empezaré allá como han empezado los hombres enérgicos que, de jóvenes, no tenían ni un céntimo y regresaron ricos de las Indias. Desde esta mañana, contemplo mi futuro fríamente. Es más horrible para mí que para cualquier otro, mimado por una madre que me adoraba, amado por el mejor de los padres y que, en mis primeros pasos en el mundo, he hallado el amor de una Anna. Solo he conocido lo mejor de la vida: esa felicidad no podía durar siempre. Sin embargo, querida Annette, tengo más valor del que cabía suponer a un joven despreocupado, sobre todo a un joven acostumbrado a las zalamerías de la mujer más deliciosa de París, criado en la alegría de la familia, a quien todo le sonreía y cuyos deseos eran órdenes para su padre... ¡Oh!, mi padre ha muerto, Annette... Pero he reflexionado acerca de mi situación y también acerca de la tuya. He envejecido en veinticuatro horas. Querida Anna, aunque, para conservarme a tu lado en París, sacrificaras los placeres de tu lujo, de tu lencería y tu palco en la Ópera, ni así nos alcanzaría para cubrir los gastos de mi vida disipada; además, no podría aceptar tamaño sacrificio. Por ello hoy nos separamos para siempre.

«¡La deja, Virgen santa! ¡Oh, qué felicidad!»

Eugénie brincó de alegría. Charles se movió y ella se quedó helada de terror; felizmente para ella, no se despertó. Prosiguió:

¿Cuándo regresaré? No lo sé. El clima de las Indias hace que un europeo envejezca pronto, y sobre todo un europeo que trabaja. Pongamos que dentro de diez años. Dentro de diez años, tu hija tendrá dieciocho años, será tu compañera, tu espía. Para ti, el mundo será

muy cruel y tal vez tu hija aún lo será más. Hemos visto ejemplos de esos juicios mundanos y de esas ingratitudes de las muchachas; aprovechémonos de ello. Guarda en el fondo de tu alma como haré yo el recuerdo de estos cuatro años de felicidad, y sé fiel, si puedes, a tu pobre amigo. No puedo exigírtelo porque ya ves, querida Annette, que debo conformarme con mi posición, ver la vida como un burgués y calcularla al detalle. Por esa razón debo pensar en casarme, hecho que se ha convertido en una necesidad en mi nueva existencia; y debo confesarte que he hallado aquí en Saumur, en casa de mi tío, a una prima cuyo porte, rostro, ingenio y corazón serían de tu agrado y que, además, me parece que siente...

«Debía de estar muy cansado si interrumpió la escritura de esa carta», se dijo Eugénie al ver que la carta acababa en mitad de la frase.

¡Ella lo justificaba! ¿Cómo era posible que esa inocente joven no percibiera la frialdad de la que estaba teñida aquella carta? Para las jóvenes educadas religiosamente, ignorantes y puras, todo es amor en cuanto pisan las regiones encantadas del amor. Se adentran en ellas rodeadas de la luz celestial que su alma proyecta y que irradia sobre su amado; dan brillo a este con el fuego de sus propios sentimientos y le atribuyen sus hermosos pensamientos. Los errores de la mujer proceden casi siempre de que cree en el bien o de su confianza en la verdad. A Eugénie, las palabras «Querida Annette, mi amada», le resonaban en el corazón como el más bello lenguaje del amor y le arrullaban el alma como en su infancia acariciaban sus oídos las notas divinas del «Venite adoremus» producidas por el órgano. Además, las lágrimas que aún bañaban los ojos de Charles le realzaban todas las noblezas del corazón que seducen a una joven. ¿Podía saber que si Charles amaba tanto a su padre y lo lloraba tan sinceramente esa ternura procedía más de la bondad paterna que de la bondad de su propio corazón? Guillaume Grandet y su esposa, al satisfacer siempre las fantasías de su hijo, al concederle todos los placeres de la fortuna, le habían evitado hacer los terribles cálculos de los que son más o menos culpables, en París, la mayoría de los muchachos cuando, ante los goces parisinos, nacen en ellos deseos y conciben planes que ven con pesar incesantemente postergados mientras vivan sus padres. La prodigalidad del padre llegó incluso a sembrar en el corazón de su hijo un amor filial sincero, sin hipocresías. Sin embargo, Charles era un hijo de París, habituado por las costumbres de París, y por la propia Annette, a calcularlo todo, convertido ya en un anciano bajo la máscara de un joven. Había recibido la espantosa educación de ese mundo en el que, en una sola velada, se cometen más crímenes de pensamiento o de palabra de los que la Justicia alcanza a castigar en los tribunales, donde las buenas palabras asesinan las ideas más nobles, donde uno solo parece fuerte si no se equivoca; y no equivocarse es no creer en nada, ni en los sentimientos ni en los hombres, ni siquiera en los hechos: los hechos se inventan. Allí, para no equivocarse, hay que sopesar cada mañana la bolsa de un amigo, saber situarse políticamente por encima de cualquier cosa que suceda; provisionalmente, no admirar nada, ni las obras de arte, ni los actos de nobleza, y considerar el interés personal como móvil de cualquier cosa. Tras mil locuras, la gran señora, la bella Annette, obligaba a Charles a pensar con seriedad; le hablaba de su futura posición, mesándole el cabello con una mano perfumada; arreglándole un rizo, le hacía calcular la vida: lo feminizaba y lo materializaba. Doble corrupción, pero una corrupción fina y elegante, de buen gusto.

«Es usted un necio, Charles —le decía ella—. Me va a costar mucho trabajo enseñarle cómo funciona el mundo. Se ha comportado mal con el señor des Lupeaulx. Sé perfectamente que es un hombre poco honorable; pero espere a que esté sin poder para despreciarlo a sus anchas. ¿Sabe lo que nos decía la señora Campan? “Hijas mías, mientras un hombre ocupe un ministerio, adoradlo; en cuanto caiga, ayudad a arrastrarlo por las calles. Poderoso, es una especie de dios; derrocado, es menos que Marat en su bañera, puesto que él está vivo y Marat muerto. La vida es una serie de combinaciones y hay que estudiarlas y seguir las para conseguir mantenerse siempre en buena posición”»

Charles era un hombre demasiado a la moda, constantemente mimado por sus padres y adulado por el mundo para tener grandes sentimientos. El grano de oro que su madre le había puesto en el corazón se había estirado y adelgazado en la carrera parisina, lo había desplegado en la superficie y lo gastaría con el roce. Charles, sin embargo, solo tenía veintidós años. A esa edad, el frescor de la vida parece inseparable del candor del alma. La

voz, la mirada y el rostro parecen en armonía con los sentimientos, y el juez más severo, el procurador más incrédulo o el usurero más recalcitrante siempre titubean cuando se trata de creer en la decrepitud del corazón, en la corrupción de los cálculos, cuando los ojos aún nadan en un flujo puro y no hay arrugas en la frente. Charles jamás había tenido ocasión de aplicar las máximas de la moral parisina y hasta entonces gozaba aún de la belleza de la inexperiencia. A sus espaldas, sin embargo, le habían inoculado el egoísmo. El germen de la economía política al uso del parisino, latente en su corazón, no tardaría en florecer, en cuanto dejara de ser un espectador pasivo para convertirse en actor en el drama de la vida real. Casi todas las jóvenes se abandonan a las dulces promesas de esa fachada, pero si Eugénie hubiera sido prudente y observadora como lo son algunas muchachas de provincias, ¿habría desconfiado de su primo cuando las maneras, las palabras y las acciones de este iban al unísono con las inspiraciones de su corazón? Una casualidad, fatal para ella, le hizo enjugar las últimas efusiones de sincera sensibilidad que había aún en aquel joven corazón, y escuchar, por así decirlo, los últimos suspiros de la conciencia. Dejó pues esa carta que a ella se le antojaba rebosante de amor y contempló complacientemente a su primo dormido: para ella, en aquel rostro centelleaban aún las frescas ilusiones de la vida, y se juró a sí misma en primer lugar amarlo para siempre. Luego dirigió la vista hacia la otra carta sin dar demasiada importancia a esa indiscreción; y si empezó a leerla fue para obtener nuevas pruebas de las nobles cualidades que, como todas las mujeres, concedía a aquel que había elegido.

Querido Alphonse:

Cuando leas esta carta ya no tendré amigos, pero te confieso que al dudar de la gente mundana acostumbrada a prodigar esa palabra no he dudado de tu amistad. Te encargo por ello que te ocupes de mis asuntos y cuento contigo para sacar buen provecho de cuanto poseo. Ya debes de saber cuál es mi situación. Ya no tengo nada y quiero partir a las Indias. Acabo de escribir a cuantas personas creo que debo algo y, adjunta, hallarás una lista tan detallada como me es posible dártela de memoria. Mi biblioteca, mis muebles, mis caballos, etcétera, deberían bastar para saldar mis deudas. Solo quiero conservar las baratijas sin valor alguno que pueden ayudarme a empezar a constituir una pacotilla. Querido Alphonse, para esa venta te enviaré desde aquí unos poderes en regla, por si alguien pretendiera impugnarla. Envíame todas mis armas y quédate con Briton. Nadie pagaría lo que vale ese admirable animal, así que prefiero regalártelo como el moribundo lega su anillo al albacea testamentario. En Farry, Breilman y Cía. me han hecho un coche de viaje muy confortable pero aún no lo han entregado, así que trata de obtener que se lo queden sin que me reclamen indemnización alguna; si no aceptan el trato, evita cualquier cosa que pueda manchar mi honradez en las circunstancias en que me hallo. Le debo seis luises al isleño, que perdí a las cartas, no dejes de pagarle...

«Querido primo», se dijo Eugénie al dejar la carta y retirándose sigilosamente a su habitación con una de las candelas encendidas. Allí, con vivo placer, abrió el cajón de un viejo mueble de roble, una de las más bellas piezas de la época llamada Renacimiento, en el que aún podía verse, medio borrada, la famosa salamandra real^[60]. Sacó de allí una voluminosa bolsa de terciopelo rojo y borlas doradas y bordada con cañutillo gastado, procedente de la herencia de su abuela. Acto seguido, sopesó con orgullo aquella bolsa y se recreó verificando el montante olvidado de su pequeño peculio. Separó primero veinte portuguesas aún nuevas, acuñadas bajo el reinado de Juan V, en 1725, que al cambio valían cinco lisboetas o cada una de ellas ciento sesenta y ocho francos y sesenta y cuatro céntimos, según decía su padre, pero cuyo valor corriente era de ciento ochenta francos

dada la rareza y la belleza de esas monedas que relucían como soles. ITEM, cinco genovesas o monedas de cien libras de Génova, otra moneda rara que valía al cambio ochenta y siete francos, pero cien francos para los amantes del oro. Procedían del viejo señor de La Bertellière. ITEM, tres cuádruplos de oro españoles de Felipe V, acuñados en 1729, que le había dado la señora Gentillet y que, al dárselos, siempre le decía la misma frase: «¡Ese canario, tan amarillo, vale noventa y ocho libras! ¡Guárdelo bien, preciosa, será la flor de su tesoro!». ITEM, lo que su padre tenía en mayor estima (el oro de esas monedas era de veintitrés quilates y una fracción), cien ducados de Holanda, fabricados el año 1756 y que valían alrededor de trece francos. ITEM, ¡una extraordinaria curiosidad...! Un tipo de medalla muy apreciada por los avaros, tres rupias con el signo de Libra y cinco rupias con el signo de Virgo, todas de oro puro de veinticuatro quilates, la magnífica moneda del Gran Mogol, y cada una de las cuales valía treinta y siete francos y cuarenta céntimos al peso, pero al menos cincuenta francos para los entendidos a los que les gusta manejar oro. ITEM, el napoleón de cuarenta francos obsequiado la antevíspera y que había guardado negligentemente en la bolsa roja. Aquel tesoro contenía monedas nuevas y vírgenes, auténticas obras de arte por las que Grandet preguntaba a veces y quería ver de nuevo para explicar minuciosamente a su hija sus virtudes intrínsecas, como la belleza del cordoncillo, la claridad de la parte lisa, la riqueza de las letras cuyas aguzadas aristas aún no habían sido rayadas. Ella, sin embargo, no pensaba en esas rarezas, ni en la manía de su padre, ni en el peligro que corría al desprenderse de un tesoro tan preciado por su padre; no, pensaba en su primo y al fin alcanzó a comprender, tras algunos errores de cálculo, que poseía alrededor de cinco mil ochocientos francos al valor real que, por regla general, podrían venderse por unos dos mil escudos. A la vista de sus riquezas, se puso a aplaudir dando palmas como una criatura obligada a quemar su exceso de alegría en los candorosos movimientos de su cuerpo. Así, padre e hija habían contado ambos sus fortunas: él, para ir a vender su oro; Eugénie, para arrojar el suyo a un océano de afecto. Volvió a guardar las monedas en la bolsa, la cogió y subió al piso de arriba sin titubear. La secreta miseria de su primo le hacía olvidar la noche y las reglas de urbanidad; además, se sentía segura en su conciencia, su abnegación y su felicidad. En el momento en que apareció en el vano de la puerta, sosteniendo una candela en una mano y en la otra la bolsa, Charles despertó, vio a su prima y se quedó boquiabierto de sorpresa. Eugénie avanzó, depositó la palmatoria sobre la mesa y dijo, con la voz tomada por la emoción:

—Querido primo, tengo que pedirle perdón por una falta muy grave que he cometido contra usted; pero Dios me perdonará ese pecado, si usted no lo tiene en cuenta.

—¿De qué se trata? —dijo Charles restregándose los ojos.

—He leído esas dos cartas.

Charles se sonrojó.

—¿Cómo ha sucedido? —prosiguió ella—. ¿Por qué habré subido aquí? La verdad es que ahora ya no lo sé, pero me tienta mucho no arrepentirme demasiado de haber leído esas cartas puesto que me han permitido descubrir su corazón, su alma y...

—¿Y qué más? —preguntó Charles.

—Y sus proyectos, su necesidad de obtener una suma...

—Querida prima...

—Calle, calle, primo, no tan alto, no despertemos a nadie. Aquí están los ahorros de una pobre muchacha que no necesita nada —dijo abriendo la bolsa—. Charles, acéptelos. Esta mañana ignoraba qué es el dinero y usted me lo ha hecho descubrir, no es más que un medio, eso es todo. Un primo es casi un hermano, así que puede aceptar la bolsa de su

hermana.

Eugénie, a la vez mujer y muchacha, no había previsto que pudiera rechazarla y su primo permanecía mudo.

—¿Acaso la rechazará? —preguntó Eugénie cuyos latidos retumbaban en medio del profundo silencio.

El titubeo de su primo la humilló; sin embargo, la necesidad en la que este se hallaba se le apareció con mayor viveza, y se dispuso a doblar la rodilla.

—¡No me pondré en pie hasta que no acepte el oro! —dijo ella—. Primo, por favor, respóndame... Quiero saber si me honra, si es usted generoso...

Al oír aquel grito de noble desesperación, Charles vertió unas lágrimas sobre las manos de su prima, que asió para evitar que se arrodillara. Al recibir esas lágrimas cálidas, Eugénie agarró la bolsa y esparció el contenido sobre la mesa...

—¿Es eso un sí? —dijo ella llorando de alegría—. No tema nada, primo, se hará usted rico. Este oro le dará suerte y un día me lo devolverá; además, nos asociaremos y aceptaré cuantas condiciones me imponga. Pero no dé tanto valor a este donativo.

Charles pudo finalmente expresar sus sentimientos.

—Sí, Eugénie, sería muy pobre de alma si no aceptara. Sin embargo, una cosa por otra, confianza por confianza.

—¿Qué quiere? —dijo ella asustada.

—Escúcheme, querida prima, tengo ahí... —Calló para mostrar sobre la cómoda una caja cuadrada cubierta con una funda de cuero—. Eso de ahí es algo tan preciado para mí como mi propia vida. Ese estuche es un obsequio de mi madre. Desde esta mañana he estado pensando que, si pudiera salir de su tumba, ella misma vendería el oro que su cariño le hizo prodigar en ese estuche de aseo; pero, si fuera yo quien llevara a cabo tal acción, me parecería un sacrilegio.

Eugénie apretó compulsivamente la mano de su primo al oír esas últimas palabras.

—No —prosiguió tras una breve pausa durante la cual ambos se dirigieron una mirada húmeda—, no, no quiero ni destruirlo ni ponerlo en peligro en mis viajes. Querida Eugénie, usted será la depositaria del mismo. Jamás un amigo ha confiado algo tan sagrado a otro amigo. Júzguelo usted misma.

Fue a por la caja, la extrajo de la funda, la abrió y mostró con tristeza a su maravillada prima un estuche de aseo en el que el trabajo confería al oro un valor muy superior al de su peso.

—Lo que admira usted no es nada —dijo a la vez que accionaba un resorte que abrió un doble fondo—. Vea lo que para mí vale el mundo entero.

Extrajo dos retratos, dos obras maestras de la señora de Mirbel, ricamente rodeados de perlas.

—¡Oh! ¿Esa mujer tan guapa es la dama a la que escri...?

—No —dijo con una sonrisa—. Esa mujer es mi madre, y este mi padre, que son su tía y su tío. Eugénie, debo suplicarle de rodillas que me guarde este tesoro. Si muriera y perdiera su pequeña fortuna, este oro la resarciría; y solo a usted puedo confiarle los dos retratos, usted es digna de conservarlos; pero destrúyalos para que después de usted no vayan a parar a otras manos...

Eugénie permanecía callada.

—¿Es eso un sí? —dijo él con gracia.

Al oír las palabras que acababa de decir a su primo, le dirigió su primera mirada de mujer enamorada, una de esas miradas en las que hay a partes iguales coquetería y

profundidad; él le tomó la mano y se la besó.

—¡Ángel de pureza! Entre nosotros... el dinero nunca significará nada, ¿verdad? Los sentimientos serán lo único importante a partir de ahora.

—Se parece a su madre. ¿Tenía una voz tan dulce como la suya?

—¡Oh, mucho más dulce!

—Sí, para usted —dijo ella cerrando los párpados—. Vamos, Charles, acuéstese, se lo pido, está cansado. Hasta mañana.

Liberó suavemente su mano de entre las de su primo, que la acompañó iluminándole el camino. Cuando se hallaron frente a la puerta:

—¡Ah, por qué estaré arruinado! —dijo él.

—¡Bah, mi padre es rico, creo! —respondió ella.

—Pobre chiquilla —prosiguió Charles, poniendo un pie en la habitación y apoyando la espalda contra la pared—, no habría dejado morir al mío, y no os tendría entre estas paredes desnudas, vamos, que viviría de otra manera.

—Pero es dueño de Froidfond.

—¿Y qué vale Froidfond?

—No lo sé; pero es dueño también de Noyers.

—¡Será una granja de mala muerte!

—Tiene viñas y prados...

—Miserias —dijo Charles con desdén—. Solo que su padre tuviera veinticuatro mil libras de renta, ¿viviría usted en esta habitación fría y desnuda? —añadió avanzando el pie izquierdo—. Ahí estarán mis tesoros —dijo señalando el viejo arcón para disipar sus pensamientos.

—Vaya a acostarse —dijo ella impidiendo que entrara en su habitación desordenada.

Charles se retiró, y se dijeron buenas noches con una mutua sonrisa.

Ambos se durmieron con un mismo sueño, y en el duelo de Charles brotaron a partir de entonces algunas flores. A la mañana siguiente, la señora Grandet halló a su hija paseando antes del desayuno en compañía de Charles. El joven aún estaba triste, como corresponde a un desventurado descendido por así decirlo a lo más hondo del pozo de sus penas, y que, al medir la profundidad del abismo donde había caído, había sentido todo el peso de su vida futura.

—Mi padre no regresará hasta la cena —dijo Eugénie al ver la inquietud que se dibujaba en el rostro de su madre.

Era fácil adivinar por el porte y el rostro de Eugénie y por la singular dulzura adoptada por su voz una conformidad de pensamiento entre ella y su primo. Sus almas se habían unido ardientemente antes quizá de haber llegado a experimentar la fuerza de los sentimientos por los que se unían uno a otro. Charles permaneció en la sala, y su melancolía fue respetada. Las tres mujeres tenían cosas en que ocuparse. Como Grandet había olvidado sus asuntos, acudió a la casa un gran número de personas. El techador, el fontanero, el albañil, los cavadores, el carpintero, vendimiadores y granjeros, unos para concluir tratos relativos a reparaciones y otros para pagar arrendamientos o recibir dinero. La señora Grandet y Eugénie se vieron obligadas así a ir y venir y responder a los interminables discursos de los obreros y los campesinos. Nanon cobraba los pagos en la cocina. Aguardaba las instrucciones de su señor para saber qué había que guardar para la casa y qué había que vender en el mercado. La costumbre del buen hombre era, como la de otros muchos gentilhombres rurales, beberse su vino malo y comer la fruta macada. Hacia las

cinco de la tarde, Grandet regresó de Angers tras obtener catorce mil francos de su oro y llevando en su cartera bonos reales que le ofrecerían un interés hasta el día en que tuviera que pagar sus títulos de deuda pública. Había dejado a Cornoiller en Angers al cuidado de los caballos, que estaban rendidos, para conducirlos de vuelta lentamente tras haber hecho que descansaran.

—Vengo de Angers, esposa —dijo—. Tengo hambre.

Nanon le gritó desde la cocina:

—¿No ha comido nada desde ayer?

—Nada —respondió Grandet.

Nanon sirvió sopa. Des Grassins fue a recibir instrucciones de su cliente en el momento en que la familia estaba a la mesa. Grandet ni siquiera se había percatado de la presencia de su sobrino.

—Coma tranquilamente, Grandet —dijo el banquero—. Ya hablaremos. ¿Sabe a cuánto va el oro en Angers, adonde han ido a buscarlo para Nantes? Voy a mandar oro hacia allí.

—No lo envíe —respondió el buen hombre—, ya hay bastante. Somos demasiado amigos como para hacerle perder el tiempo.

—Pero si el oro se paga a trece francos y cincuenta céntimos.

—Diga que se pagaba.

—¿Y de dónde diablos puede haber llegado?

—Esta noche he ido a Angers —le respondió Grandet en voz baja.

El banquero se sobresaltó, sorprendido, y acto seguido se entabló una conversación entre ellos al oído, en el curso de la cual Des Grassins y Grandet dirigieron varias veces sus miradas hacia Charles. En el momento en que sin duda el viejo tonelero dijo al banquero que le comprara cien mil libras de deuda pública, Des Grassins no pudo reprimir en el acto un gesto de estupor.

—Señor Grandet —dijo a Charles—, me voy a París y si tiene algún encargo...

—Ninguno, señor. Le estoy muy agradecido —respondió Charles.

—Dele las gracias más efusivamente, sobrino. El caballero va allí para arreglar los asuntos de la casa Grandet.

—¿Hay alguna esperanza? —preguntó Charles.

—¡Habrase visto! —exclamó el tonelero fingiendo su orgullo herido—, ¿acaso no es mi sobrino? Su honor es el nuestro. ¿No se llama Grandet?

Charles se puso en pie, agarró al tío Grandet, lo abrazó, palideció y salió. Eugénie contemplaba admirada a su padre.

—Adiós, estimado Des Grassins, todo suyo, ¡y engatuse a esas gentes!

Ambos diplomáticos se estrecharon la mano y el tonelero acompañó al banquero hasta la puerta; tras cerrarla, volvió sobre sus pasos y, sentándose en su sillón, dijo a Nanon:

—¿Me sirves licor de grosella?

Sin embargo, como estaba tan emocionado, no podía estarse quieto y se puso en pie, miró el retrato del señor de La Bertellière y se puso a cantar haciendo lo que Nanon denominaba unos pasos de baile:

*En la guardia francesa
tenía un buen papá...*

Nanon, la señora Grandet y Eugénie se observaron unas a otras en silencio. Siempre

se asustaban cuando la alegría del viticultor llegaba a su apogeo. Pronto acabó la velada. En primer lugar, porque el tío Grandet quiso acostarse pronto; y, cuando se acostaba, en su casa todos debían dormir; al igual que cuando Augusto bebía, Polonia se emborrachaba^[61]. Además, Nanon, Charles y Eugénie estaban tan cansados como el señor. En cuanto a la señora Grandet, dormía, comía, bebía y andaba siguiendo los deseos de su marido. Sin embargo, durante las dos horas concedidas a la digestión, el tonelero, más chistoso que en cualquier otra ocasión, dijo muchos de sus apogemas particulares, uno solo de los cuales dará la medida de su ingenio. Cuando hubo bebido el licor de grosella, contempló el vaso.

—¡A la que uno se lleva el vaso a los labios ya está vacío! Esa es nuestra historia. No se puede ser y haber sido. Los escudos no pueden circular y a la vez estar en la bolsa, de lo contrario la vida sería muy bella.

Se mostró jovial y clemente. Cuando Nanon llegó con su rucua:

—Debes de estar cansada —le dijo—. Deja el cáñamo.

—¡Ah, muy bien...! Pero entonces me aburriría —respondió la criada.

—¡Pobre Nanon! ¿Quieres licor de grosella?

—¡Ah, al licor de grosella no diré que no! La señora lo hace más rico que el de la botica. El que venden es pura medicina.

—Le echan demasiado azúcar y no huele a nada —dijo el buen hombre.

Al día siguiente, la familia reunida a las ocho para el desayuno ofrecía la escena del primer acto de una intimidad real. La desgracia había hecho que la señora Grandet, Eugénie y Charles entablaran relación rápidamente; la propia Nanon simpatizaba con ellos sin saberlo. Los cuatro comenzaron a formar parte de una misma familia. Por lo que respecta al viejo viticultor, una vez colmada su avaricia y con la certeza de que el petimetre pronto se marcharía sin tener que pagarle más que el viaje a Nantes, se volvió casi indiferente a su presencia en la casa. Dejó a los niños, como llamó a Charles y Eugénie, con libertad para comportarse como les placiera bajo la mirada vigilante de la señora Grandet, en la que por otra parte tenía entera confianza en todo lo relativo a la moral pública y religiosa. La alineación de sus prados y de las zanjas colindantes con el camino, sus alamedas a orillas del Loira y los trabajos invernales en sus viñedos y en Froidfond lo ocuparon exclusivamente. Entonces empezó para Eugénie la primavera del amor. Tras la escena nocturna en el curso de la cual la prima entregó el tesoro al primo, su corazón había seguido al tesoro. Cómplices ambos del mismo secreto, se miraban y se comunicaban una mutua comprensión que ahondaba sus sentimientos y los volvía más compartidos, más íntimos, apartándolos por así decirlo a ambos de la vida ordinaria. El parentesco permitía cierta dulzura en el acento y ternura en las miradas, y Eugénie se complació aletargando el sufrimiento de su primo con las alegrías infantiles de un amor naciente. ¿No hay graciosas similitudes entre el inicio de la vida y el inicio del amor? ¿Acaso no se arrulla al recién nacido con dulces canciones y miradas cariñosas? ¿No se le cuentan historias maravillosas de un futuro dorado? ¿No despliega para él incesantemente la esperanza sus alas radiantes? ¿No derrama tan pronto lágrimas de alegría como de dolor? ¿No disputa por naderías, por unos guijarros con los que trata de construirse un palacio móvil, por unos ramos de flores tan pronto olvidados como cortados? ¿No se muestra ávido por atrapar el tiempo, por avanzar en la vida? El amor es nuestra segunda transformación, y para Eugénie y Charles, infancia y amor fueron lo mismo: fue la pasión inicial con todas sus chiquilladas, aún más tiernas para sus corazones puesto que estos estaban envueltos de melancolía. Debatiéndose al nacer entre los crespones de luto, ese amor estaba en perfecta armonía con la sencillez provinciana de aquella casa en ruinas. Al intercambiar unas palabras con su prima junto al

pozo, en aquel patio mudo; al permanecer en aquel jardincillo, sentados en un banco musgoso hasta la puesta de sol, ocupados diciéndose banalidades o recogidos en la calma que reinaba entre la casa y la muralla, al igual que bajo las arcadas de una iglesia, Charles comprendió la santidad del amor, ya que su gran dama, su querida Annette, solo le había hecho descubrir sus nubes tormentosas. Abandonaba en ese momento la pasión parisina, coqueta, vanidosa y estridente por el amor puro y verdadero. Le gustaba aquella casa, cuyas paredes ya no le parecían tan ridículas. Descendía a primera hora de la mañana para tener ocasión de hablar con Eugénie unos momentos antes de que Grandet llegara para entregar las provisiones; y, cuando los pasos del buen hombre resonaban en la escalera, huía al jardín. El pequeño delito de aquella cita matutina, secreta incluso para la madre de Eugénie, y que Nanon fingía no advertir, imprimía al amor más inocente del mundo la vivacidad de los placeres prohibidos. Luego, cuando tras el desayuno el tío Grandet se marchaba para ir a visitar sus propiedades y sus explotaciones, Charles se quedaba con la madre y la hija, y experimentaba delicias desconocidas ofreciéndoles sus manos para devanar el hilo, viéndolas trabajar y oyéndolas hablar. La sencillez de esa vida casi monacal, que le reveló la belleza de esas almas ignorantes del mundo, lo emocionó profundamente. Creía que esas costumbres no existían en Francia y solo admitía la existencia de las mismas en Alemania, aunque fuera solo en las fábulas y en las novelas de Auguste Lafontaine. Pronto Eugénie se convirtió para él en el ideal de la Margarita de Goethe, sin el pecado. Finalmente, día tras día, sus miradas y sus palabras encantaron a la pobre muchacha, que se dejó llevar deliciosamente por la corriente del amor; se asía a su felicidad como el nadador agarra una rama de sauce para salir del río y descansar en la orilla. Sin embargo, ¿la pena de un próxima ausencia no entristecía ya las horas más felices de aquellos huidizos días? A diario, un pequeño acontecimiento les recordaba su próxima separación. Así, tres días después de la marcha de Des Grassins, Grandet condujo a Charles al juzgado de primera instancia con la solemnidad que la gente de provincias otorga a semejantes actos, para firmar su renuncia a la herencia de su padre. ¡Qué terrible repudio! Una especie de apostasía doméstica. Fue a casa del notario Cruchot para que prepararan dos poderes, uno para Des Grassins y otro para el amigo que debía ocuparse de la venta de su mobiliario. Luego hubo que cumplimentar las formalidades necesarias para obtener un pasaporte para el extranjero. Por fin, cuando llegaron los sencillos trajes de luto que Charles había encargado en París, mandó llamar a un sastre de Saumur y le vendió su guardarropía inútil. Ese acto complació singularmente al tío Grandet.

—¡Ah, ahora sí parece un hombre que debe embarcarse y quiere hacer fortuna! —le dijo al verlo vestido con una levita de grueso paño negro—. ¡Bien, muy bien!

—Esté seguro, caballero, de que sabré estar a la altura de las circunstancias —le respondió Charles.

—¿Qué es todo eso? —dijo el buen hombre, cuyos ojos centellearon al ver el puñado de oro que le mostraba Charles.

—He reunido mis botones, anillos y otras cosas superfluas que poseo y que pueden tener algún valor, pero dado que no conozco a nadie en Saumur deseaba pedirle esta mañana si...

—¿Que le compre eso? —dijo Grandet interrumpiéndolo.

—No, tío, que me indique algún hombre honrado que...

—Deme eso, sobrino; iré arriba a tasarlo y volveré para decirle cuánto vale, al céntimo. Oro de joyería —dijo examinando una larga cadena—, de dieciocho o diecinueve quilates.

El buen hombre extendió su manaza y se llevó el amasijo de oro.

—Querida prima —dijo Charles—, permítame obsequiarle estos dos botones que podrá utilizar para ponerse unas cintas en las muñecas. Es un brazalete que ahora mismo está de moda.

—Acepto sin titubear, primo —dijo ella con una mirada de complicidad.

—Querida tía, este es el dedal de mi madre, que guardaba preciosamente en mi neceser de viaje —dijo Charles tendiéndole un precioso dedal de oro a la señora Grandet, que desde hacía años deseaba uno.

—No sé cómo darle las gracias, querido sobrino —dijo la madre con los ojos humedecidos por las lágrimas—. De noche y de día añadiré a mis oraciones una por usted, y rezaré la de los viajeros. Si yo muriera, Eugénie conservará esta joya.

—Vale novecientos ochenta y nueve francos y setenta y cinco céntimos, sobrino —dijo Grandet al abrir la puerta—. Pero para evitaros la pena de venderlo, os lo pagaré... en libras.

A orillas del Loira, la expresión «en libras» significa que los escudos de seis libras deben ser aceptados como seis francos, sin deducción^[62].

—No osaba proponérselo —respondió Charles—, pero me desagradaba la idea de malvender mis joyas en la ciudad donde vive usted. La ropa sucia hay que lavarla en familia, decía Napoleón. Le agradezco su complacencia.

Grandet se rascó la oreja y hubo unos instantes de silencio.

—Querido tío —prosiguió Charles mirándolo con inquietud como si temiera herir su susceptibilidad—, mi prima y mi tía han aceptado un pequeño recuerdo mío; le ruego que acepte estos gemelos que ahora ya no son de mi utilidad: le recordarán a un pobre muchacho que, lejos de usted, a buen seguro pensará en aquellos que ahora son ya su única familia.

—¡Muchacho! No tienes por qué desnudarte de esta manera... ¿Qué tienes, mujer? —dijo volviéndose con avidez hacia ella—. ¡Ah, un dedal de oro! ¿Y tú, hijita? Mira, unos broches de diamantes. Sea, acepto tus gemelos, muchacho —prosiguió estrechando la mano de Charles—. Pero... me permitirás... pagarte... tu..., sí..., tu pasaje a las Indias. Sí, quiero pagarte el pasaje. Más aún, muchacho, puesto que al tasar tus joyas solo he contado el oro en bruto, y tal vez pueda obtenerse algo más por la labor de orfebrería. Dicho está. Te daré mil quinientos francos... en libras, que Cruchot me prestará puesto que aquí no tengo ni un céntimo, a menos que Perrottet, que se ha retrasado en el pago de su arrendamiento, me lo pague. Voy a ir a ver.

Cogió su sombrero, se puso los guantes y salió.

—Así que se marcha —dijo Eugénie a su primo dirigiéndole una mirada de tristeza mezclada de admiración.

—No hay más remedio —dijo él bajando la cabeza.

Desde hacía unos días, la apariencia, las maneras y las palabras de Charles se habían convertido en las de un hombre afligido pero que, al sentir sobre sus hombros la carga de sus inmensas obligaciones, extraía coraje de su desgracia. Ya no suspiraba, se había hecho un hombre. Eugénie jamás estuvo tan orgullosa de su carácter como al verlo descender vestido de grueso paño negro, que le sentaba muy bien a su tez pálida y su sombría compostura. Aquel día ambas mujeres iniciaron el duelo y asistieron con Charles en la parroquia a un réquiem oficiado por el alma del difunto Guillaume Grandet.

Durante el almuerzo, Charles recibió cartas de París y las leyó.

—¿Está satisfecho con el curso de sus asuntos, primo? —dijo Eugénie en voz

queda.

—Jamás preguntes esas cosas, hija —respondió Grandet—. ¡Diantre, no te cuento yo los míos y metes las narices en los de tu primo! Deja en paz al muchacho.

—¡Oh, no tengo secretos! —dijo Charles.

—Bla, bla, bla, sobrino, ya aprenderás que en el comercio hay que saber morderse la lengua.

Cuando los dos amantes se hallaron a solas en el jardín, Charles dijo a Eugénie, llevándola hacia el viejo banco donde se sentaron bajo el nogal:

—Llevaba razón al confiar en Alphonse, se ha portado de maravilla. Se ha ocupado de mis asuntos con prudencia y lealtad. No debo nada en París, todos mis muebles se han vendido bien y me anuncia que, siguiendo el consejo de un capitán veterano, ha dedicado tres mil francos que le quedaban a una pacotilla compuesta de curiosidades europeas de las que se obtiene un excelente provecho en las Indias. Ha enviado las cajas a Nantes, donde hay un barco a punto de zarpar hacia Java. Dentro de cinco días, Eugénie, tendremos que despedirnos tal vez para siempre, o por lo menos por mucho tiempo. Mi pacotilla y diez mil francos que me envían dos amigos son un muy pequeño inicio. Dudo que pueda regresar antes de varios años. Querida prima, no arriesgue su vida por la mía, yo puedo perecer y a usted tal vez se le presente un buen partido...

—¿Me ama...? —dijo ella.

—¡Oh, sí! Mucho —respondió él con un acento que revelaba igual profundidad de su sentimiento.

—Esperaré, Charles. ¡Por Dios! Mi padre está en su ventana —dijo apartando a su primo, que se acercaba a ella para besarla.

Ella se ocultó bajo la bóveda y Charles la siguió; al verlo, ella se retiró al pie de la escalera y abrió la puerta batiente; acto seguido, sin saber a ciencia cierta adónde se dirigía, Eugénie se halló cerca del cubil de Nanon, en el lugar más oscuro del pasillo; allí, Charles, que la había acompañado, la tomó de la mano, la atrajo hacia él, la asió por la cintura y la apoyó suavemente contra él. Eugénie no resistió más; recibió y dio el más puro, el más dulce y también el más sentido de todos los besos.

—Querida Eugénie, un primo es mejor que un hermano, porque puede casarse contigo —le dijo Charles.

—¡Amén! —exclamó Nanon al abrir la puerta de su cuchitril.

Los dos amantes, asustados, huyeron a la sala, donde Eugénie retomó su labor y Charles se puso a leer las letanías a la Virgen en el misal de la señora Grandet.

—¡Vaya! —dijo Nanon—, aquí reza todo el mundo.

En cuanto Charles anunció su partida, Grandet se puso en marcha para fingir que se desvivía por él; se mostró generoso con todo cuanto no costaba dinero, se ocupó de encontrarle un embalador y dijo que aquel hombre pretendía vender las cajas demasiado caras; se empeñó entonces en hacerlas él mismo y utilizó tablas viejas; se levantó de buena mañana para darle al cepillo, ajustar, alisar y clavetear, y confeccionó unas bellas cajas en las que embolsó todas las pertenencias de Charles; se encargó de hacerlas bajar en barcaza por el Loira, de asegurarlas y de expedirlas a tiempo a Nantes.

Desde el beso en el pasillo, las horas le pasaban a Eugénie a una pasmosa velocidad. En ocasiones deseaba seguir a su primo. Quien haya conocido la pasión más cegadora, aquella cuya duración se ve a diario menguada por la edad, el tiempo, una enfermedad mortal o alguna fatalidad humana, comprenderá el tormento de Eugénie. Lloraba a menudo paseando por aquel jardín que ahora se le había quedado pequeño, al igual que el patio, la

casa y la ciudad: se arrojaba por anticipado a la vasta extensión de los mares. Finalmente llegó la víspera de la partida. Por la mañana, en ausencia de Grandet y de Nanon, el precioso estuche en que se guardaban los dos retratos fue solemnemente depositado en el único cajón del arcón que cerraba con llave y donde estaba la bolsa ahora vacía. El depósito de aquel tesoro estuvo acompañado de numerosos besos y lágrimas. Cuando Eugénie se guardó la llave en su seno, no tuvo valor para prohibir a Charles besarla en ese lugar.

—No saldrá de ahí, amigo mío.

—Y mi corazón también estará siempre ahí.

—¡Ah, Charles, eso no está bien! —dijo ella con un tono de leve reproche.

—¿No estamos casados? —respondió él—. Tengo tu palabra, acepta la mía.

«¡Contigo para siempre!», fue dicho por uno y otra dos veces.

No hubo jamás en el mundo promesa tan pura: el candor de Eugénie había santificado momentáneamente el amor de Charles. Al día siguiente, el desayuno fue triste. A pesar de la bata de oro y de una cruz de Jeannette que le regaló Charles^[63], la propia Nanon, libre de dar rienda suelta a sus sentimientos, dejó caer unas lágrimas.

—Ese pobre chico, señor, que se hace a la mar. ¡Qué Dios lo guíe!

A las diez y media, la familia se puso en marcha para acompañar a Charles a la diligencia de Nantes. Nanon había soltado al perro, cerrado la puerta y quiso llevar la bolsa de viaje de Charles. Todos los comerciantes de la vieja calle estaban a la puerta de su establecimiento para ver pasar el cortejo al que a la altura de la plaza se unió el señor Cruchot.

—No vayas a llorar, Eugénie —le dijo su madre.

—Sobrino —dijo Grandet ante la puerta de la posada, besando a Charles en ambas mejillas—, parta pobre y vuelva rico, y hallará el honor de su padre a salvo. Yo, Grandet, respondo de ello; y luego solo dependerá de usted...

—¡Ah, tío!, lo dice para consolar la pena de mi partida. ¿No es el mejor regalo que podía hacerme?

Sin comprender las palabras del viejo tonelero que había interrumpido, Charles dejó caer por el rostro curtido de su tío unas lágrimas de agradecimiento, mientras Eugénie apretaba con todas sus fuerzas la mano de su primo y la de su padre. Solo el notario sonreía admirando la astucia de Grandet, puesto que era el único que había comprendido al buen hombre. Los cuatro naturales de Saumur, rodeados de varias personas, permanecieron frente a la diligencia hasta que esta partió; luego, tras desaparecer en el puente y cuando ya solo se la oía a lo lejos:

—¡Buen viaje! —dijo el viticultor.

Felizmente, el notario Cruchot fue el único que oyó esa exclamación. Eugénie y su madre habían ido a un lugar del muelle desde donde aún alcanzaban a ver la diligencia, y agitaban sus pañuelos blancos, signo al que Charles respondió desplegando el suyo.

—Madre, desearía disponer por un momento del poder de Dios —dijo Eugénie en el momento en que dejó de ver el pañuelo de Charles.

Para no interrumpir el curso de los acontecimientos que sucedieron en el seno de la familia Grandet, es necesario echar de antemano una ojeada a las operaciones que el buen hombre llevó a cabo en París por mediación de Des Grassins. Un mes después de la marcha del banquero, Grandet poseía un título de deuda pública de cien mil libras comprado a ochenta francos netos. La información aportada a su muerte por el inventario de bienes no arrojó luz sobre los medios que su desconfianza le sugirió para cambiar el valor del título por el propio título. El notario Cruchot pensó que fue Nanon, a sus espaldas, el medio fiel

para llevar a cabo el transporte de fondos. Hacia esa época, la criada se ausentó durante cinco días, con el pretexto de ir a ordenar algo en Froidfond, como si el buen hombre fuera capaz de dejar alguna cosa fuera de su sitio. Por lo que respecta a los asuntos de la casa Guillaume Grandet, todas las previsiones del tonelero se cumplieron.

Como es bien sabido, en el Banco de Francia hay informes muy exactos acerca de las grandes fortunas de París y de los departamentos. Los nombres de Des Grassins y de Félix Grandet de Saumur eran bien conocidos y gozaban de la estima concedida a las celebridades financieras que cuentan con inmensas propiedades de tierras libres de hipotecas. La llegada del banquero de Saumur, encargado, según se decía, de liquidar por honor la casa Grandet de París bastó por ello para evitar la vergüenza de los protestos a la sombra del negociante. El levantamiento de los precintos se hizo en presencia de los acreedores y el notario de la familia procedió regularmente a hacer el inventario de los bienes de la herencia. Des Grassins reunió a continuación a los acreedores que, con voz unánime, eligieron como liquidadores al banquero de Saumur conjuntamente con François Keller, director de una importante empresa y uno de los principales interesados, y les otorgaron todos los poderes necesarios para salvar a la vez el honor de la familia y los créditos. El renombre del Grandet de Saumur, la esperanza que este infundió en los corazones de los acreedores a través de Des Grassins, facilitaron las transacciones; no hubo ni un solo acreedor recalcitrante. Nadie tenía previsto pasar el crédito a la cuenta de pérdidas y beneficios y todos se decían: «¡Grandet de Saumur pagará!». Transcurrieron seis meses. Los parisinos se habían reembolsado los efectos en circulación y los guardaban en sus carteras. Ese era el primer resultado que pretendía obtener el tonelero. Nueve meses después de la primera reunión, los liquidadores distribuyeron el cuarenta y siete por ciento a cada acreedor. Esa suma procedía de la venta de los valores, posesiones, bienes y cosas varias pertenecientes al difunto Guillaume Grandet, y que se llevó a cabo con una escrupulosa fidelidad. La probidad más exacta presidía esa liquidación. Los acreedores reconocieron complacidos el admirable e incontestable honor de los Grandet. Cuando esas alabanzas ya habían circulado convenientemente, los acreedores reclamaron el resto de su dinero. Para ello, tuvieron que escribirle una carta colectiva a Grandet.

—Ya ha llegado el momento —dijo el viejo tonelero al arrojar la carta al fuego—, paciencia amiguitos...

En respuesta a las propuestas que contenía la carta, Grandet de Saumur pidió que se depositaran ante notario todos los títulos de crédito existentes contra la herencia de su hermano, acompañados de los recibos de los pagos ya efectuados, con el pretexto de verificar las cuentas y establecer correctamente el estado de la herencia. Ese depósito provocó mil dificultades. Por regla general, el acreedor suele ser una especie de maníaco. Hoy puede estar dispuesto a cerrar un trato y mañana desear arrasarlo todo a sangre y fuego, para más adelante volverse de lo más bonachón. Hoy su mujer está de buen humor, el más chico de sus hijos ha echado los dientes, y todo va bien en su casa, y no quiere perder ni un céntimo; mañana llueve, no puede salir, está melancólico, y dice que sí a todas las propuestas que pueden llevar a concluir un negocio; dos días más tarde exige garantías, a final de mes pretende ejecutarlo a uno, ¡será verdugo! El acreedor parece ese gorrión sobre cuya cola se anima a los niños a poner un grano de sal; pero el acreedor aplica esa imagen a su crédito, que no puede cobrar. Grandet había observado las variaciones atmosféricas de los acreedores y los de su hermano obedecieron a sus estimaciones. Unos se enojaron y se negaron en redondo a hacer el depósito.

—Esto marcha —decía Grandet frotándose las manos mientras leía las cartas que

sobre ese asunto le enviaba Des Grassins.

Otros solo aceptaron dicho depósito bajo la condición de dejar muy claros sus derechos, sin renunciar a ninguno de ellos y reservándose incluso el de poder declarar la quiebra. Hubo una nueva correspondencia, tras la cual Grandet de Saumur accedió a todas las reservas manifestadas. Mediante esa concesión, los acreedores más dóciles hicieron entrar en razón a los más recalcitrantes. A pesar de algunas quejas, se efectuó el depósito. «Ese buen hombre se burla de usted y de nosotros», le dijeron a Des Grassins. Veintitrés meses después de la muerte de Guillaume Grandet, muchos comerciantes, llevados por el curso de los negocios en París, habían olvidado lo que tenían pendiente de cobro de Grandet y si pensaban en ello era para decirse: «Empiezo a creer que ese cuarenta y siete por ciento es todo lo que sacaré de eso». El tonelero había calculado la influencia del paso del tiempo que, decía, es un diablo. Al final del tercer año, Des Grassins escribió a Grandet diciéndole que había convencido a los acreedores de que le entregaran los títulos mediante el diez por ciento de los dos millones cuatrocientos mil francos que aún debía la casa Grandet. Grandet respondió que el notario y el agente de cambio cuyas espantosas bancarrotas habían llevado a su hermano a la muerte seguían vivos y tal vez ya fueran solventes, así que había que demandarlos para sacar algún provecho y reducir así el déficit. Al final del cuarto año, el déficit se fijó en firme en la suma de un millón doscientos mil francos. A lo largo de seis meses hubo negociaciones entre los liquidadores y los acreedores y entre Grandet y los liquidadores. Grandet de Saumur, al verse apremiado enérgicamente a pagar, hacia el noveno mes de aquel año respondió a los dos liquidadores que su sobrino, que había hecho fortuna en las Indias, le había manifestado su intención de pagar íntegramente las deudas de su padre; no podía tomar la decisión de saldarlas él por su parte fraudulentamente sin consultarlo; aguardaba una respuesta. Los acreedores, hacia mediados del quinto año, aún estaban en jaque con la palabra «íntegramente», que de vez en cuando soltaba el sublime tonelero, que se reía por lo bajo y nunca decía «¡Esos PARISINOS!» sin que se le escapara una sonrisa y acompañándolo de una maldición. A los acreedores, sin embargo, les aguardaba un inusitado destino en los fastos del comercio. Se hallarán en la posición en que Grandet los había mantenido en el momento en que los acontecimientos de esta historia los obligarán a reaparecer. Cuando la deuda pública llegó a ciento quince, el tío Grandet vendió y retiró de París alrededor de dos millones cuatrocientos mil francos en oro que se añadieron en sus barriletes a los seiscientos mil francos de intereses compuestos que le habían rendido sus títulos. Des Grassins seguía en París. Y he aquí la razón. Primero fue elegido diputado; luego, padre de familia pero aburrido de la aburrida vida de Saumur, se enamoró de Florine, una de las más bellas actrices del teatro de Madame, y el banquero rememoró sus años cuarteros. Es inútil hablar de su conducta; en Saumur fue juzgada como profundamente inmoral. Su esposa se sintió feliz al disfrutar del régimen de separación de bienes y tener sentido común para llevar la casa de Saumur, cuyos negocios siguieron bajo su nombre con intención de reparar las brechas que las locuras del señor des Grassins habían provocado en su fortuna. Los cruchotistas agravaban tan arteramente la situación de la casi viuda que casó bastante mal a su hija y se vio obligada a renunciar al matrimonio de su hijo con Eugénie Grandet. Adolphe se reunió con Des Grassins en París y allí se convirtió, según dicen, en un tipo de mala catadura. Los Cruchoth triunfaron.

—Su marido no tiene dos dedos de frente —dijo Grandet al prestarle una suma a la señora des Grassins, contra garantías—. La compadezco, porque es usted una buena mujercita.

—¡Ah, caballero! —respondió la pobre dama—, ¿quién hubiera creído que el día que partió de su casa para ir a París corría hacia su ruina?

—El cielo es testigo, señora, de que hasta el último momento hice cuanto pude para impedir su marcha. El señor presidente deseaba a toda costa ir en su lugar y ahora sabemos por qué puso tanto empeño en irse.

Así Grandet se liberaba de cualquier obligación con Des Grassins.

En cualquier situación, las mujeres tienen más motivos de dolor que el hombre, y sufren más que este. El hombre cuenta con su fuerza y con el ejercicio de su poder: actúa, se mueve, se ocupa, piensa, contempla el porvenir y en el mismo halla consuelo. Eso hizo Charles. La mujer, sin embargo, inmovilizada, se queda frente a frente con la aflicción de la que nada la distrae, descendiendo hasta lo más hondo del abismo que esta ha abierto, lo mide y a menudo lo llena con sus deseos y sus lágrimas. Eso hizo Eugénie. Se iniciaba en su propio destino. La vida de las mujeres será siempre sentir, amar, sufrir y sacrificarse. Eugénie sería una mujer entera, pero sin aquello que la consuela. Su felicidad, como los clavos fijados en el muro según la sublime expresión de Bossuet, ni siquiera le llenaría el hueco de una mano al cabo del tiempo^[64]. Las penas no se hacen esperar y para ella llegaron muy pronto. Al día siguiente de la partida de Charles, la casa de los Grandet recuperó su fisionomía para todo el mundo, excepto para Eugénie, a quien de repente le pareció muy vacía. A espaldas de su padre, quiso que la habitación de Charles se quedara tal como él la había dejado. La señora Grandet y Nanon fueron cómplices de buen grado de ese statu quo.

—¿Quién sabe si no volverá antes de lo que imaginamos? —dijo Eugénie.

—¡Ah, ya me gustaría verlo aquí! —respondió Nanon—. ¡Ya me había acostumbrado a él! Era dulce y un perfecto caballero, hasta guapo, y de cabello rizado como una chica.

Eugénie miró a Nanon.

—¡Virgen santísima, señorita, si tiene en los ojos la perdición de su alma! No mire así el mundo.

A partir de ese día, la belleza de la señorita Grandet adquirió un nuevo carácter. Los graves pensamientos amorosos que lentamente invadían su alma y la dignidad de la mujer amada confirieron a sus rasgos esa especie de resplandor que los pintores representan con una aureola. Previamente a la llegada de su primo, a Eugénie se la podía comparar con la Virgen antes de la concepción; cuando este partió, parecía la Virgen madre: había concebido el amor. Esas dos Marías, tan diferentes y tan bien representadas por algunos pintores españoles, constituyen unas de las figuras más brillantes que abundan en el cristianismo. De regreso de la misa a la que asistió al día siguiente de la partida de Charles, y tras haber hecho voto de asistir a la misma a diario, compró al librero de la ciudad un mapamundi que colgó de la pared junto a su espejo con el fin de seguir a su primo en su camino a las Indias, para subirse un poco, mañana y noche, al mismo barco que lo transportaba, para verlo, hacerle mil preguntas y decirle: «¿Estás bien? ¿Sufres? ¿Piensas en mí al ver esa estrella de la que me enseñaste a conocer la belleza y la utilidad?». Luego, por la mañana, se quedaba pensativa bajo el nogal, sentada en el banco de madera roído por los gusanos y cubierto de musgo grisáceo donde tantas cosas bonitas se habían dicho, banalidades, donde habían hecho castillos en el aire pensando en su futuro hogar. Ella pensaba en el futuro mirando el cielo que las murallas le permitían abarcar por un pequeño hueco; luego el viejo muro y el tejado bajo el que se hallaba la habitación de Charles. Finalmente llegó el amor solitario, el amor verdadero que persiste, que se desliza en todos los pensamientos y se convierte en la sustancia o, como hubieran dicho nuestros padres, en

la madera de la vida. Cuando los supuestos amigos del tío Grandet iban a jugar una partida por la noche, estaba alegre y disimulaba; pero, a lo largo de la mañana, hablaba de Charles con su madre y con Nanon. Nanon había comprendido que podía compartir las penas de su joven señorita sin por ello faltar a sus deberes para con el amo, y le decía a Eugénie:

—Si yo hubiera tenido un hombre, lo habría seguido... hasta el infierno. Lo habría... Vaya si... Vamos, que hasta me hubiera matado por él; pero... nada. Me moriré sin saber qué es la vida. ¿Me creerá, señorita, si le digo que el viejo Cornoiller, que en el fondo es un buen hombre, anda rondándome las faldas, porque piensa en mis rentas al igual que los que vienen aquí a cortejarla olisqueando el dinero del amo? Lo veo porque aún soy fina, aunque esté gorda como una torre y, mire usted, señorita, aunque eso no sea amor, a mí me da gusto.

Transcurrieron dos meses. La vida doméstica antaño tan monótona se había animado gracias al enorme interés del secreto que unía íntimamente a aquellas tres mujeres. Para ellas, entre los paneles grisáceos de la sala, Charles aún vivía allí e iba y venía. Mañana y noche, Eugénie abría el estuche de aseo y contemplaba el retrato de su tía. Un domingo por la mañana, su madre la sorprendió en el momento en que trataba de identificar los rasgos de Charles en los del retrato, y la señora Grandet supo por ella entonces del terrible secreto del canje que el viajero había hecho contra el tesoro de Eugénie.

—¡Se lo has dado todo! —dijo la madre asustada—. ¿Qué le dirás a tu padre el día de Año Nuevo cuando quiera ver tu oro?

Los ojos de Eugénie se inmovilizaron y ambas mujeres permanecieron petrificadas presas de un espanto mortal durante media mañana. Estaban tan azoradas que no fueron a misa mayor y solo asistieron al oficio militar. Al cabo de tres días, el año 1819 llegaría a su fin. Al cabo de tres días daría inicio una terrible calamidad, una tragedia burguesa sin veneno, ni puñal, ni sangre derramada pero, para sus protagonistas, más cruel que todos los dramas acontecidos en el seno del ilustre linaje de los Atridas.

—¿Qué será de nosotras? —dijo la señora Grandet a su hija dejando su labor de punto sobre las rodillas.

La pobre madre sufría tales trastornos desde hacía dos meses que los manguitos de lana que necesitaba para el invierno aún no estaban acabados. Ese suceso doméstico en apariencia nimio tuvo tristes consecuencias para ella. Sin sus manguitos, el frío se apoderó de ella de una manera funesta en plenos sudores provocados por un tremendo acceso de cólera de su marido.

—Pensaba, querida hija, que si me hubieras confiado tu secreto habríamos tenido tiempo de escribirle al señor des Grassins a París y él nos habría podido enviar unas monedas de oro parecidas a las tuyas; y, aunque Grandet las conozca bien, tal vez...

—¿Y de dónde habríamos sacado tanto dinero?

—Hubiera empeñado las mías. Además, el señor des Grassins nos habría...

—Ya no hay tiempo —respondió Eugénie con voz sorda y alterada, interrumpiendo a su madre—. ¿No tenemos que ir mañana a desearle feliz año en su habitación?

—Pero, hija, ¿por qué no puedo ir a ver a los Cruchot?

—No, no, eso sería entregarme a ellos y someternos a depender de ellos. Además, ya he tomado una decisión. He hecho bien y no me arrepiento de nada. Dios me protegerá. ¡Que se haga su santa voluntad! ¡Ah, si usted hubiera leído su carta, madre, solo habría pensado en él!

Al día siguiente por la mañana, primero de enero de 1820, el terror flagrante que madre e hija vivían les sugirió la excusa más natural para no ir solemnemente a la

habitación de Grandet. El invierno de 1819 a 1820 fue uno de los más rigurosos de la época. La nieve cubría los tejados.

La señora Grandet dijo a su marido, en cuanto lo oyó moverse por su habitación:

—Grandet, haz que Nanon encienda fuego en mi habitación; hace tanto frío que me estoy helando a pesar de la manta. He llegado a una edad en que ya necesito ciertos cuidados. Además —prosiguió tras una breve pausa—, Eugénie vendrá a vestirse aquí. Esa pobre chica va a enfermar si tiene que asearse en su habitación con este tiempo. Luego iremos a desearte feliz año junto a la chimenea, en la sala.

—¡Bla, bla, bla, bla, menuda lengua! ¿Cómo empiezas el año, señora Grandet? Nunca habías hablado tanto. Y eso que no debes de haber comido pan mojado en vino.

Hubo un momento de silencio.

—Sea —dijo el buen hombre, a quien sin duda la propuesta de su esposa le convenía—, haré lo que desea, señora Grandet. Eres verdaderamente una buena mujer y no quisiera que a tu edad te ocurriera una desgracia, aunque por lo general los La Bertellière estén hechos de roca. ¿No es cierto? —exclamó tras una pausa—. Al fin y al cabo, hemos heredado de ellos, así que los perdono.

Y tosió.

—Está usted muy alegre esta mañana, caballero —dijo gravemente la pobre mujer.

—Yo siempre estoy alegre:

*¡Alegre, alegre y jaranero,
la barrica apaña el tonelero!*

De este modo canturreó al entrar en la habitación de su esposa ya vestido.

—Por todos los diablos, es verdad que hace frío. Vamos a tomar un buen desayuno, mujer. ¡Des Grassins me ha enviado un paté de *foie gras* trufado! Voy a ir a recogerlo a la diligencia. Debe de haber añadido también un doble napoleón para Eugénie —fue a decirle el tonelero al oído—. Ya no tengo oro, mujer. Aún tenía algunas viejas monedas, a ti puedo decírtelo, pero tuve que desprenderme de ellas para los negocios.

Y, para celebrar el primer día del año, la besó en la frente.

—¡Eugénie! —gritó la buena mujer—, no sé con qué pie se ha levantado tu padre, pero esta mañana está de buen humor. ¡Bah, saldremos de esta!

—¿Qué mosca le ha picado al señor? —dijo Nanon al entrar en la habitación de su señora para encender el fuego—. Primero me ha dicho: «¡Buenos días y feliz año, so bruta! Ve a encenderle el fuego a mi mujer, tiene frío». Y lela me he quedado cuando me ha alargado la mano para darme un escudo de seis francos que casi no está ni manoseado. Mire, señora, mírelo. ¡Oh, qué hombre! ¡Si en el fondo es un hombre de lo más digno! Los hay que cuanto más viejos se hacen, más se encallecen; pero él, él se vuelve dulce como su licor de grosella, señora, y con los años mejora. Qué hombre, ya le digo, un buen hombre de verdad...

El secreto de tal alegría radicaba en el éxito de la especulación de Grandet. El señor des Grassins, tras deducir las sumas que le debía el tonelero por el descuento de ciento cincuenta mil efectos holandeses y por el anticipo que le había avanzado para completar el dinero necesario para comprar las cien mil libras de deuda pública, le enviaba, en la diligencia, treinta mil francos en escudos, el resto de los intereses del semestre, y le había anunciado la subida de los fondos públicos. En aquel momento estaban a ochenta y nueve, y los más renombrados capitalistas los compraban a finales de enero a noventa y dos. Grandet ganaba, desde hacía dos meses, un doce por ciento sobre su capital, había apurado

sus cuentas y a partir de entonces iba a cobrar cincuenta mil francos cada seis meses sin tener que pagar ni impuestos ni compensaciones. Por fin había comprendido cómo funcionaba la deuda pública, una inversión hacia la que los provincianos manifiestan un invencible recelo, y se veía ya, antes de cinco años, dueño de un capital de seis millones amasado sin excesivas preocupaciones y que, unido al valor de sus propiedades, constituiría una fortuna colosal. Los seis francos que le había dado a Nanon eran tal vez la paga por un inmenso servicio que la criada había hecho a su amo sin saberlo.

«¡Oh, oh! ¿Adónde va el tío Grandet de buena mañana con esas prisas, como si hubiera un incendio?», se decían los comerciantes al abrir sus tiendas. Luego, cuando lo vieron regresar del muelle seguido de un factor que llevaba sacos repletos en una carretilla:

—El agua siempre va a dar al río, el buen hombre iba a por sus escudos —decía uno.

—Le llega de París, de Froidfond y de Holanda —decía otro.

—Acabará por comprar Saumur —exclamaba un tercero.

—Se ríe del frío, lo único que le importa es su negocio —decía una mujer a su marido.

—¡Eh, eh, señor Grandet, si no puede con todo yo me quedo con una parte! —le dijo un comerciante de tejidos, su vecino más próximo.

—Por supuesto —respondió el viticultor—, pero no es más que calderilla.

—De plata —dijo el factor en voz baja.

—Si quieres propina, ponte una mordaza —le dijo al factor al abrir su puerta.

«¡Ah, el viejo zorro, y yo que creía que era sordo! Parece que cuando hace frío oye bien», pensó el factor.

—Ten, veinte *sous* de propina, y chitón. ¡Esfúmate! —le dijo Grandet—. Nanon te devolverá la carretilla. Nanon, ¿las dos infelices están en misa?

—Sí, señor.

—¡Pues manos a la obra! —exclamó cargándola de sacos. En un periquete los escudos fueron transportados a su habitación y allí se encerró—. Cuando la comida esté a punto, llama a la pared, y devuelve la carretilla al factor.

La familia no desayunó hasta la diez.

—Tu padre no te va a pedir que le enseñes el oro —dijo la señora Grandet a su hija al volver de misa—. Además, haz como que tienes frío. Ya tendremos tiempo de restaurar tu tesoro para tu cumpleaños...

Grandet bajaba las escaleras pensando en metamorfosear pronto sus escudos parisinos en oro contante y sonante y en su admirable especulación con la deuda pública. Estaba decidido a colocar sus ingresos de esa guisa hasta que la deuda pública alcanzara la tasa de cien francos. Esa meditación era funesta para Eugénie. En cuanto entró, ambas mujeres le desearon feliz año, su hija saltando a su cuello y haciéndole mimos, la señora Grandet adusta y digna.

—¡Ah, ah, hija mía! —dijo, besando a su hija en las mejillas—. Ya sabes que trabajo por ti, ¿verdad...? Lo único que deseo es tu felicidad y para ser feliz hace falta dinero. Sin dinero, nos quedamos a dos velas. Mira, aquí tienes un napoleón nuevo que he hecho traer de París. Por todos los diablos, aquí no hay ya oro. Solo tú tienes oro. Enséñame tu oro, hijita.

—¡Bah! Hace demasiado frío. Vamos a desayunar —le respondió Eugénie.

—De acuerdo, pero luego me lo enseñas, ¿vale? Eso nos ayudará a todos a hacer la digestión. Ese gordo de Des Grassins, a pesar de todo, nos ha enviado esto —prosiguió—.

Vamos, comed, hijas mías, que eso no nos cuesta nada. Des Grassins está bien, estoy contento de él. El merluzo le hace un favor a Charles, y además gratis. Está resolviendo de primera los asuntos del pobre difunto Grandet. ¡Uy, uy, uy! —exclamó con la boca llena, tras una pausa—. ¡No hay nada mejor que eso! Come, mujer, que eso sirve de alimento por lo menos para un par de días.

—No tengo hambre, ya sabes que estoy muy delicada.

—Claro, pero te puedes atiborrar sin temor a reventar; eres una La Bertellière, una mujer sólida. Un poco amarillenta, pero a mí me gusta el amarillo.

Para un condenado, la espera de una muerte ignominiosa y pública es tal vez menos horrible que la espera de los acontecimientos con que acabaría aquella comida familiar para la señora Grandet y Eugénie. Cuanto más alegre y dicharachero se mostraba el viejo viticultor al hablar y al comer, más se estremecía el corazón de ambas mujeres. La hija, sin embargo, contaba con un apoyo en esa coyuntura: sacaba fuerzas de su amor.

«Por él, por él moriría mil veces», se decía.

Con este pensamiento en mente dirigía a su madre miradas resplandecientes de coraje.

—Quita todo esto —dijo Grandet a Nanon cuando, hacia las once, acabaron de desayunar—, pero déjanos la mesa. Así estaremos más cómodos para contemplar tu pequeño tesoro —dijo mirando a Eugénie—. No tan pequeño, vamos. En su valor intrínseco, posees cinco mil novecientos cincuenta y nueve francos, y cuarenta de esta mañana, lo que hace seis mil francos menos uno. Y yo mismo te daré ese franco para redondear la suma, porque ya ves, hijita... ¿Y por qué nos estás escuchando? Gira sobre tus talones y ve a hacer tu trabajo, Nanon —dijo Grandet.

Nanon desapareció.

—Escúchame, Eugénie, tienes que darme tu oro. No se lo vas a negar a tu papaíto, ¿verdad, hijita?

Las dos mujeres habían enmudecido.

—Yo ya no tengo oro. Tenía, pero ya no tengo. Te daré seis mil francos en libras y las invertirás tal como te indicaré. Ya no hay que pensar en la docena. Cuando te case, cosa que será pronto, te encontraré un pretendiente que podrá obsequiarte la más bella docena que jamás se haya visto en toda la provincia. Escúchame atentamente, hijita. Se presenta una ocasión magnífica: puedes invertir tus seis mil francos en el gobierno, y cada seis meses tendrás cerca de doscientos francos de intereses, sin impuestos, ni compensaciones, ni granizo, ni heladas, ni mareas, ni nada de cuanto pone en peligro los beneficios. ¿Tal vez no te apetece separarte de tu oro, hijita? Tráemelo de todas formas. Te conseguiré monedas de oro, holandesas, portuguesas, rupias del Mogol, genovesas; y, con las que te daré por tus cumpleaños, en tres años habrás recuperado la mitad de tu pequeño tesoro de oro. ¿Qué dices a eso, hijita? Levanta la cabeza. Venga, bonita, ve a buscarlo. Deberías besarme en los ojos y descubrir así los secretos y los misterios de vida y de muerte de los escudos. En realidad, los escudos viven y se espabilan como los hombres: van, vienen, sudan y producen.

Eugénie se puso en pie; pero tras dar unos pasos hacia la puerta, se volvió bruscamente, miró a su padre a la cara y le dijo:

—Ya no tengo mi oro.

—¿Que no tienes tu oro? —exclamó Grandet alzándose sobre sus jarretes como un caballo que oyera un cañonazo a diez pasos.

—No, ya no lo tengo.

—Me engañas, Eugénie.

—No.

—¡Por la guadaña de mi padre!

Cuando el tonelero maldecía así, el suelo temblaba.

—¡Por Dios y por todos los santos, la señora se ha quedado pálida! —gritó Nanon.

—Grandet, tu cólera me va a matar —dijo la pobre mujer.

—¡Bla, bla, bla, bla, si vosotras, en vuestra familia, no os morís nunca! Eugénie, ¿qué ha hecho de esas monedas? —gritó abalanzándose sobre ella.

—Señor —dijo la hija arrodillada junto a la señora Grandet—, mi madre se siente muy mal. Miradla, no la matéis.

Grandet se asustó al ver la palidez que se había adueñado del rostro de su mujer, tan amarilla unos instantes antes.

—Nanon, ayúdeme a acostarme —dijo la madre con un hilo de voz—. Me muero.

De inmediato, Nanon le dio el brazo a su señora y Eugénie hizo lo mismo, y con grandes penas y trabajos consiguieron subirla a su habitación, puesto que desfallecía a cada peldaño. Grandet se quedó solo. Sin embargo, un momento después subió siete u ocho peldaños y gritó:

—Eugénie, en cuanto su madre se haya acostado, baje de inmediato.

—Sí, padre.

No tardó en volver, tras tranquilizar a su madre.

—Hija —le dijo Grandet—, dígame dónde está el tesoro.

—Padre, si me hace usted regalos de los que no soy la dueña, lléveselos —respondió Eugénie con frialdad, cogiendo el napoleón de encima de la chimenea y entregándoselo.

Grandet cogió ávidamente el napoleón y se lo guardó en el bolsillo del chaleco.

—¡Por supuesto que no volveré a darte nada! ¡Nada de nada! —dijo haciendo chascar la uña del pulgar contra un diente—. Desprecias a tu padre, no confías en él, por lo que no sabes qué es un padre. ¡Si no lo es todo para ti, no es nada! ¿Dónde está tu oro?

—Padre, le quiero y le respeto, a pesar de su cólera, pero humildemente le recuerdo que tengo veintitrés años. Me ha dicho con frecuencia que ya soy mayor de edad, para que lo sepa. He hecho con mi dinero lo que he creído que debía hacer, y puede estar seguro de que está a buen recaudo...

—¿Dónde?

—Es un secreto inviolable —dijo ella—. ¿Acaso no tiene usted sus secretos?

—¿No soy el cabeza de familia? ¿No puedo tener mis negocios?

—Es asunto mío.

—Pues mal asunto debe de ser si no se lo puede contar a su padre, señorita Grandet.

—Es un asunto excelente y no puedo contárselo a mi padre.

—Por lo menos, dime cuándo diste tu oro.

Eugénie negó con un movimiento de la cabeza.

—Lo tenías aún el día de tu cumpleaños, ¿verdad?

Eugénie, a la que el amor había vuelto tan astuta como a su padre la avaricia, repitió el mismo movimiento de cabeza.

—Habrás visto semejante cabezonería y semejante robo —dijo Grandet con una voz que fue *in crescendo* y que progresivamente hizo retumbar la casa—. ¡Será posible! ¡Aquí, bajo mi propio techo, en mi propia casa alguien se ha llevado tu oro! ¡El único oro que había en toda la casa! ¿Y no puedo saber quién ha sido? El oro es muy caro. Hasta las

muchachas más honestas pueden cometer un desliz, dar qué sé yo, eso pasa en las familias de los señores y en las de los burgueses; pero dar oro... porque se lo has dado a alguien, ¿verdad?

Eugénie permaneció impasible.

—¿Habrás visto qué hija! ¿No ves que soy tu padre? Si lo has depositado, tendrás un recibo...

—¿Era libre, sí o no, de hacer lo que mejor me pareciera con él? ¿Era mío?

—Pero si eres una chiquilla...

—Mayor de edad.

Abatido por la lógica de su hija, Grandet palideció, pataleó y maldijo; luego, al dar por fin con las palabras, gritó:

—¡Maldita serpiente de hija! ¡Ah, mala hierba, sabes que te quiero y abusas de mí! ¡Degüellas a tu propio padre! Por Dios, ¿has echado nuestra fortuna a los pies de ese desharrapado con botas de tafilete? ¡Por la guadaña de mi padre, no puedo desheredarte, por todas las barricas! Pero te maldigo, ¡a ti, a tu primo y a tus hijos! De todo esto no sacarás nada bueno, ¿me oyes? Si fuera a Charles... Pero no, no es posible. ¿Cómo? Ese maldito petimetre me ha desvalijado...

Miró a su hija, que permanecía muda y fría.

—No se moverá, no pestañeará, es más Grandet que yo mismo. No has dado tu oro por nada, por lo menos, ¿verdad?

Eugénie miró a su padre con una mirada irónica que lo ofendió.

—Eugénie, está usted en mi casa, en casa de su padre. Si quiere quedarse aquí, deberá acatar mis órdenes. Los curas le ordenan que me obedezca.

Eugénie bajó la cabeza.

—Me ofende en lo que más quiero —prosiguió él—, y solo quiero veros sumisa. Vaya a su habitación. Se quedará allí hasta que la autorice a abandonarla. Nanon le llevará pan y agua. ¿Me ha oído? Pues váyase.

Eugénie se echó a llorar y se fue junto a su madre. Tras dar varias vueltas a su jardín bajo la nieve, sin darse cuenta del frío, Grandet sospechó que su hija debía de estar en la habitación de su mujer. Encantado ante la idea de sorprenderla incumpliendo sus órdenes, subió las escaleras con agilidad felina y apareció en la habitación de la señora Grandet en el momento en que esta le acariciaba el cabello a Eugénie, cuyo rostro estaba hundido en el seno materno.

—Consuélate, hija mía, tu padre se calmará.

—Ya no tiene padre —dijo el tonelero—. ¿Hemos sido usted y yo, señora Grandet, quienes hemos criado una hija desobediente como esta? Vaya educación, y religiosa, además. No está usted en su habitación. Venga, a la cárcel, a la cárcel, señorita.

—¿Pretende privarme de mi hija, señor? —dijo la señora Grandet, con el rostro consumido por la fiebre.

—Si quiere quedarse con ella, llévesela, márchense las dos de la casa. ¡Maldición! ¿Dónde está el oro? ¿Qué se ha hecho del oro?

Eugénie se puso en pie, miró altivamente a su padre y entró en su habitación, y su padre la cerró con llave.

—Nanon, apaga el fuego de la sala —gritó.

Y fue a sentarse en un sillón junto a la chimenea de su mujer, diciéndole:

—Seguro que se lo ha dado a ese miserable seductor de Charles, que lo único que quería era nuestro dinero.

La señora Grandet extrajo del peligro que amenazaba a su hija y de su sentimiento hacia ella las fuerzas para permanecer aparentemente fría, muda y sorda.

—No sabía nada de todo esto —respondió ella volviéndose hacia el otro lado de la cama para no soportar las iracundas miradas de su marido—. Su violencia me hace sufrir tanto que, si mis presentimientos son ciertos, solo saldré de aquí con los pies por delante. Habría debido evitarme este momento, señor, yo que nunca os he causado pena alguna, por lo menos así lo creo. Su hija lo quiere, y a mis ojos es inocente como un recién nacido; así que no le cause más pena y levante el castigo. Hace mucho frío y puede ser el causante de una enfermedad grave.

—No quiero verla ni hablar con ella. Se quedará en su habitación a pan y agua hasta que haya satisfecho a su padre. ¡Qué diablos, un cabeza de familia debe saber adónde ha ido el oro de su casa! Poseía las que tal vez eran las únicas rupias que hay en Francia, y genovesas y ducados de Holanda.

—Señor, Eugénie es nuestra única hija y ni que las hubiera tirado al agua...

—¿Al agua? —exclamó Grandet—. ¡Al agua! Está usted loca, señora Grandet. Lo que he dicho, dicho está, ya lo sabe. Si quiere tener paz en el hogar, haga que su hija confiese y tírele de la lengua. En esas cosas las mujeres se entienden mejor entre ellas que con nosotros. Sea lo que sea lo que haya hecho, no me la voy a comer. ¿Me tiene miedo? Aunque haya cubierto de oro a su primo de la cabeza a los pies, está en alta mar, y no podemos ir tras él...

—¿Y qué voy a hacer? —Excitada por la crisis nerviosa que sufría, o por la desgracia de su hija, que desarrollaba su ternura y su inteligencia, la perspicacia de la señora Grandet le hizo entrever un movimiento terrible en la lupia de su marido en el momento en que ella respondía; cambió de idea sin cambiar el tono—. ¿Y qué voy a hacer, señor? ¿Acaso tengo yo más autoridad sobre ella de la que tiene usted? ¡No me ha dicho nada, en eso ha salido a su padre!

—¡Por todos los diablos! ¡Qué deslenguada está esta mañana! Bla, bla, bla, bla, me parece que se está burlando de mí. Debe de estar en comandita con ella.

Miró a su mujer fijamente.

—La verdad, señor Grandet, si desea matarme solo hace falta que siga así. Se lo digo, señor, y aunque me cueste la vida, se lo voy a repetir: se equivoca con su hija, tiene más sentido común que usted. Ese dinero le pertenecía y únicamente ha podido darle un buen uso, y solo Dios puede conocer nuestras buenas obras. Señor, se lo suplico, haga las paces con Eugénie... Así disminuirá también el efecto que su cólera me ha producido y tal vez me salvará usted la vida. Mi hija, señor, devuélvame a mi hija.

—Me voy —dijo él—. En mi casa no se puede estar, madre e hija razonan como si... ¡Bum! ¡Bah! Qué cruel inicio de año me ha dado, Eugénie —gritó—. ¡Sí, sí, llore! Lo que ha hecho le pesará en su conciencia, ¿me oye? ¿De qué le sirve comerse a Dios seis veces cada tres meses si da el oro de su padre a sus espaldas a un haragán que le devorará el corazón cuando ya no le quede otra cosa que prestarle? Ya verá lo que vale su Charles con sus botas de tafilete y esos aires de mírame y no me toques. No tiene ni corazón ni alma, si osa llevarse el tesoro de una pobre muchacha sin el consentimiento de sus padres.

En cuanto se hubo cerrado la puerta de la calle, Eugénie salió de su habitación y fue junto a su madre^[65].

—¡Qué valiente ha sido con su hija! —le dijo.

—¿Ves, hija mía, adónde nos llevan las cosas ilícitas...? Me has obligado a decir una mentira.

—¡Oh, le pediré a Dios que solo me castigue a mí!

—¿Es verdad que la señorita está castigada a pan y agua para el resto de sus días?

—dijo Nanon horrorizada al entrar.

—¿Y qué más da, Nanon? —dijo Eugénie tranquilamente.

—A ver si yo voy a comer unto si la hija de la casa come pan seco... No y no.

—No digas nada de eso, Nanon —dijo Eugénie.

—Seré como una tumba, pero al tiempo.

Grandet almorzó solo por primera vez en veinticuatro años.

—Se ha quedado usted viudo, señor —le dijo Nanon—. Debe de ser muy desagradable estar viudo y tener dos mujeres en la casa.

—¿Acaso te he dicho algo? Cierra el pico o te pongo de patitas en la calle. ¿Qué tienes en la cazuela que oigo hervir en el fuego?

—Estoy fundiendo grasa...

—Esta noche vendrá gente, enciende el fuego.

Los Cruchot, la señora des Grassins y su hijo llegaron a las ocho y se sorprendieron al no ver a la señora Grandet ni a la hija de esta.

—Mi esposa se halla un poco indispueta. Eugénie está junto a ella —respondió el viejo viticultor cuyo rostro no delató emoción alguna.

Al cabo de una hora consagrada a conversaciones insignificantes, la señora des Grassins, que había subido a visitar a la señora Grandet, descendió y todos le preguntaron: «¿Cómo se encuentra la señora Grandet?».

—Mal, pero que muy mal —dijo ella—. Su estado de salud me parece francamente inquietante. A su edad, todas las precauciones son pocas, tío Grandet.

—Ya veremos eso —respondió el viticultor distraídamente.

Uno a uno, le desearon buenas noches. Cuando los Cruchot se hallaron en la calle, la señora des Grassins les dijo:

—Algo sucede en casa de los Grandet. La madre está muy mal y ni siquiera es consciente de ello. La hija tiene los ojos enrojecidos como si hubiera llorado mucho tiempo. ¿Tratarán de casarla contra su voluntad?

Cuando el viticultor se hubo acostado, Nanon fue en zapatillas con paso sigiloso a la habitación de Eugénie y le mostró un paté cocido en una cazuela.

—Tenga, señorita —dijo la buena muchacha—, Cornoiller me ha dado una liebre. Come usted tan poco que este paté le durará ocho días y, con esa gelatina no se le va a estropear. Por lo menos no estará usted a pan seco, que eso no es sano.

—Pobre Nanon —dijo, estrechándole la mano.

—Lo he hecho muy rico y muy fino, y él no se ha dado cuenta de nada. He comprado la manteca y el laurel, todo con mis seis francos, que bien míos son.

Y, al creer oír a Grandet, la criada se marchó.

Durante algunos meses, el viticultor visitó a su esposa a diferentes horas del día, sin pronunciar el nombre de la hija, sin ir a verla ni hacer la menor alusión a ella. La señora Grandet no salía de su habitación y, día a día, su estado empeoraba. Nada hizo doblegar al viejo tonelero. Permanecía inquebrantable, áspero y frío como un bloque de granito. Siguió yendo y viniendo según sus costumbres, pero ya no volvió a tartamudear, se volvió menos hablador y en los negocios se mostró más duro que nunca. A menudo se le escapaba algún error en sus cuentas. «Algo sucede en casa de los Grandet», decían cruchotistas y grassinistas. «¿Qué ha pasado en casa de los Grandet?», fue una pregunta usual que surgía en cualquier velada de Saumur. Eugénie asistía a los oficios acompañada de Nanon. Al salir

de misa, si la señora des Grassins se dirigía a ella, respondía con evasivas y sin satisfacer su curiosidad. Sin embargo, al cabo de dos meses, fue imposible ocultar a los tres Cruchot o a la señora des Grassins el secreto de la reclusión de Eugénie. Llegó un momento en que ya no había más pretextos para justificar su perpetua ausencia. Luego, sin que fuera posible averiguar quién había desvelado el secreto, la ciudad entera supo que desde el primer día del año la señorita Grandet estaba, por orden de su padre, encerrada en su habitación, a pan y agua, sin fuego; que Nanon le preparaba manjares y se los llevaba durante la noche; y se sabía incluso que la joven solo podía ver y cuidar a su madre cuando su padre no estaba en casa. La conducta de Grandet fue juzgada con severidad. La ciudad entera lo declaró, por así decirlo, fuera de la ley, recordó sus traiciones, su dureza y lo excomulgó. Cuando pasaba por la calle, lo señalaban murmurando. Cuando su hija descendía por la calle tortuosa para ir a misa o a vísperas, acompañada de Nanon, todos los habitantes salían a las ventanas para examinar con curiosidad la compostura de la rica heredera y su rostro, en el que se dibujaban una melancolía y una dulzura angelicales. Su reclusión, la desgracia de su padre, no significaban nada para ella. Al ver el mapamundi, el pequeño banco, el jardín o el muro, volvía a sus labios la miel que en ellos habían dejado los besos del amor. Durante cierto tiempo, ignoró las habladurías de las que era objeto en la ciudad, al igual que las ignoraba su padre. Religiosa y pura a ojos de Dios, su conciencia y el amor la ayudaban a soportar pacientemente la cólera y la venganza paternas, pero un dolor profundo se imponía sobre los demás dolores. Su madre, dulce y tierna criatura, que embellecía con el resplandor que irradiaba su alma al aproximarse a la tumba, empeoraba día a día. A menudo Eugénie se reprochaba haber sido la causa inocente de la cruel y lenta enfermedad que la devoraba. Esos remordimientos, aunque su madre los aplacara, la apegaban aún con más fuerza a su amor. Todas las mañanas, en cuanto su padre se marchaba, iba junto al lecho de su madre y allí Nanon le llevaba su desayuno. Pero la pobre Eugénie, triste y doliente por los padecimientos de su madre, señalaba el rostro de esta con un gesto mudo a Nanon, lloraba y no osaba hablar de su primo. La propia señora Grandet se veía obligada a decirle:

—¿Dónde está? ¿Por qué no escribe?

Madre e hija ignoraban completamente las distancias.

—Pensemos en él, madre —respondía Eugénie—, y no hablemos de ello. Usted sufre, y usted es antes que todo.

Todo era él.

—Hija —decía la señora Grandet—, no me arrepiento de mi vida. Dios me ha protegido y me ha permitido contemplar con alegría el fin de mis miserias.

Las palabras de aquella mujer eran siempre santas y cristianas. Durante los primeros meses del año, si su marido se presentaba en su habitación para comer con ella, le hacía los mismos discursos, repetidos con angelical dulzura pero con la firmeza de una mujer a la que su inminente muerte le proporcionaba el coraje del que había carecido a lo largo de su vida.

—Le agradezco, señor, el interés que muestra por mi salud —le respondía a cualquier pregunta banal de él—, pero si de verdad desea que mis últimos días sean menos amargos y aliviar mi dolor, perdone a nuestra hija; sea usted cristiano, esposo y padre.

Al oír esas palabras, Grandet se sentaba junto a la cama y actuaba como un hombre que, al ver avecinarse la tempestad, se cobija tranquilamente al abrigo de una puerta cochera: escuchaba silenciosamente a su mujer y no respondía. Ante las más emotivas, tiernas y religiosas súplicas, decía:

—Hoy estás un poco paliducha, mujer.

El olvido más absoluto de su hija parecía grabado en su frente de arenisca, en sus labios apretados. Ni siquiera lo emocionaban las lágrimas que sus vagas respuestas, en unos términos que apenas variaban, hacían derramar sobre el pálido rostro de su esposa.

—Que Dios os perdone, señor —decía ella—, como yo os perdono. Un día necesitaréis indulgencia.

Desde el inicio de la enfermedad de su esposa no se había atrevido a volver a utilizar nunca más su terrible «¡bla, bla, bla, bla, bla!». Además, su despotismo había quedado desarmado por aquel ángel de dulzura, cuya fealdad desaparecía día a día, derrotada por la eclosión de las cualidades morales que florecían en su rostro. Toda ella era alma. El triunfo de la plegaria parecía purificar y atenuar los rasgos más groseros de su rostro, y hacía que resplandeciera. ¡Quién no ha contemplado el fenómeno de esa transfiguración en santos rostros en los que las costumbres del alma acaban por triunfar sobre los rasgos más rudamente dibujados, otorgándoles la singular animación fruto de la nobleza y de la pureza de los pensamientos elevados! El espectáculo de esa transformación debida a los sufrimientos que hacía trizas al ser humano que habitaba en aquella mujer afectaba en cierta medida, aunque débilmente, al viejo tonelero, cuyo carácter seguía siendo de bronce. Si en sus palabras ya no había despecho, el imperturbable silencio, que salvaguardaba su superioridad de padre de familia, guiaba su conducta. En cuanto la fiel Nanon entraba en el mercado, de inmediato le llegaban a sus oídos reproches y burlas; pero aunque la opinión pública condenara mayoritariamente a Grandet, la criada lo defendía movida por su orgullo en defensa de la casa.

—¿Y qué? —decía a los detractores del buen hombre—. ¿Acaso no nos encallecemos todos con la edad? ¿Por qué ese hombre no se iba a amojamar ni que fuera un poco? Basta ya de mentirijillas. La señorita vive como una reina. Y si está sola es porque quiere. Además, mis señores tienen sus motivos.

Finalmente, una tarde hacia finales de la primavera, la señora Grandet, consumida por la aflicción más aún que por la enfermedad y sin haber logrado, a pesar de sus plegarias, reconciliar a Eugénie y a su padre, confió sus penas secretas a los Cruchot.

—¿Dejar a una muchacha de veintitrés años a pan y agua...? —se escandalizó el presidente de Bonfons—. Y más aún sin motivo... Eso constituye un delito de sevicia y tortura contra el que puede litigar en la medida que...

—Vamos, sobrino —dijo el notario—, olvida tu jerga de tribunal. Esté usted tranquila, señora, mañana mismo haré que se ponga fin a esa reclusión.

Al oír hablar de ella, Eugénie salió de su habitación.

—Caballeros —dijo, avanzando con paso orgulloso—, les ruego que se olviden de este asunto. Mi padre es amo y señor de su casa y le debo obediencia mientras viva en su casa. Su conducta no debe ser objeto de aprobación ni de desaprobación por los demás, solo debe rendir cuentas ante Dios. Por ello exijo, y apelo a nuestra amistad, que guarden silencio respecto a este asunto. Censurar a mi padre supondría ir en contra de nuestra propia consideración. Les agradezco, caballeros, el interés que muestran por mi persona pero les estaría aún más agradecida si hicieran callar los rumores insultantes que corren por la ciudad y de los que he tenido noticia por casualidad.

—Lleva razón —dijo la señora Grandet.

—Señorita, que usted recobre su libertad es la mejor manera de impedir las habladorías —le respondió respetuosamente el viejo notario, impresionado por la belleza que la reclusión, la melancolía y el amor habían conferido a Eugénie.

—Hija mía, deja que el señor Cruchot se ocupe de este asunto puesto que se muestra

garante del éxito del mismo. Conoce a tu padre y sabe cómo manejarlo. Si quieres verme feliz a lo largo de lo poco que me queda de vida necesito, cueste lo que cueste, que tú y tu padre os reconciliéis.

Al día siguiente, como era costumbre desde el inicio de la reclusión de Eugénie, Grandet fue a dar unas vueltas por el pequeño jardín. Daba esos paseos mientras Eugénie se peinaba. Cuando el buen hombre llegaba junto al nogal, se escondía tras el tronco del árbol y permanecía unos instantes contemplando los largos cabellos de su hija y sin duda titubeaba entre los pensamientos que le sugería la tenacidad de su carácter y el deseo de abrazar a su criatura. A menudo se sentaba en el pequeño banco de madera carcomida en el que Charles y Eugénie se habían jurado amor eterno mientras ella observaba también a su padre de reojo o a través del espejo. Si este se ponía en pie y reiniciaba su paseo, ella se sentaba complacientemente en la ventana y contemplaba el muro allí donde colgaban las flores más hermosas, donde surgían, de entre las grietas, cabellos de Venus, enredaderas y una planta carnosa, amarilla o blanca, un sedum abundante en los viñedos en Saumur y en Tours. Una hermosa mañana de junio, el notario Cruchot llegó a primera hora y halló al viejo viticultor sentado en el pequeño banco, con la espalda apoyada en el muro medianero, ocupado contemplando a su hija.

—¿Qué puedo hacer por usted, notario Cruchot? —dijo al verlo.

—Vengo a hablarle de negocios.

—Ah, ¿tiene usted oro para canjear por escudos?

—No, no se trata de dinero, sino de su hija Eugénie. Todo el mundo habla de ella y de usted.

—¿Y quién les ha dado vela en este entierro? Cada uno es dueño y señor en su casa...

—Y dueño de matarse, incluso, o de arrojar su dinero por la ventana, cosa que aún es peor...

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Pues que su esposa está muy enferma, amigo mío. Debería incluso consultar al señor Bergerin, puesto que se halla en peligro de muerte. Si llegara a morir sin haber recibido la atención debida, no estaría usted tranquilo; por lo menos, en mi opinión.

—¡Bla, bla, bla, bla! Ya sabe lo que le pasa a mi mujer, y en cuanto un médico pisa una casa, va allí cinco o seis veces al día.

—Allá usted, Grandet, haga como mejor le parezca. Somos viejos amigos y no hay en todo Saumur otra persona que se preocupe tanto por lo que le concierne como yo; y por esa misma razón se lo digo. Y que sea lo que Dios quiera, ya es usted mayorcito y sabe lo que tiene que hacer, así que... Y además, no es este el asunto que me preocupa, sino algo que tal vez pueda ser de más gravedad para usted. Al fin y al cabo, no creo que quiera matar a su mujer, pues le es muy útil. Piense en la situación en la que se hallaría su hija si la señora Grandet falleciera. Dado que usted comparte los bienes con su esposa, tendría que hacer cuentas con Eugénie. Su hija podría reclamar el reparto de la fortuna y hacer que se vendiera Froidfond. A fin de cuentas, es la heredera de su madre, de quien usted no puede heredar.

Esas palabras fulminaron al buen hombre, que no era tan ducho en leyes como en asuntos de comercio. Jamás se le había pasado por la cabeza un litigio.

—Por esa razón le conmino a que la trate con afecto —dijo Cruchot a guisa de conclusión.

—Pero ¿sabe usted lo que ha hecho, Cruchot?

—¿Qué? —dijo el notario ávido de ser objeto de una confidencia del tío Grandet y de conocer el motivo de la disputa.

—Ha dado su oro.

—¿Y qué? ¿Era suyo? —preguntó el notario.

—¡Todos me dicen lo mismo! —dijo el hombre dejando caer sus brazos con un movimiento trágico.

—¡Vamos, hombre! —prosiguió Cruchot—. ¿Y por una miseria va usted a poner problemas a las condiciones que le exigirá a la muerte de su madre?

—¿Considera usted seis mil francos de oro una miseria?

—¡Ay, amigo mío! ¿Sabe usted lo que le costaría el inventario y el reparto de la herencia de su esposa si Eugénie llegara a exigirlo?

—¿Cuánto?

—Tal vez dos, o tres, ¡o cuatrocientos mil francos! ¿O cree que no habrá que litigar y vender para saber el verdadero valor? Pero al oírle hablar...

—¡Por la guadaña de mi padre! —exclamó el viticultor, que tomó asiento, pálido—, ya veremos...

Tras un momento de silencio o de agonía, el buen hombre miró al notario y le dijo:

—¡Qué dura es la vida! No hay más que dolor. Cruchot —prosiguió con solemnidad—, me imagino que no pretende engañarme, júreme por su honor que lo que me dice está fundado en derecho. ¡Muéstreme el Código, quiero ver el Código!

—Mi pobre amigo —respondió el notario—, ¿cree que no conozco mi oficio?

—Eso es cierto. Mi hija me traicionará, me esquilmará, me matará y me devorará.

—Herederá de su madre.

—¿Y para qué sirven los hijos? ¡Ay, quiero a mi mujer! Por fortuna es fuerte, es una La Bertellière.

—No le queda ni un mes de vida.

El tonelero se palmeó la frente, fue de aquí para allá y con una terrible mirada dirigida a Cruchot, le dijo:

—¿Y qué hay que hacer?

—Eugénie podría pura y simplemente renunciar a la herencia de su madre. Porque usted no tiene intención de desheredarla, ¿no es cierto? Sin embargo, para llegar a tal reparto, no la maltrate. Y lo que acabo de decirle, viejo amigo, va en contra de mis propios intereses. ¿A qué me dedico yo...? Liquidaciones, inventarios, ventas, repartos...

—Ya veremos, ya hablaremos. Dejemos eso por el momento, Cruchot. Me remueve usted las entrañas. ¿Ha recibido oro?

—No, pero tengo algunos lises antiguos, una decena, y se los daré. Amigo mío, haga las paces con Eugénie. Todo Saumur habla mal de usted.

—¡Serán hipócritas!

—Vamos, que la deuda pública está a noventa y nueve. Alégrese por una vez en la vida.

—¿A noventa y nueve, Cruchot?

—Eso es.

—¡Eh, eh, a noventa y nueve! —exclamó Grandet mientras acompañaba al notario hasta la puerta de entrada. Luego, demasiado excitado por lo que acababa de saber como para quedarse en casa, subió a la habitación de su esposa y le dijo—: Vamos, madre, puedes pasar el día con tu hija, me voy a Froidfond. Sed buenas las dos. Hoy es nuestro aniversario de boda, mi querida esposa, así que aquí tienes diez escudos para tu monumento

del Corpus. ¡Hace ya tiempo que querías uno, así que date el capricho! Divertíos, sed felices y disfrutadlo. ¡Alegría!

Arrojó diez escudos de seis francos sobre la cama de su mujer y le tomó la cabeza entre las manos para besarla en la frente.

—Querida esposa, te encuentras mejor, ¿verdad?

—¿Cómo puede llegar a creer que el Dios que perdona lo recibirá en su casa mientras mantiene a su hija exiliada de su corazón? —dijo ella, emocionada.

—¡Bla, bla, bla, bla! —dijo el padre con voz amable—, ya veremos.

—¡Por todos los cielos! Eugénie —gritó la madre sonrojándose de alegría—, ven a darle un abrazo a tu padre. ¡Te perdona!

Pero Grandet ya había desaparecido. Huía a toda prisa hacia sus viñedos tratando de poner orden en sus tambaleantes ideas. Grandet cumplía entonces setenta y seis años. Sobre todo a lo largo de los últimos dos años, su avaricia había aumentado como se acrecientan todas las pasiones persistentes del ser humano. Tal como reza una observación acerca de los avaros, los ambiciosos o cualquiera cuya vida se haya consagrado a una idea dominante, sus sentimientos habían privilegiado en particular un símbolo de su pasión, y la contemplación del oro, la posesión del oro, se había convertido en su obsesión. Su espíritu despótico había aumentado proporcionalmente a su avaricia, y dejar la dirección de la más mínima parte de la herencia de su mujer a la muerte de esta le parecía contra natura. ¿Declarar su fortuna a su hija, inventariar todos sus bienes muebles e inmuebles por ir a juicio? «Eso sería peor que cortarse las venas», se dijo en medio de un viñedo mientras examinaba las vides. Finalmente tomó una decisión y volvió a Saumur a la hora del almuerzo, resuelto a caer de rodillas ante Eugénie, a engatusarla y amansarla para poder morir como un rey manteniendo las riendas de sus millones en sus manos hasta el último suspiro. En el momento en que el buen hombre, que por casualidad llevaba consigo su llave maestra, subía sigilosamente la escalera para ir a la habitación de su mujer, Eugénie había llevado hasta la cama de su madre el bello estuche de aseo. Ambas, en ausencia de Grandet, se entregaban al placer de contemplar el retrato de Charles al examinar el de la madre de este.

—¡La frente y la boca son iguales! —decía Eugénie en el momento en que el viticultor abrió la puerta.

Al descubrir la mirada que su marido dirigía al oro, la señora Grandet exclamó:

—¡Dios mío, ten piedad de nosotras!

El buen hombre se abalanzó sobre el estuche de aseo cual tigre sobre un recién nacido adormilado.

—Pero ¿esto qué es? —dijo apoderándose del tesoro y yendo a colocarse junto a la ventana—. Oro, oro del bueno —exclamó—. ¡Muchísimo oro! Esto pesa por lo menos dos libras. ¡Ja, ja, Charles te ha dado eso contra tus bellas monedas! ¿Y por qué no me habías dicho nada acerca de ello? De tal palo tal astilla, hijita. Eres mi hijita y en ti me reconozco.

Eugénie temblaba de la cabeza a los pies.

—Si no voy errado, esto pertenece a Charles... —prosiguió Grandet.

—Está usted en lo cierto, padre, no es mío. Ese estuche es un don sagrado.

—¡Bla, bla, bla! Te ha robado tu fortuna y hay que recuperar tu tesoro.

—¿Padre...?

El buen hombre quiso coger su cuchillo para hacer saltar una placa de oro y se vio obligado a dejar el estuche sobre una silla. Eugénie se abalanzó sobre el mismo para hacerse con él, pero el tonelero, que vigilaba de reojo a su hija y a la vez el estuche,

alargando el brazo la empujó con tal violencia que ella fue a caer sobre la cama de su madre.

—¡Señor, señor! —gritó la madre incorporándose en la cama.

Grandet había sacado su cuchillo y se disponía a hacer saltar el oro.

—¡Padre! —exclamó Eugénie cayendo de rodillas y arrastrándose así hacia Grandet y alzando las manos hacia él—, ¡padre!, ¡por la Virgen y todos los santos, por Cristo crucificado, por su salvación eterna, padre, por mi vida, no toque eso! Ese estuche no le pertenece ni tampoco es mío, es de un desventurado pariente que me lo confió y debo devolvérselo intacto.

—¿Y por qué lo mirabas si te lo dejó en prenda? Mirar es peor que tocar.

—Padre, no lo destruya o me deshonrará. ¿Me oye, padre?

—Señor, tened piedad —dijo la madre.

—Padre —exclamó Eugénie con voz tan poderosa que Nanon, asustada, subió hasta allí. De un salto, Eugénie se hizo con un cuchillo que estaba a su alcance.

—¿Y qué? —dijo Grandet con frialdad, con una sonrisa helada.

—Señor, señor, me estáis matando —dijo la madre.

—Padre, si su cuchillo llega a tocar ni que sea una pizca de ese oro, me clavaré este. Ya ha hecho que mi madre enferme mortalmente, y ahora matará también a su hija. Adelante... ¿ojo por ojo, diente por diente?

Grandet mantuvo su cuchillo sobre el estuche y miró a su hija titubeando.

—¿Serías capaz, Eugénie? —dijo.

—Sí, señor —dijo la madre.

—Hará lo que ha dicho —gritó Nanon—. Sea razonable, señor, por una vez en su vida.

El tonelero miró al oro y a su hija, alternativamente, durante un instante. La señora Grandet se desvaneció.

—¿Lo ve, señor? ¡La señora se muere! —gritó Nanon.

—Vamos, hija, no nos peleemos por un estuche. ¡Tómalo! —exclamó el tonelero arrojando el estuche sobre la cama—. Tú, Nanon, ve a buscar al señor Bergerin. Venga, madre —dijo besando la mano de su esposa—, no es nada, hemos hecho las paces. ¿No es cierto, hijita? Se acabó el pan seco, comerás lo que te apetezca. ¡Ah, ya abre los ojos! ¡Vamos madre, abuelita, vamos! Mira, mira cómo le doy un beso a Eugénie. Ama a su primo, pues si quiere se casará con él y le guardará su estuche. Pero vive muchos años, mi pobre esposa. ¡Vamos, muévete! ¡Escúchame, tendrás el monumento más bonito que jamás se haya visto en Saumur!

—¡Dios mío, cómo puede tratar así a su esposa y a su hija! —dijo la señora Grandet con un hilo de voz.

—¡No volveré a hacerlo, jamás! —exclamó el tonelero—. Ya verás, mi pobre esposa.

Fue a su gabinete y regresó con un puñado de luises que esparció sobre la cama.

—Ten, Eugénie, ten, mujer, eso es para vosotras —dijo manoseando los luises—. Vamos, alégrate, mujer; ponte bien y no te faltará de nada ni a Eugénie tampoco. Aquí hay cien luises de oro para ella. Estos no los regalarás, ¿verdad, Eugénie?

La señora Grandet y su hija se miraron estupefactas.

—Recójalos, padre, solo necesitamos su cariño.

—Si es así —dijo guardándose los luises en el bolsillo—, vivamos como buenos amigos. Bajemos todos a la sala a almorzar, y a jugar a la lotería todas las noches a diez

céntimos. ¡A divertirse! ¿Eh, esposa?

—Qué más quisiera, puesto que parece que os apetece —dijo la moribunda—, pero no puedo levantarme.

—Pobre madre —dijo el tonelero—, no sabes cuánto te quiero. ¡Y a ti, hija mía! —La abrazó y la besó—. ¡Oh, qué agradable es besar a la hija tras una disputa! ¡Hijita! ¿Lo ves, madre?, ahora ya no somos más que uno. Va, coge eso —dijo a Eugénie señalando el estuche—. No temas, cógelo. No volveré a hablarte de ello.

El señor Bergerin, el médico más renombrado de Saumur, llegó de inmediato. Una vez acabada la consulta, declaró fehacientemente a Grandet que su mujer estaba muy grave pero que una gran tranquilidad de espíritu, un régimen blando y muchos cuidados podrían retrasar su fallecimiento hacia finales de otoño.

—¿Costará mucho dinero? —dijo el buen hombre—. ¿Harán falta medicamentos?

—Pocos medicamentos, pero muchos cuidados —respondió el médico, que no pudo reprimir una sonrisa.

—Sea, señor Bergerin —respondió Grandet—; es usted un hombre de honor, ¿verdad? Confío en usted, venga a ver a mi mujer cuantas veces crea necesario. Consérveme a mi esposa, la quiero mucho, ¿sabe usted?, aunque no lo parezca, porque a mí la procesión me va por dentro y me reconcome el alma. Tengo una pena enorme. La pena entró en mi casa con la muerte de mi hermano, por el que me gasto un dineral en París... ¡un ojo de la cara, para decirlo claro! Y eso no se acaba ahí. Adiós, caballero, y si puede salvar a mi mujer, sálvela, aunque haya que gastarse para ello cien o doscientos francos.

A pesar de los fervientes deseos de Grandet de restablecimiento de la salud de su esposa, cuya herencia abierta era una primera muerte para él; a pesar de la complacencia de la que hacía gala en todo momento ante las más mínimas voluntades de la madre o de la hija, consternadas; a pesar de los cariñosos cuidados prodigados por Eugénie, la señora Grandet se encaminó rápidamente a la muerte. Cada día se debilitaba y desmejoraba como se agravan la mayoría de las mujeres enfermas a esa edad. Era tan frágil como las hojas de los árboles en otoño. Los rayos del cielo la hacían resplandecer como esas hojas que el sol atraviesa y dora. Fue una muerte digna de su vida, una muerte muy cristiana, ¿y no es ello sinónimo de una muerte sublime? En el mes de octubre de 1822 brillaron particularmente sus virtudes, su paciencia angelical y su amor por su hija; se apagó sin dejar escapar la menor queja. Cordero inmaculado, iba al cielo y no añoraba de este mundo más que la dulce compañía de su fría vida, a la que sus últimas miradas parecían predecir mil males. Temblaba ante la perspectiva de dejar a aquella corderilla, blanca como ella, sola en medio de un mundo egoísta que quería arrebatarse su vellochino y sus tesoros.

—Hija mía —le dijo antes de expirar—, solo en el cielo hay felicidad y un día lo sabrás.

Al día siguiente de esa muerte, Eugénie halló nuevos motivos para apegarse a esa casa que la había visto nacer, donde tanto había sufrido, donde su madre acababa de fallecer.

No podía contemplar el ventanal ni la silla con peanas en la sala sin que le saltaran las lágrimas. Creyó que hasta entonces había desconocido el alma de su anciano padre al ser objeto de sus más tiernos cuidados; iba a ofrecerle su brazo para bajar a desayunar; la miraba con ojos casi bondadosos durante horas enteras; y por último la mimaba como si fuera de oro. El viejo tonelero se parecía tan poco a sí mismo, temblaba de tal manera ante su hija, que Nanon y los cruchotistas, testigos de su debilidad, lo atribuyeron a su edad avanzada y temían por ello que hubieran mermado sus facultades; el día en que la familia se

puso de duelo, sin embargo, tras la comida a la que fue invitado el notario Cruchot, que era el único que conocía el secreto de su cliente, la conducta del buen hombre halló explicación.

—Querida hija —dijo a Eugénie cuando hubieron despejado la mesa y una vez las puertas estuvieron cuidadosamente cerradas—, eres heredera de tu madre y hay algunos asuntos que debemos resolver entre tú y yo. ¿No es así, Cruchot?

—Sí.

—¿Es necesario que hablemos de ello hoy, padre?

—Sí, sí, hijita. No podría vivir en la incertidumbre en que me hallo. No creo que desees causarme pena.

—¡Oh, padre!

—Pues hay que arreglarlo esta noche.

—¿Qué quiere que haga?

—Eso, hijita, no es asunto mío. Dígaselo, Cruchot.

—Señorita, su señor padre no desea compartir, ni vender sus bienes, ni pagar impuestos por el dinero en efectivo del que dispone, y para ello habría que evitar hacer el inventario de toda la fortuna que a día de hoy se halla indivisa entre usted y su padre...

—Cruchot, ¿está usted seguro de ello para hablar así delante de una chiquilla?

—Déjeme hablar, Grandet.

—Sí, sí, amigo mío. Ni usted ni mi hija pretenden arruinarme. ¿No es así, hijita?

—Pero, señor Cruchot, ¿qué debo hacer? —preguntó Eugénie con impaciencia.

—Pues —dijo el notario—, debería firmar esta acta por la cual renuncia a la herencia de su señora madre y deja a su padre el usufructo de todos los bienes indivisos entre ustedes dos, de los que le garantiza la nuda propiedad...

—No entiendo nada de lo que me explica —respondió Eugénie—, pero deme el acta y dígame dónde debo firmar.

Grandet miraba alternativamente el acta y a su hija, a su hija y el acta, sintiendo tan fuertes emociones que tuvo que enjugarse algunas gotas de sudor que habían aparecido en su frente.

—Hijita —dijo él—, en lugar de firmar esa acta que costará un dineral registrar, si quisieras renunciar pura y simplemente a la herencia de tu pobre y querida madre difunta, y confiar en mí en el futuro, me complacería más. En tal caso, cada mes te pagaría una renta de cien francos. Así podrías pagar cuantas misas quisieras a esos para quienes las haces decir... ¿Qué te parece, cien francos al mes, en libras?

—Haré lo que usted desee, padre.

—Señorita —dijo el notario—, es mi obligación hacerle observar que se despoja usted de...

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Y qué más me da?

—Cállese, Cruchot. Lo dicho, dicho está —exclamó Grandet asiendo la mano de su hija y haciéndola chocar contra la suya—. Eugénie, no te vas a echar atrás, ¿verdad? ¿Eres una chica honrada, verdad?

—¡Oh, padre...!

La besó efusivamente y la abrazó hasta casi asfixiarla.

—Hija, le das la vida a tu padre; pero le devuelves lo que te dio: estamos en paz. Así deben ser los negocios. La vida es un negocio. Te bendigo. Eres una muchacha virtuosa que quiere a su papá. Ahora haz lo que desees. Hasta mañana, Cruchot —dijo mirando al estupefacto notario—. Ocúpese de preparar el acta de renuncia en el juzgado.

Al día siguiente, alrededor de mediodía, tuvo lugar la firma de la declaración por la cual Eugénie se expoliaba a sí misma de sus bienes. Sin embargo, transcurrido un año, y a pesar de haber dado su palabra, el viejo tonelero no le había dado aún a su hija ni un céntimo de los cien francos mensualmente prometidos, y cuando esta le habló de ello amablemente, no pudo evitar sonrojarse; subió rápidamente a su gabinete, volvió, y le presentó alrededor de una tercera parte de las joyas de su sobrino con las que se había quedado.

—Ten, pequeña —dijo con un acento cargado de ironía—, ¿quieres esto en lugar de tus mil doscientos francos?

—¡Oh, padre! ¿De verdad me lo da?

—Te daré otro tanto el año próximo —dijo arrojándole las joyas sobre su delantal—. Así, en poco tiempo, tendrás todas sus baratijas —añadió frotándose las manos, feliz de poder especular con los sentimientos de su hija.

A pesar de todo, y aunque aún era un hombre robusto, el anciano sintió la necesidad de iniciar a su hija en los secretos de la administración del hogar. Durante dos años consecutivos, hizo que preparara en su presencia el menú de la casa y cobrara las rentas. Le enseñó lenta y sucesivamente los nombres y el contenido de sus tierras y sus granjas. Hacia el tercer año, la había amoldado tanto a sus formas de avaricia y había llegado a convertirlas en costumbres de ella misma, que le confió sin temor las llaves de la despensa y la convirtió en señora de la casa.

Pasaron cinco años sin que acontecimiento alguno señalara la monótona existencia de Eugénie y de su padre. Constantemente se repitieron los mismos actos llevados a cabo con la cronométrica regularidad de los movimientos del viejo reloj de pared. La profunda melancolía de la señorita Grandet no era un secreto para nadie pero, aunque cualquiera pudiera aventurar la causa, jamás una palabra suya justificó las sospechas que en todos los círculos de Saumur corrían acerca del estado del corazón de la rica heredera. Su única compañía la integraban los tres Cruchot y algunos amigos de estos a los que sigilosamente habían introducido en la casa. La habían enseñado a jugar al *whist* y cada noche iban a jugar una partida. El año 1827, su padre, al sentir el peso de sus achaques, se vio obligado a iniciarla en los secretos de su fortuna territorial y le decía que en caso de dificultad se dirigiera al notario Cruchot, cuya probidad estaba fuera de duda. Luego, a finales de ese mismo año, el buen hombre, a la edad de ochenta y dos años, se vio afectado por una parálisis que progresó rápidamente. El señor Bergerin condenó a Grandet. Al pensar que pronto se hallaría sola en el mundo, Eugénie se mantuvo, por así decirlo, aún más cerca de su padre y ciñó con más fuerza ese anillo de afecto. En sus pensamientos, como en los de cualquier mujer enamorada, el amor era el mundo entero, y Charles no estaba allí. Fue generosa en los cuidados y atenciones hacia su padre, cuyas facultades comenzaban a menguar pero cuya avaricia sobrevivía instintivamente. Por ello la muerte de aquel hombre no contrastó en absoluto con su vida. De buena mañana se hacía llevar entre la chimenea de su habitación y la puerta de su gabinete, sin duda a rebosar de oro. Se quedaba allí sin hacer movimiento alguno, pero observaba alternativamente a cuantos iban a visitarlo y la puerta blindada de hierro. Exigía explicaciones del menor ruido que oía y, para estupor del notario, hasta oía los bostezos de su perro en el patio. Despertaba de su aparente estupor el día y a la hora en que debía recibir los diezmos de sus fincas, cuadrar cuentas con los aparceros o firmar los recibos. Impelía entonces su silla de ruedas hasta llegar frente a la puerta de su gabinete. Hacía que su hija la abriera y se mantenía en guardia hasta que esta guardaba en secreto las bolsas de dinero apiladas unas sobre otras y cerraba a su vez la

puerta. Luego regresaba a su lugar habitual silenciosamente en cuanto su hija le había devuelto la preciada llave, guardada siempre en el bolsillo de su chaleco y que palpaba de vez en cuando. Su viejo amigo el notario, presintiendo que la rica heredera forzosamente se casaría con su sobrino, el presidente, si Charles Grandet no regresaba, se volcó en los cuidados y atenciones: iba a diario a ponerse a las órdenes de Grandet, siguiendo sus instrucciones visitaba Froidfond, sus tierras, prados y viñedos, vendía las cosechas y lo transmutaba todo en oro y plata que en secreto iban a reunirse con los sacos apilados en el gabinete. Llegaron finalmente los días de agonía, durante los cuales la sólida armazón del buen hombre se enfrentó a la destrucción. Quiso permanecer sentado junto al fuego, frente a la puerta de su gabinete. Agarraba y arrebujaba las mantas con las que lo cubrían y decía a Nanon:

—Cógelas, cógelas para que no me roben.

Cuando alcanzaba a abrir los ojos, en los que se había refugiado toda su vida, los volvía de inmediato hacia la puerta del gabinete donde se almacenaban sus tesoros y le decía a su hija, con una voz que delataba su pánico:

—¿Están ahí? ¿Siguen ahí?

—Sí, padre.

—Vigila el oro, el oro es más importante que yo mismo.

Eugénie le extendía luisas sobre una mesa y él pasaba horas enteras con la mirada fija en los luisas, como un chiquillo que, cuando comienza a ver, contempla embobado el mismo objeto: y, al igual que a un niño, se le escapaba una sonrisa lastimosa.

—¡Eso me hace entrar en calor! —decía a veces, y en su rostro se dibujaba una expresión de beatitud.

Cuando el cura de la parroquia fue a administrarle la extremaunción, sus ojos, aparentemente muertos desde hacía ya unas horas, se reavivaron a la vista de la cruz, los candelabros y la pila de agua bendita de plata que miró fijamente, y su lupia se estremeció por última vez. Cuando el cura le aproximó a los labios el crucifijo sobredorado para que besara a Cristo, hizo un gesto lamentable para tratar de apropiarse del mismo y ese último esfuerzo le costó la vida, llamó a Eugénie, a la que no veía aunque esta se hallara arrodillada frente a él y bañara con sus lágrimas una mano ya fría.

—Padre, ¿me da su bendición? —suplicó ella.

—Ocúpate de todo. Ya me rendirás cuentas en el otro mundo —dijo, probando con esas últimas palabras que el cristianismo es la religión de los avaros.

Eugénie Grandet se halló así sola en el mundo en aquella casa, y pudiendo contar solo con Nanon, que con una simple mirada la comprendía. Nanon, la única persona que la amaba por ella misma y con la que podía hablar de sus penas. La larguirucha Nanon era una providencia para Eugénie y así dejó de ser una criada para convertirse en humilde amiga. Tras la muerte de su padre, Eugénie supo por el notario Cruchot que poseía trescientas mil libras de rentas de bienes raíces en los alrededores de Saumur, seis millones invertidos al tres por ciento en títulos de sesenta francos que se pagaban entonces a setenta y siete francos; más dos millones en oro y cien mil francos en escudos, sin contar los atrasos pendientes de cobrar. La estimación total de sus bienes rondaba los diecisiete millones.

«¿Dónde está mi primo?», se preguntó ella.

El día en que el notario Cruchot le entregó a su clienta el detalle de la herencia, contante y sonante, Eugénie se quedó a solas con Nanon, sentadas a uno y otro lado de la chimenea de aquella sala tan vacía, donde todo eran recuerdos, desde la silla con peanas donde se sentaba su madre hasta el vaso en el que había bebido su primo.

—Nanon, nos hemos quedado solas...

—Sí, señorita; y si supiera dónde está ese buen mozo, yo misma iría a buscarlo andando...

—El mar nos separa... —dijo.

Mientras la pobre heredera lloraba así en compañía de la vieja sirvienta, en aquella casa fría y sombría que para ella representaba el universo entero, desde Nantes a Orleans no se hablaba de otra cosa que de los diecisiete millones de la señorita Grandet. Uno de los primeros actos fue otorgarle a Nanon una renta vitalicia de mil doscientos francos y así esta, que ya disponía de otros seiscientos francos, se convirtió en un buen partido. En menos de un mes pasó del estado de soltera al de casada bajo la protección de Antoine Cornoiller, que fue designado guarda general de las tierras y propiedades de la señorita Grandet. La señora Cornoiller contó con una inmensa ventaja sobre sus coetáneas. Aunque ya tuviera cincuenta y nueve años^[66], no aparentaba más de cuarenta. Su rasgos marcados habían resistido el paso del tiempo. Gracias al régimen monacal de su vida, desafiaba a la vejez con una tez rosácea y una salud de hierro. Tal vez jamás hubiera estado mejor que el día de sus esponsales. Se benefició de su fealdad y se presentó gorda, rolliza, robusta y con un aire de felicidad en su indestructible rostro que hizo que algunas personas envidiaran la suerte de Cornoiller. «¡Qué buen color tiene!», dijo el pañero. «Puede dar hijos, y se ha conservado en salmuera, con el debido respeto», dijo el comerciante de sal. «Es rica y el Cornoiller se ha llevado el gato al agua», dijo otro vecino. Al salir de la vieja mansión, Nanon, a quien todo el vecindario apreciaba, no recibió más que cumplidos mientras recorría la calle tortuosa para dirigirse a la parroquia. Como regalo de boda, Eugénie le dio tres docenas de cubiertos. Cornoiller, sorprendido ante tamaña magnificencia, hablaba de su señora con lágrimas en los ojos: se hubiera dejado matar por ella. La señora Cornoiller, convertida en la mujer de confianza de Eugénie, sintió pareja felicidad por ello que por poseer un marido. Tenía por fin una despensa que podía abrir y cerrar, y provisiones que distribuir de buena mañana como hacía su difunto amo. Luego tuvo que dirigir a dos sirvientas, una cocinera y una camarera encargada de la ropa de la casa y de los vestidos de la señorita. Cornoiller reunió las funciones de guarda y administrador. Es inútil decir que la cocinera y la camarera elegidas por Nanon eran unas verdaderas «perlas». La señorita Grandet contó así con cuatro personas a su servicio con una ilimitada abnegación. Por ello, los aparceros ni siquiera advirtieron la muerte del buen hombre, tan severos eran los principios de administración meticulosamente aplicados por el señor y la señora Cornoiller.

A sus treinta años, Eugénie ignoraba aún todas las felicidades de la vida. Su pálida y triste infancia había transcurrido junto a una madre cuyo corazón herido e ignorado solo había sufrido. Al abandonar su existencia con alegría, esa madre se compadeció de que su hija debiera vivir, y dejó en su alma ligeros remordimientos y eternos desengaños. El primero, el único amor de Eugénie era para ella fuente de melancolía. Tras haber entrevistado a su amado durante unos días, le había entregado su corazón entre dos besos furtivamente aceptados y recibidos; luego, este se había marchado, poniendo un mundo entero entre él y ella. Ese amor, maldecido por su padre, casi le había costado la vida a su madre y solo le causaba dolores entremezclados con frágiles esperanzas. Así se había dirigido en pos de la felicidad hasta entonces, extenuándose, sin reponer fuerzas. Tanto en la vida moral como en la física hay una aspiración y una respiración; el alma necesita absorber los sentimientos de otra alma, asimilarlos para devolvérselos a su vez enriquecidos. Sin ese bello fenómeno humano, no habría vida para el corazón; le faltaría aire, sufriría y moriría. Eugénie comenzaba a sufrir. Para ella, la fortuna no suponía ni poder ni consuelo; solo podía existir

gracias al amor, la religión y su fe en el porvenir. El amor le explicaba la eternidad. Su corazón y el Evangelio le mostraban dos mundos que alcanzar. De noche y de día se sumergía en dos pensamientos infinitos que tal vez para ella no fueran más que uno. Se retraía en sí misma, amante y creyéndose amada. Desde hacía siete años, su pasión se había adueñado de todo. Sus tesoros no eran los millones cuyos réditos se amontonaban sino el estuche de Charles y los dos retratos colgados de su cama, las joyas compradas a su padre, extendidas con orgullo sobre una capa de guata en un cajón del arcón, el dedal de su tía que su madre había utilizado y que a diario empuñaba para trabajar en un bordado, labor de Penélope, iniciado únicamente para ponerse en el dedo aquel oro cargado de recuerdos. No parecía verosímil que la señorita Grandet quisiera casarse mientras llevara luto. Su sincera devoción era conocida por todos. Por ello la familia Cruchot, cuya política estaba sabiamente dirigida por el viejo cura, se limitó a rodear a la heredera, ofreciéndole cuidados de lo más cariñosos. En su casa, la sala se llenaba cada noche de un grupo compuesto por los más enardecidos y los más abnegados cruchotistas de la comarca, que se esforzaban en cantar las alabanzas de la señora de la casa en los tonos más variados. Contaba con médico de cámara, limosnero mayor, chambelán, primera dama de honor, primer ministro, y sobre todo con un canciller, un canciller que quería decirselo todo. Si la heredera hubiera deseado que alguien le llevara la cola, habrían encontrado a alguien para hacerlo. Era una reina, y la más adulada de todas las reinas. El halago nunca surge de las grandes almas, es propio de mentes estrechas que logran empequeñecerse aún más para mejor adentrarse así en la esfera vital de la persona alrededor de la cual gravitan. La adulación sobreentiende un interés y por ello las personas que cada noche amueblaban la sala de la señorita Grandet, a la que todos llamaban señorita de Froidfond, la cubrían de lisonjas. Ese concierto de elogios, desconocidos para Eugénie, primero la hizo sonrojarse, pero insensiblemente, y por groseros que fueran los cumplidos, su oído se acostumbró tanto a que loaran su belleza que si a un recién llegado le hubiera parecido fea, ese reproche la hubiera afectado más entonces que ocho años antes. Finalmente acabó por apreciar aquellos piropos que en secreto ponía a los pies de su ídolo. Se acostumbró poco a poco a dejarse tratar como una soberana y a ver su corte repleta cada noche. El señor presidente de Bonfonds era el héroe de ese pequeño círculo en el que su ingenio, su persona, su instrucción y su inagotable amabilidad eran elogiados. Uno hacía observar que desde hacía siete años había incrementado su fortuna notablemente; que Bonfonds contaba con una renta de por lo menos diez mil libras y, al igual que todos los bienes de los Cruchot, se hallaba enclavado en los vastos dominios de la heredera.

—¿Sabe, señorita —decía uno de los habituales—, que los Cruchot disponen de una renta de cuarenta mil libras?

—Además de sus ahorros —proseguía una veterana cruchotista, la señorita de Gribeaucourt—. Un caballero de París vino recientemente a ofrecerle al señor Cruchot doscientos mil francos por su notaría. Si lo nombran juez de paz tendrá que venderla.

—Quiere suceder al señor de Bonfonds en la presidencia del tribunal, y toma sus precauciones —respondió la señora d'Orsonval—, puesto que el señor presidente ascenderá a consejero y luego a presidente de la Audiencia, y cuenta con los recursos para lograrlo.

—Sí, es un hombre muy distinguido —decía otro—. ¿No le parece, señorita?

El señor presidente había tratado de adaptarse al papel que deseaba desempeñar. A pesar de sus cuarenta años, a pesar de su rostro moreno y poco atractivo, ajado como casi todas las fisonomías judiciales, vestía de manera juvenil, jugueteaba con un bastón de junco, no tomaba tabaco en casa de la señorita de Froidfond, y llegaba siempre con corbata

blanca y una camisa con una pechera muy plisada que le daba unos aires de familia con esos individuos del tipo pavo. Hablaba con familiaridad a la bella heredera y le decía: «¡Nuestra querida Eugénie!». A fin de cuentas, y dejando de lado el número de personajes, sustituyendo la lotería por el *whist* y suprimiendo las figuras de la señora y del señor Grandet, la escena con que comienza esta historia era más o menos igual que en el pasado. La jauría aún daba caza a Eugénie y a sus millones, pero al ser la jauría más numerosa, ladraba más y cercaba a Eugénie en grupo. Si Charles hubiera llegado de los confines de las Indias, se habría encontrado con los mismos personajes e idénticos intereses. La señora des Grassins, para la cual Eugénie tenía una bondad y una gracia sin par, persistía en atormentar a los Cruchot. Pero entonces, como antaño, la figura de Eugénie destacaba en la escena y, como antaño, Charles habría sido allí también el soberano. Por lo menos había un progreso. El ramo con que hasta entonces el presidente obsequiaba a Eugénie el día de su cumpleaños se había convertido en un regalo periódico. Cada noche le llevaba a la rica heredera un magnífico ramo de gran tamaño que la señora Cornoiller ponía ostensiblemente en un jarrón en la sala y arrojaba en secreto en un rincón del patio en cuanto se habían marchado los invitados. A principios de la primavera, la señora des Grassins trató de enturbiar la felicidad de los Cruchot hablando a Eugénie del marqués de Froidfond, cuya casa arruinada podría enderezarse si la heredera decidiera devolverle sus tierras mediante un contrato de matrimonio. La señora des Grassins mencionaba el título de par y el de marquesa e, interpretando equivocadamente la sonrisa de desdén de Eugénie como una aprobación, proseguía diciendo que el matrimonio con el señor presidente Cruchot no estaba tan avanzado como se creía.

—Aunque el señor de Froidfond tenga cincuenta años —decía—, no parece mayor que el señor Cruchot; es viudo y tiene dos hijos, es cierto, pero es marqués, será par de Francia y, en los tiempos que corren, vaya usted a saber dónde puede conseguirse un matrimonio de tanta alcurnia. Sé a ciencia cierta que el tío Grandet, al reunir todos sus bienes con las tierras de Froidfond, tenía la intención de injertarse en los Froidfond. Me lo dijo varias veces. Era astuto, el buen hombre.

—¿Cómo puede ser, Nanon —dijo una noche Eugénie al acostarse— que no me haya escrito ni una sola vez en siete años...?

Mientras en Saumur sucedían esas cosas, Charles hacía fortuna en las Indias. Su pacotilla se vendió muy bien. Pronto acumuló una suma de seis mil dólares. El bautismo de la línea ecuatorial le hizo perder muchos de sus prejuicios; se dio cuenta de que, en las regiones intertropicales, al igual que en Europa, la mejor manera para hacer fortuna era comprar y vender hombres. Así, se fue a las costas de África y se dedicó al tráfico de esclavos, aunando a su comercio de hombres el de las mercancías que con mayor margen se podían vender en los diversos mercados a los que sus intereses lo conducían. Desplegó tanta actividad en sus negocios que no disponía ni de un momento libre. Lo dominaba la idea de reaparecer en París aureolado con el resplandor de una inmensa fortuna y de alcanzar una posición aún más alta que aquella desde la que había caído. A fuerza de correr entre los hombres y por los países, de observar las costumbres opuestas, sus ideas cambiaron y se volvió escéptico. Ya no tenía nociones inamovibles sobre lo justo y lo injusto, pues en un país se calificaba de crimen lo que en otro constituía una virtud. En el perpetuo contacto con los intereses, su corazón se fue enfriando, se contrajo y se secó. La sangre de los Grandet fue fiel a su destino. Charles se volvió duro, violento en el combate, vendió chinos, negros, nidos de golondrina, niños y artistas, y se dedicó a la usura. La costumbre de defraudar los aranceles aduaneros lo volvió menos escrupuloso con los

derechos del hombre. Iba a la isla de Santo Tomás a comprar a bajo precio las mercancías robadas por los piratas y las llevaba a destinos donde escaseaban. Si el noble y puro rostro de Eugénie lo acompañó en su primer viaje cual esas imágenes de la Virgen que los marinos españoles llevan en sus barcos, y si atribuyó sus primeros éxitos a la mágica influencia de las plegarias y los votos de aquella dulce muchacha, más adelante negras, mulatas, blancas, javanesas o bailarinas indias, sus orgías de todos los colores y las aventuras vividas en varios países, borraron por completo el recuerdo de su prima de Saumur, de la casa, del banco y del beso en el pasillo. Solo recordaba el pequeño jardín rodeado por vetustos muros porque allí comenzó su destino azaroso; pero renegaba de su familia: su tío era un viejo perro que lo había despojado de sus joyas; Eugénie no tenía lugar ni en su corazón ni en sus sentimientos, únicamente ocupaba un lugar en sus negocios como acreedora de una suma de seis mil francos. Esa conducta y esas ideas explican el silencio de Charles Grandet. En las Indias, en Santo Tomás, en la costa de África, en Lisboa y en Estados Unidos, el especulador, para no comprometer su propio nombre, había adoptado el seudónimo de Sepherd. Carl Sepherd podía mostrarse sin peligro en cualquier lugar infatigable, audaz, ávido, como un hombre que, resuelto a hacer fortuna *quibuscumque viis*, se apresura a acabar con la infamia para ser un hombre honrado durante el resto de sus días. Con semejante sistema, su fortuna fue rápida y brillante. En 1827 volvió a Burdeos a bordo del *Marie-Caroline*, un bello bergantín propiedad de una empresa comercial monárquica. Poseía un millón novecientos mil francos en tres toneles bien enarcados de los que esperaba sacar un siete u ocho por ciento al convertirlos en moneda en París. En aquel bergantín viajaba igualmente un gentilhomme ordinario de la cámara de Su Majestad Carlos X, el señor d'Aubrion, un agradable anciano que había cometido la locura de casarse con una mujer a la moda y cuya fortuna se hallaba en las Antillas. Para remediar la prodigalidad de la señora d'Aubrion, había ido a vender sus propiedades. El señor y la señora d'Aubrion, de la casa d'Aubrion-de-Busch, cuyo último capital^[67] falleció antes de 1789, con una renta reducida a unas veinte mil libras, tenían una hija bastante fea a la que la madre quería casar sin dote, pues su fortuna apenas les llegaba para vivir en París. A pesar de la habilidad que se atribuye a las mujeres a la moda, era una empresa cuyo éxito se le habría antojado difícil a cualquier persona. La propia señora d'Aubrion, al ver a su hija, comenzaba a perder la esperanza de colocarla aunque fuera a un hombre ebrio de nobleza. La señorita d'Aubrion era una damisela larga como una libélula, flaca, endeble, de boca desdeñosa sobre la que descendía una nariz demasiado larga y abultada en el extremo, amarillenta en su estado normal pero completamente colorada tras las comidas, una especie de fenómeno vegetal más desagradable aun en medio de un rostro pálido y aburrido que en cualquier otro. Era tal y como podía deseársela una madre de treinta y ocho años que, bella aún, todavía tenía pretensiones. Para compensar tales desventajas, sin embargo, la marquesa d'Aubrion le había dado a su hija un porte distinguido, la maquillaba para mantener provisionalmente un razonable tono de carne en la nariz, la había pulido en vestirse con gusto, le había dado maneras distinguidas, la había instruido en esas miradas melancólicas que atraen a un hombre y le hacen creer que va a encontrar al ángel hasta entonces buscado en vano; la había aleccionado en la maniobra del pie, que consistía en avanzarlo ex profeso para que se admirara su pequeñez en el momento en que la nariz cometía la impertinencia de volverse colorada; en resumidas cuentas, había sacado buen provecho de su hija. Gracias a mangas anchas, corsés engañosos, vestidos abullonados y cuidadosamente rellenos, y un corpiño a alta presión, había logrado productos femeninos tan curiosos que hubiera debido donar a un museo para instrucción de las madres. Charles

entabló relación con la señora d'Aubrion, que precisamente no deseaba otra cosa. Varias personas pretenden incluso que, durante la travesía, la bella señora d'Aubrion no desdeñó ningún recurso para capturar a un yerno tan acaudalado. Al desembarcar en Burdeos, el mes de junio de 1827, el señor, la señora y la señorita d'Aubrion y Charles se alojaron juntos en el mismo hotel y partieron juntos hacia París. El palacete de los D'Aubrion estaba sepultado por hipotecas y Charles debía saldarlas. La madre ya había comentado lo feliz que sería al ceder la planta baja a su yerno y a su hija. Dado que no compartía los prejuicios del señor d'Aubrion respecto a la nobleza, había prometido a Charles Grandet obtener de Carlos X una orden real que lo autorizaría, a él, un Grandet, a llevar el nombre de D'Aubrion, a adoptar el escudo de armas y a suceder, tras la constitución de un mayorazgo de treinta y seis mil libras de renta, a Aubrion, con el título de conde de Buch y marqués d'Aubrion. Uniendo sus fortunas, viviendo en buena armonía, y con algunas sinecuras, en el palacete de D'Aubrion podrían reunir unas rentas de ciento y pico mil libras.

—Y con cien mil libras de renta, un apellido y una familia, y estando en la corte, porque haré que os nombren gentilhombre de cámara, se puede llegar a ser lo que uno desee —decía ella a Charles—. Podrá ser relator del Consejo de Estado, prefecto, secretario de embajada o embajador. Carlos X aprecia mucho a D'Aubrion, y se conocen desde la infancia.

Ebrio de ambición por aquella mujer, Charles había acariciado en el curso de la travesía todas esas esperanzas que le presentó una mano hábil bajo forma de confidencias de corazón a corazón. Dando por supuesto que su tío habría liquidado los negocios de su padre, se veía de golpe instalado en el barrio de Saint-Germain, donde por aquel entonces todo el mundo quería acomodarse y donde, a la sombra de la nariz morada de la señorita Mathilde, reaparecería como conde d'Aubrion, al igual que los Dreux reaparecieron un día en Bréze^[68]. Deslumbrado por la prosperidad de la Restauración, tambaleante a su marcha, y cautivado por el brillo de las ideas aristocráticas, la embriaguez que de él se había apoderado a bordo del barco se mantuvo en París, donde decidió hacer cuanto estuviera en su mano para alcanzar la alta posición que su egoísta suegra le hacía entrever. Su prima ya no era para él más que un punto en el espacio de aquella brillante perspectiva. Fue a ver a Annette. Como mujer de mundo, Annette aconsejó firmemente a su antiguo amante que contrajera aquella alianza y le prometió su apoyo en todas sus ambiciosas empresas. Annette estaba feliz de hacer que Charles se casara con una muchachita fea y aburrida, pues su estancia en las Indias lo había vuelto muy atractivo: su tez se había bronceado, sus maneras se habían vuelto firmes, osadas, como las de un hombre habituado a decidir, dominar y triunfar. Charles respiró más tranquilo en París cuando vio que podía desempeñar un papel. Des Grassins, al tener noticia de su regreso, de su próxima boda y de su fortuna fue a verlo para hablarle de las trescientas mil libras con que podía saldar las deudas de su padre. Halló a Charles reunido con el joyero al que había encargado las alhajas para el regalo de boda de la señorita d'Aubrion, y que le mostraba los bocetos de las mismas. A pesar de los magníficos diamantes que Charles había traído de las Indias, la mano de obra, la platería y la orfebrería sólida y fútil del ajuar de la joven pareja ascendían a más de doscientos mil francos. Charles recibió a Des Grassins, a quien no reconoció, con la impertinencia de un joven a la moda que, en las Indias, había matado a cuatro hombres en varios duelos. Era ya la tercera vez que el señor des Grassins iba a verlo y Charles lo escuchó con frialdad y luego le respondió, sin haberlo comprendido bien:

—Los negocios de mi padre no son asunto mío. Le estoy muy agradecido, caballero, por las molestias que se ha tomado pero para mí son inútiles. No he ganado casi dos

millones con el sudor de mi frente para echárselos a los acreedores de mi padre.

—¿Y si su padre fuera declarado en quiebra dentro de unos días?

—Caballero, dentro de unos días me llamaré conde d'Aubrion, así que entenderá que me sea completamente indiferente. Además, sabe usted mejor que yo que cuando un hombre tiene cien mil libras de renta su padre nunca puede ir a la quiebra —añadió empujando delicadamente al señor des Grassins hacia la puerta.

A principios del mes de agosto de ese año, Eugénie se hallaba sentada en el pequeño banco de madera donde su primo le había jurado amor eterno y adonde iba a desayunar cuando hacía buen tiempo. La pobre chica se deleitaba en aquel momento, en una mañana fresca y alegre, recordando los grandes y los pequeños acontecimientos de su amor, y las catástrofes ocurridas luego. El sol iluminaba el trozo de muro agrietado, casi en ruinas, que la lunática heredera había prohibido tocar, aunque Cornoiller repetía a menudo a su mujer que un día acabarían aplastados bajo sus piedras. En aquel momento, el cartero llamó a la puerta y entregó una carta a la señora Cornoiller, que fue al jardín gritando:

—¡París! ¡Es de él! ¡Ha vuelto!

Eugénie palideció y sostuvo la carta entre sus manos unos instantes. Su corazón latía demasiado apresuradamente como para poder abrir el sobre y leerla. Nanon permaneció de pie junto a ella, con las manos en las caderas y la alegría parecía escapar como el humo por las grietas de su rostro moreno.

—Vamos, léala, señorita...

—¡Ah, Nanon! ¿Por qué habrá regresado por París si se fue por Saumur?

—Léala y lo sabrá.

Eugénie abrió la carta temblando. Del sobre cayó una orden de pago contra la casa «Señora des Grassins y Corret» de Saumur. Nanon la recogió.

Querida prima...

«Ya no me llama Eugénie», pensó. Y sintió el corazón en un puño.

Usted...

«¡Si me tuteaba!»

Se cruzó de brazos y no se atrevió a leer la carta, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Ha muerto? —preguntó Nanon.

—En tal caso no escribiría —dijo Eugénie.

Leyó entera la siguiente carta.

Querida prima:

Se alegrará, así lo espero, del éxito de mis empresas. Me dio usted suerte, he regresado rico y he seguido los consejos de mi tío, cuya muerte así como la de mi tía acaba de comunicarme el señor des Grassins. La muerte de nuestros padres forma parte de la naturaleza y debemos sucederles. Espero que a día de hoy ya se haya consolado usted. Nada resiste al paso del tiempo, yo mismo lo he sentido. Sí, querida prima, desgraciadamente para mí, el momento de las ilusiones ya ha quedado atrás. ¿Qué quiere que le diga? A lo largo de mis viajes por numerosos países he reflexionado sobre la vida. Del niño que era al partir, soy ya un hombre a mi regreso. Hoy pienso en muchas cosas que antes ni pasaban por mi cabeza. Es usted libre, prima, y yo aún soy libre; nada impide, aparentemente, llevar a cabo nuestros pequeños proyectos; pero soy de carácter demasiado leal como para ocultaros la situación de mis asuntos. No he olvidado que no me pertenezco; en mis largas travesías siempre me he acordado del pequeño banco de madera...

Eugénie se puso en pie como si anduviera sobre brasas ardientes y fue a sentarse en uno de los escalones del patio.

... del pequeño banco de madera donde nos juramos amarnos para siempre, del pasillo, de la sala gris, de mi habitación abuhardillada y de la noche en que, gracias a su delicada amabilidad, mi futuro se volvió más fácil. Sí, esos recuerdos me han infundido coraje y me decía que usted siempre pensaba en mí al igual que yo pensaba a menudo en usted, a la hora convenida entre nosotros. ¿Ha contemplado las nubes a las nueve? Sí, ¿verdad? Por ello no deseo traicionar una amistad que para mí es sagrada; no, no puedo seguir engañándola. Para mí se trata en este momento de una alianza que satisface todas las ideas que me he hecho acerca del matrimonio. El amor, en el matrimonio, es una quimera. Hoy mi experiencia me dice que hay que cumplir todas las leyes sociales y reunir todas las conveniencias a las que todo el mundo aspira al casarse. Entre nosotros existe una diferencia de edad que, tal vez, influiría sobremanera en su porvenir, querida prima, más que en el mío. No le hablaré de sus costumbres, ni de su educación, ni de sus hábitos, que nada tienen que ver con la vida en París, y a buen seguro no encajarían con mis proyectos ulteriores. Entre mis planes figura disponer de una casa a todo lujo en la que poder recibir a mucha gente y si mal no recuerdo creo que usted prefería una vida dulce y tranquila. No, le seré muy franco, y quiero hacerla árbitro de mi situación; tiene derecho a conocerla y tiene derecho a juzgarla. Hoy poseo ochenta mil libras de renta. Esa fortuna me permite unirme a la familia D'Aubrion cuya heredera, una joven de diecinueve años, me aporta por matrimonio su apellido, un título, el cargo de gentilhombre honorario de cámara de Su Majestad y una posición brillante. Le confesaré, querida prima, que no amo lo más mínimo a la señorita d'Aubrion; por su alianza, sin embargo, aseguro a mis hijos una situación social cuyas ventajas en un futuro serán incalculables: día a día las ideas monárquicas ganan favor. Por ello, dentro de unos años, mi hijo, convertido en marqués d'Aubrion, con un mayorazgo de cuarenta mil libras de renta, podrá ocupar el cargo que le plazca en el Estado. Nos debemos a nuestros hijos. Ya ve, prima, con qué buena fe le expongo la situación de mi corazón, de mis esperanzas y de mi fortuna. Es posible que por su lado haya olvidado nuestras chiquilladas tras siete años de ausencia; yo, sin embargo, no he olvidado ni su indulgencia ni mis palabras; las recuerdo todas, incluso las dichas a la ligera y en las que un joven menos concienzudo que yo, con un corazón menos joven y menos probo, ni siquiera pensaría. Al decirle que me dispongo a casarme por conveniencia y que aún recuerdo nuestros amores de niños, me pongo por entero en manos de su discreción, la hago a usted dueña de mi destino y le digo que, si debo renunciar a mis ambiciones sociales, me conformaré de buen agrado con esa sencilla y pura felicidad de la que tan emotivas imágenes me ha ofrecido...

«Tan, ta, ta. - Tan, ta, ti. - Tin, ta, ta. - ¡Tun! - Tun, ta, ti. - Tin, ta, ta...», etcétera, cantó Charles Grandet con la melodía de *Non più andrai*^[69], mientras firmaba:

Su abnegado primo,
CHARLES

«¡Por Dios, cuántos refinamientos!», se dijo para sí. Y había cogido la orden de pago y añadido lo siguiente:

P. S.: Adjunto a mi carta una orden de pago contra la casa Des Grassins, a su nombre y por un valor de ocho mil francos pagadero en oro, que comprende los intereses y el capital de la suma que tuvo la bondad de prestarme. Espero que llegue de Burdeos una caja que contiene algunos objetos que me permitirá obsequiarle como prueba de mi eterna gratitud. Puede expedir con la diligencia mi estuche de aseo al palacete D'Aubrion, en la calle Hillerin-Bertin.

—¡Con la diligencia! —exclamó Eugénie—. ¡Una cosa por la que hubiera dado mil veces mi vida!

Un desastre espantoso y absoluto. El barco se hundía sin dejar ni un cabo ni una tabla sobre el vasto océano de las esperanzas. Al verse abandonadas, algunas mujeres arrancan a su amado de los brazos de una rival, la matan y huyen al fin del mundo, acaban en el patíbulo o en la tumba. Eso, sin duda, es hermoso; el móvil de semejante crimen es una sublime pasión que incluso infunde respeto a la Justicia humana. Otras mujeres agachan la cabeza y sufren en silencio; se arrastran moribundas y resignadas, llorosas y perdonando, rezando y recordando hasta el último suspiro. Eso es amor, el amor verdadero, el amor de los ángeles, el amor orgulloso que vive de su dolor y muere de ello. Tal fue el sentimiento de Eugénie tras leer aquella horrible carta. Alzó su mirada al cielo, pensando en las últimas palabras de su madre que, al igual que algunos moribundos, había visto el futuro con una mirada penetrante y lúcida; luego Eugénie, al recordar esa muerte y esa vida profética, abarcó con una mirada su destino entero. Ya no podía hacer más que desplegar sus alas, dirigirse hacia el cielo y vivir rezando hasta el día de su liberación.

—Mi madre llevaba razón —dijo llorando—. Sufrir y morir.

Fue a paso lento desde el jardín a la sala. Contra su costumbre, no pasó por el pasillo; pero halló el recuerdo de su primo en aquel vetusto salón gris sobre cuya chimenea aún había siempre cierto plato que ella utilizaba todas las mañanas para desayunar al igual que el azucarero de porcelana de Sèvres. Aquella mañana sería para ella solemne y estaría repleta de acontecimientos. Nanon le anunció al cura de la parroquia. Ese cura, pariente de los Cruchot, obraba en interés del presidente de Bonfons. Desde hacía algunos días, el viejo cura Cruchot lo había convencido de que hablara a la señorita Grandet en un sentido estrictamente religioso acerca de la obligación que tenía de contraer matrimonio. Al ver a su pastor, Eugénie creyó que venía a buscar los mil francos que ella donaba mensualmente para los pobres y le dijo a Nanon que fuera a buscarlos; el cura, sin embargo, sonrió.

—Hoy, señorita, vengo a hablarle de una pobre chica por la que la ciudad entera de Saumur se interesa y que, carente de caridad para consigo misma, no vive cristianamente.

—¡Dios mío!, señor cura, me halla usted en un momento en que me es imposible pensar en el prójimo pues bastante tengo conmigo misma. Soy muy desdichada y no tengo más refugio que la Iglesia; esta tiene un seno suficientemente amplio para contener todos nuestros dolores y sentimientos tan fecundos que podemos extraerlos sin miedo a agotarlos.

—Pues vea, señorita, que al ocuparnos de esa muchacha nos ocuparemos de usted. Escúcheme. Si quiere conseguir la salvación solo tiene dos caminos, o abandonar el mundo u observar las leyes del mismo. Obedecer su destino terrenal o su destino celestial.

—¡Ah, su voz suena en el momento en que deseaba oír una voz! Sí, Dios lo ha traído aquí, padre. Voy a despedirme del mundo y viviré solo para Dios en silencio y retirada.

—Hija, es necesario que reflexione usted más de una vez acerca de esa disyuntiva. El matrimonio es vida y el velo es una muerte.

—En ese caso, la muerte, la muerte de inmediato, señor cura —dijo ella con estremecedor frenesí.

—¡La muerte, con la de obligaciones que tiene usted que cumplir con la sociedad, señorita! ¿Acaso no es usted la madre de los pobres a los que da ropa, leña en invierno y trabajo en verano? Su gran fortuna es un préstamo que debe devolver, y santamente así lo aceptó. Enterrarse en un convento sería egoísmo, y no debe usted quedarse soltera. En primer lugar, ¿podría administrar usted sola su inmensa fortuna? Tal vez podría perderla.

Podría verse involucrada en mil pleitos y se enzarzaría en inextricables dificultades. Crea a su pastor: un esposo le será útil, debe usted conservar lo que Dios le ha dado. Le hablo como a una oveja querida. Ama usted con demasiada sinceridad a Dios como para no hallar la salvación en el mundo, del que es usted uno de los más bellos ornamentos y al que da santos ejemplos.

En aquel momento, la señora des Grassins se hizo anunciar. Acudía guiada por la venganza y por una profunda desesperación.

—Señorita —dijo—. ¡Ah, si está aquí el señor cura! Callo, venía a hablarle de negocios, pero veo que tiene usted cosas más importantes de que hablar.

—Señora —dijo el cura—, le dejo el campo libre.

—¡Oh, señor cura! —dijo Eugénie—, vuelva usted más tarde, su sostén me es muy necesario en estos momentos.

—Sí, mi pobre hija —dijo la señora des Grassins.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntaron la señorita Grandet y el cura.

—Me he enterado del regreso de su primo y de su boda con la señorita d'Aubrion...

Una mujer nunca lleva una venda en los ojos.

Eugénie se ruborizó y permaneció muda, pero decidió adoptar en adelante el impasible aplomo de su padre.

—Señora, pues yo sí debo de llevar una venda en los ojos —respondió con ironía—, dado que no la comprendo. Hable, hable usted delante del señor cura, ya sabe que es mi confesor.

—Sea, señorita. Vea lo que me ha escrito Des Grassins. Lea.

Eugénie leyó la carta siguiente:

Querida esposa:

Charles Grandet ha regresado de las Indias, está en París desde hace un mes...

«¡Un mes!», se dijo Eugénie, dejando caer la mano.

Tras una pausa, prosiguió la lectura de la carta.

... He tenido que hacer antecámara dos veces antes de poder hablar con ese futuro vizconde d'Aubrion. Aunque todo París hable de su boda y se hayan publicado las amonestaciones...

«Así que me escribía en el momento en que...», se dijo Eugénie. No acabó la frase, ni gritó como una parisina: «¡Qué sinvergüenza!». Pero no por callado su desprecio fue menos absoluto.

... ese matrimonio está lejos de llevarse a cabo; el marqués d'Aubrion no entregará a su hija al hijo de un hombre en bancarrota. Fui a informarle acerca de las medidas que su tío y yo mismo tomamos relativas a los negocios de su padre y de las hábiles maniobras con las que conseguimos tranquilizar a los acreedores hasta el día de hoy. Ese impertinente, ¿no ha tenido las agallas de responderme, a mí, que durante cinco años me he desvelado de noche y de día por sus intereses y por su honor, que los negocios de su padre no son asunto suyo? Un apoderado podría reclamarle treinta o cuarenta mil francos de honorarios, a razón de un uno por ciento sobre el montante de los créditos. Paciencia, sin embargo. Hay una deuda legítima de un millón doscientos mil francos contraída con los acreedores y voy a hacer que declaren a su padre en quiebra. Me embarqué en este asunto bajo palabra de ese caimán de Grandet, y he hecho promesas en nombre de la familia. Si al señor vizconde d'Aubrion le trae sin cuidado su honor, a mí sí me importa el mío. Por ello voy a explicar mi posición a los acreedores. Sin embargo, por respeto a la señorita Eugénie, en cuya alianza habíamos pensado en épocas más felices, no quiero actuar sin que le hayas hablado

de este asunto...

Llegada a ese punto, Eugénie devolvió fríamente la carta sin acabar de leerla.

—Le estoy muy agradecida —dijo a la señora des Grassins—, ya veremos...

—En este momento, tiene la misma voz que su difunto padre —dijo la señora des Grassins.

—Señora, tiene usted que pagarnos ocho mil cien francos en oro^[70] —le dijo Nanon.

—Es cierto, acompáñeme, señora Cornoiller.

—Padre —dijo Eugénie con la noble sangre fría que le confirió el pensamiento que se disponía a expresar—, ¿sería un pecado mantenerse en estado de virginidad en el matrimonio?

—Se trata de un caso de conciencia del que no conozco la solución. Si quiere saber lo que de ello piensa el célebre Sánchez en su *De matrimonio*^[71], puedo decírselo mañana.

Una vez se hubo marchado el cura, la señorita Grandet se dirigió al gabinete de su padre y allí pasó el día sola, sin bajar a cenar, a pesar de la insistencia de Nanon. Apareció por la noche, a la hora en que llegaban los habituales de su círculo. Jamás el salón de los Grandet había estado tan concurrido como en aquella velada. La noticia del retorno y de la torpe traición de Charles había corrido por toda la ciudad. Sin embargo, a pesar de la atenta curiosidad de los visitantes, esta no se vio satisfecha. Eugénie, que ya se esperaba aquello, no dejó traslucir en su rostro sereno ninguna de las crueles emociones que la agitaban. Supo adoptar una faz sonriente para responder a quienes quisieron manifestarle su interés con miradas o palabras melancólicas, y logró ocultar su aflicción bajo el velo de la urbanidad. Hacia las nueve, las partidas iban acabando y los jugadores dejaban las mesas, pagaban y discutían las últimas bazas del *whist* mientras se unían a los corrillos de los que conversaban. En el momento en que la asamblea se puso en pie en masa para abandonar el salón se produjo un golpe de teatro que resonó en Saumur, de allí en todo el distrito y en las cuatro prefecturas de los alrededores.

—Quédese, señor presidente —dijo Eugénie al señor de Bonfons, al ver que este cogía su bastón.

Al oír esas palabras, no hubo nadie en aquella numerosa asamblea que no se emocionara. El presidente palideció y se vio obligado a sentarse.

—El presidente se lleva los millones —dijo la señorita de Gribeaucourt.

—Está claro, el presidente de Bonfons se casará con la señorita Grandet —exclamó la señora d'Orsonval.

—Esta es la mejor baza de la partida —dijo el cura.

—Eso sí que es ganar una mano —dijo el notario.

Todos dijeron la suya y todos hicieron juegos de palabras, todos veían a la heredera en pie sobre sus millones como sobre un pedestal. El drama iniciado nueve años atrás llegaba a su desenlace. Decirle al presidente, ante todo Saumur, que se quedara, ¿no era acaso anunciar que quería convertirlo en su marido? En las ciudades pequeñas, las reglas de urbanidad se observan tan escrupulosamente que semejante infracción constituye una solemne promesa.

—Señor presidente —le dijo Eugénie con la voz tomada por la emoción cuando se hallaron a solas—, sé lo que os gusta de mí. Jure que me dejará libre durante toda mi vida, que no me exigirá ninguno de los derechos que el matrimonio le da sobre mí, y mi mano será suya. ¡Oh! —prosiguió al verlo arrodillarse ante ella—, eso no es todo. No quiero engañarle, caballero. Tengo en mi corazón un sentimiento inextinguible. La amistad será el único sentimiento que podré conceder a mi marido: no quiero ofenderlo ni infringir las

leyes de mi corazón. Pero mi mano y mi fortuna solo serán suyas al precio de un inmenso servicio.

—Estoy dispuesto a cualquier cosa —dijo el presidente.

—Aquí tiene un millón y medio de francos, señor presidente —dijo extrayendo de su seno un título de cien acciones del Banco de Francia—, vaya a París, no mañana ni esta misma noche, sino en este mismo instante. Vaya a ver al señor des Grassins y averigüe el nombre de todos los acreedores de mi tío, reúnalos y pague cuanto sus herederos puedan deberles, el capital y los intereses al cinco por ciento desde la fecha de la deuda hasta la del reembolso, y finalmente haga extender un recibo general ante notario en su debida forma. Es usted juez, y en este asunto solo me fío de usted. Es usted un hombre leal y galante; me embarcaré fiándome de su palabra para surcar los peligros de la vida al abrigo de su apellido. Tendremos uno hacia el otro mutua indulgencia. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, casi somos parientes y no querrá usted hacerme desgraciada.

El presidente cayó a los pies de la rica heredera con el corazón palpitando de alegría y de angustia.

—¡Seré su esclavo! —le dijo.

—Cuando tenga el recibo, caballero —prosiguió ella con una mirada fría—, lléveselo junto con todos los títulos a mi primo Grandet y entréguele esta carta. A su regreso, cumpliré mi palabra.

El presidente comprendió que debía la señorita Grandet a un despecho amoroso y por ello se apresuró a ejecutar sus órdenes con la mayor prontitud, para que no se produjera una reconciliación de los dos amantes.

Cuando el señor de Bonfons se hubo marchado, Eugénie se dejó caer en su sillón y se deshizo en lágrimas. Todo se había consumado. El presidente tomó la diligencia y al día siguiente por la tarde estaba en París. A la mañana siguiente a su llegada, fue a ver a Des Grassins. El juez convocó a los acreedores en la notaría donde estaban depositados los títulos y ni uno de ellos faltó a la convocatoria. Aunque se tratara de acreedores, hay que hacerles justicia: fueron puntuales. Allí, el presidente de Bonfons, en nombre de la señorita Grandet, les pagó el capital y los intereses debidos. El pago de los intereses fue, para el comercio parisino, uno de los acontecimientos más sorprendentes de la época. Una vez registrado el recibo y remunerados los desvelos de Des Grassins con una donación de cincuenta mil francos concedida por Eugénie, el presidente se dirigió al palacete de los D'Aubrion y halló allí a Charles en el momento en que entraba en su apartamento abrumado por su suegro. El viejo marqués acababa de decirle que su hija no le pertenecería hasta que no se hubieran saldado las deudas de todos los acreedores de Guillaume Grandet.

El presidente le entregó en primer lugar la carta siguiente.

Querido primo:

El señor presidente de Bonfons se ha encargado de entregarle el recibo de todas las sumas debidas por mi tío y el que reconoce que yo las he recibido de usted. ¡Me han hablado de bancarrota...! He pensado que el hijo de alguien que ha ido a la quiebra no podría casarse con la señorita d'Aubrion. Sí, primo, ha juzgado usted bien mi mentalidad y mis modales: sin duda nada sé acerca del mundo, no conozco los cálculos que lo mueven ni sus costumbres, y no sabría darle a usted los placeres que desea que este le dispense. Sea feliz, según las convenciones sociales a las que sacrifica nuestros primeros amores. Para que su felicidad sea completa, solo puedo ofrecerle el honor de su padre. Adiós, y siempre tendrá en su prima una fiel amiga.

EUGÉNIE

El presidente sonrió ante la exclamación que el ambicioso fue incapaz de reprimir en el momento en que recibió el acta autenticada.

—Nos participaremos recíprocamente nuestras bodas —le dijo.

—¡Ah, se casa usted con Eugénie! Pues me alegra, es una buena chica. Pero — prosiguió súbitamente iluminado por un pensamiento—, ¿es rica?

—Hace cuatro días —respondió burlón el presidente—, disponía de cerca de diecinueve millones, pero a día de hoy solo tiene diecisiete.

Charles miró al presidente estupefacto.

—Diecisiete... millones...

—Diecisiete millones, sí, caballero. Al casarnos, la señorita Grandet y yo reunimos unas rentas de setecientas cincuenta mil libras.

—Querido primo —dijo Charles tratando de recuperar el aplomo—, podremos ayudarnos el uno al otro.

—De acuerdo —dijo el presidente—. Aquí tiene, además, una pequeña caja que debo entregarle personalmente —añadió depositando sobre una mesa el estuche de aseo.

—Mi querido amigo —dijo la señora marquesa d'Aubrion al entrar, sin prestar atención a Cruchot—, haga caso omiso de lo que acaba de decirle el pobre señor d'Aubrion, a quien la duquesa de Chaulieu le ha hecho perder la cabeza. Se lo repito, nada impedirá su boda...

—Nada —respondió Charles—. Los tres millones que debía mi padre fueron saldados ayer.

—¿En efectivo?

—Íntegramente, capital e intereses, y voy a rehabilitar su memoria.

—¡Qué tontería! —exclamó la suegra—. ¿Quién es ese caballero? —le dijo al oído de su yerno, al percatarse de la presencia de Cruchot.

—Mi gerente —le respondió en voz queda.

La marquesa saludó con desdén al señor de Bonfons y salió.

—Ya nos ayudamos —dijo el presidente cogiendo su sombrero—. Adiós, primo.

—Esa cacatúa de Saumur se burla de mí. Le clavaría seis pulgadas de acero en el vientre.

El presidente se había marchado. Tres días después, el señor de Bonfons, de vuelta en Saumur, publicó su boda con Eugénie. Seis meses después, fue nombrado consejero de la Audiencia real en Angers. Antes de dejar Saumur, Eugénie hizo fundir el oro de las joyas que durante tanto tiempo tuviera en tanta estima y las consagró, al igual que los ocho mil francos de su primo, a una custodia de oro que donó a la parroquia donde tanto había rezado a Dios por él. A partir de entonces, repartió su tiempo entre Angers y Saumur. Su marido, que se mostró muy abnegado en determinada situación política, fue nombrado presidente de sala y finalmente primer presidente unos años después. Esperó con impaciencia la reelección general para obtener un escaño en la Cámara. Ya ansiaba ser par de Francia cuando...

—En tal caso, el rey de Francia será su primo —decía Nanon, la larguirucha Nanon, la señora Cornoiller, burguesa de Saumur, a quien su señora anunciaba la grandeza a la que estaba llamada.

Sin embargo, el señor presidente de Bonfons (había abolido por fin el apellido patronímico Cruchot) no consiguió llevar a cabo ninguna de sus ambiciosas ideas. Murió ocho días después de haber sido nombrado diputado de Saumur. Dios, que todo lo ve y

nunca yerra el golpe, lo castigó sin duda por sus cálculos y la habilidad jurídica con que había redactado al detalle, *accurante Cruchot*, su contrato de matrimonio donde los futuros esposos se entregaban uno al otro, «en caso de no tener descendencia, sus bienes universales, muebles e inmuebles, sin reserva ni excepción de ninguno de ellos, en plena propiedad, dispensándose asimismo de la formalidad del inventario, sin que la omisión de dicho inventario pueda ser contestada por los herederos o derechohabientes, dado que dicha donación...», etcétera. Esa cláusula puede explicar el profundo respeto del que el presidente constantemente hizo gala ante la voluntad, ante la soledad de la señora de Bonfons. Las mujeres citaban al señor primer presidente como uno de los hombres más delicados, se compadecían de él y llegaban incluso a criticar el dolor y la pasión de Eugénie, pero como saben criticar a una mujer, con la más cruel sutileza.

—Ya debe de estar enferma la señora presidenta de Bonfons para dejar solo a su marido. ¡Pobre mujer! ¿Se curará pronto? ¿Qué tiene, una gastritis, un cáncer? ¿Por qué no va al médico? Desde hace tiempo está muy amarillenta...; tendría que ir a consultar a las eminencias de París. ¿Cómo puede no desear un hijo? Ama mucho a su marido, dicen, ¿cómo no va a darle un heredero, en su posición? Eso es horrible, y si fuera fruto de un capricho sería condenable. ¡Pobre presidente!

Dotada de ese tacto delicado que las personas solitarias desarrollan gracias a sus perpetuas meditaciones y por la exquisita visión que tienen de las cosas que suceden en su esfera, Eugénie, habituada por la desgracia y por su última educación a adivinarlo todo, sabía que el presidente deseaba su muerte para hallarse en posesión de aquella inmensa fortuna, aumentada aún por las herencias de su tío notario y de su tío cura, que Dios tuvo la ocurrencia de llamar a su seno. La pobre reclusa sentía piedad por el presidente. La providencia la vengó de los cálculos y de la infame indiferencia de un esposo que respetaba, como la mayor garantía, la pasión sin esperanza de la que se nutría Eugénie. Dar vida a un hijo, ¿no era acaso matar las esperanzas del egoísmo, las alegrías de la ambición acariciadas por el primer presidente? Por ello Dios arrojó carretadas de oro a su prisionera a quien el oro le era indiferente y que aspiraba al cielo, que vivía, piadosa y bondadosa, en santos pensamientos y socorría incesantemente a los desventurados en secreto. La señora de Bonfons enviudó a los treinta y tres años, rica, con una renta de ochocientas mil libras, aún bella, pero bella como lo es una mujer alrededor de los cuarenta años. Su rostro es blanco, reposado, sereno. Su voz es dulce y recogida, sus modales son sencillos. Tiene la nobleza del dolor, la santidad de una persona que no ha mancillado su alma con el contacto con el mundo, pero también la dureza de la solterona y las costumbres mezquinas fruto de la estrechez de la existencia provinciana. A pesar de su renta de ochocientas mil libras, vive como había vivido la pobre Eugénie Grandet, solo enciende la chimenea de su habitación los días en que antaño su padre permitía encender el fuego de la sala y la apaga conforme al calendario en vigor en sus años mozos. Viste siempre como vestía su madre. La casa de Saumur, una casa sin sol, sin calor, siempre a la sombra, melancólica, es la imagen de su vida. Acumula meticulosamente sus ingresos y tal vez parecería parsimoniosa si no desmintiera a las malas lenguas con un noble empleo de su fortuna. Fundaciones piadosas y caritativas, un asilo para ancianos y escuelas cristianas para los niños, una biblioteca pública ricamente dotada desmienten cada año la avaricia que determinadas personas le reprochan. Las iglesias de Saumur le deben algunas obras de embellecimiento. La señora de Bonfons, a la que burlonamente se llama «señorita», inspira por lo general un respeto religioso. Ese corazón noble, que no latía más que por los más tiernos sentimientos, fue víctima de los cálculos del interés humano. El dinero contagió su tacto frío a esa vida

celestial y provocó el recelo hacia los sentimientos en una mujer que era toda ella sentimientos.

—Solo tú me quieres —le decía a Nanon.

La mano de esa mujer sana las heridas secretas de todas las familias. Eugénie se dirige al cielo acompañada por un cortejo de buenas obras. La grandeza de su alma atenúa las pequeñeces de su educación y las costumbres de su vida primera. Esta es la historia de esa mujer que no forma parte del mundo en medio del mundo, que magníficamente hecha para ser esposa y madre no tiene marido, ni hijos, ni familia. Desde hace unos días, se prepara para ella una nueva boda. Las gentes de Saumur se ocupan de ella y del señor marqués de Froidfond cuya familia asedia a la rica viuda como antaño hicieron los Cruchot. Se dice que Nanon y Cornoiller están de parte del marqués, pero no hay nada más falso. Ni la larguirucha Nanon ni Cornoiller tienen luces suficientes para comprender la corrupción del mundo.

París, septiembre de 1833

EPÍLOGO A LAS PRIMERAS EDICIONES

Este desenlace necesariamente defrauda la curiosidad. Tal vez sea así con todos los verdaderos desenlaces. Las tragedias, los dramas, para hablar en el lenguaje de esta época, escasean en la naturaleza. Recuerden el preámbulo. Esta historia es una traducción imperfecta de unas cuantas páginas olvidadas por los copistas en el gran libro del mundo. Aquí no hay invención alguna. La obra es una humilde miniatura para la que se requería más paciencia que arte. Cada departamento tiene a su Grandet. La única diferencia es que el Grandet de Mayenne o de Lille no es tan rico como el antiguo alcalde de Saumur. El autor ha podido exagerar algún rasgo, esbozar mal a sus ángeles terrenales o dar demasiado o demasiado poco color a su pergamino. Quizá haya recargado excesivamente de oro el contorno de su Maria; quizá no haya distribuido la luz obedeciendo a las reglas del arte; finalmente, quizá haya oscurecido demasiado el tinte ya de por sí negro de su anciano, imagen toda ella material. No nieguen, sin embargo, su indulgencia al monje paciente, que mora en su celda, humilde adorador de la *Rosa mundi*^[72], de Marie, bella imagen de todo su sexo, mujer del monje, la segunda Eva de los cristianos.

Si sigue otorgando, a pesar de las críticas, tantas perfecciones a la mujer es porque cree aún, siendo joven, que la mujer es el ser más perfecto entre todas las criaturas. Surgida la última de entre las manos que daban forma al mundo, expresa con más pureza que cualquier otra el pensamiento divino. A diferencia del hombre, no es fruto del granito primordial convertido en arcilla blanda entre los dedos de Dios; no, extraída del costado del hombre, materia flexible y dúctil, es una creación transitoria entre el hombre y el ángel. Así es tan fuerte como el hombre y delicadamente inteligente gracias a los sentimientos como lo es el ángel. ¿No era necesario unir en ella ambas naturalezas para confiarle llevar la especie en su corazón? ¿Un hijo no es, para ella, la humanidad entera?

Entre las mujeres, Eugénie Grandet tal vez sea un tipo, el de la abnegada que se enfrenta a las tempestades del mundo y se hunde en ellas como una noble estatua robada en Grecia y que, durante el transporte, cae al mar donde permanecerá para siempre ignorada.

Octubre de 1833



HONORÉ DE BALZAC (Tours, 1799-París, 1850) es uno de los novelistas más relevantes de la primera mitad del siglo XIX francés. Trabajador incansable y escritor prolífico por excelencia, elaboró un ciclo de varias decenas de novelas agrupadas bajo el título *La comedia humana*, con la intención de reflejar y describir en detalle la sociedad de su tiempo. De su enorme obra destacamos *La piel de zapa* (1831), *El médico de aldea* (1833), *Eugénie Grandet* (1833), *Papá Goriot* (1834), *César Birotteau* (1837) o *Las ilusiones perdidas* (1837-1843).

Notas

[1] *Nouveaux Essais de critique et d'histoire*, París, Hachette, 1865, pág. 170. <<

[2] H. de Balzac, *Correspondance*, Garnier, textos reunidos, clasificados y anotados por Roger Pierrot, 1960-1969, 5 vol. II, pág. 252; hacia el 20 de febrero de 1833, a Zulma Carraud. <<

[3] *Ibid.*, II, p. 216, 1 de enero de 1833. <<

[4] «Me llamo Honoré [Honorato, nota del trad.] y quiero ser fiel a mi nombre» (H. de Balzac, *Lettres à Mme Hanska*, Laffont, col. Bouquins, edición a cargo de Roger Pierrot, 1990, 2 vol. I, pág. 35, finales de marzo de 1833). <<

[5] Véase, por ejemplo, en lo que se refiere a las artes plásticas, la breve síntesis propuesta por A. Tenenbaum, *Le Moyen Âge vu par le XIX^e siècle*, París, Réunion des Musées Nationaux, 1987. <<

[6] *Ibid.*, pág. 49, 19 de agosto de 1833. <<

[7] La tercera decena se publica en 1837, y el proyecto se detiene ahí. <<

[8] *Ibid.*, pág. 73, 23 de octubre de 1833. <<

[9] H. de Balzac, *Lettres à Mme Hanska*, 2 vol. I, pág. 67, 18 de octubre de 1833. R. Pierrot observa que las 414 cartas de esta correspondencia constituyen un volumen de escritura equivalente a la cuarta parte del conjunto de *La comedia humana* (Honoré de Balzac, Fayard, 1994, pág. 216). <<

[10] *Ibid.*, pág. 102, 1 de diciembre de 1833. <<

[11] *Honoré de Balzac*, París, Poulet-Malassis et de Broise, 1859, pág. 74. Gautier añade: «Las galeradas impresas desaparecían prácticamente en medio de aquel galimatías de apariencia cabalística que los tipógrafos se pasaban de mano en mano, pues ninguno de ellos quería hacer más de una hora de Balzac» (pág. 75). <<

[12] «La primera idea de *La comedia humana* surgió en mí, al principio, como un sueño, como uno de esos proyectos imposibles que se acarician y se dejan escapar» (H. de Balzac, *La comedia humana*, Hermida Editores, traducción de Aurelio Garzón del Camino, 2014, I, pág. 13). <<

[13] Balzac se muestra muy orgulloso de ello: «Estoy cerrando un trato», le escribe a la condesa Hanska, «que resonará en nuestro mundo de envidias, celos y tonterías, y hará que amarillee aún más la bilis amarilla de quienes tienen la audacia de querer seguir mis huellas. Una librería bastante respetable me compra por veintisiete mil francos la edición de los *Estudios de costumbres del siglo XIX*» (H. de Balzac, *Lettres à Mme Hanska*, 2 vol. I, pág. 65, 18 de octubre de 1833). El secretario de la señora Charles-Béchet en esa época, E. Werdet, hizo de su entrevista con Balzac a este respecto un mordaz relato en *Portrait intime de Balzac. Sa vie, son humeur et son caractère*, París, E. Dentu, 1859, págs. 13-16. <<

[14] N. Mozet recuerda algunas etapas de este proceso en su introducción a *Eugénie Grandet* (H. de Balzac, *La Comédie humaine*, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, nueva edición dirigida por Pierre-Georges Castex, 1976-1981, 12 vol.; *Oeuvres diverses*, edición dirigida por Pierre-Georges Castex, 1990, 1996, 2 vol.). <<

[15] Zola desarrolla la metáfora en su «Balzac» en *Les romanciers naturalistes, Oeuvres complètes*, París, Cercle du Livre précieux, 1966, XI, págs. 25 y sigs. <<

[16] Nunca se analizará lo suficiente el sentido de las referencias a la pintura en la obra de Balzac, y el tema todavía está pendiente de un estudio exhaustivo. Olivier Bonnard intentó clasificar el fenómeno, de *La casa del gato que juega a la pelota a Papá Goriot*, en

La peinture dans la création balzacienne, Ginebra, Droz, 1969. Véase asimismo Bernard Vouilloux, «Titien-la couleur et la couleur-fard. Code et figuralité dans *La Comédie humaine*», *Romantisme*, n.º 79, 1993, págs. 15-27; y el volumen Balzac, *Le Chef-d'oeuvre inconnu et autres nouvelles*, Adrien Goetz, ed., Folio, 1994. <<

[17] Hippolyte Taine lo recuerda: «Antaño se entraba de lleno en un buen libro», pone en boca del lector de novelas tradicionales que introduce en escena, «hoy en día las abstracciones y las metáforas obstruyen la puerta, tan bonitas y tan cómodas como un zarzal» (*op. cit.*, pág. 102). <<

[18] H. de Balzac, *La búsqueda del absoluto*, Nórdica Libros, traducción de Javier Albiñana, 2007, pág. 27. <<

[19] H. de Balzac, *La comedia humana*, I, pág. 16. <<

[20] H. de Balzac, *La búsqueda del absoluto*, pág. 27. <<

[21] Roland Barthes lo recordó en *S/Z*, París, Seuil, 1970, pág. 61. <<

[22] A. de Lamartine, *Balzac et ses oeuvres*, París, Michel Lévy Frères, 1866, pág. 109. <<

[23] *Critiques et portraits littéraires*, III, París, Eugène Renduel, 1834, pág. 58. Por su parte, Balzac había comentado a la condesa Hanska: «Todo lo más delicado y más novelesco que sueña la mujer encuentra en mi corazón, no un eco, sino una simultaneidad increíble de pensamiento» (H. de Balzac, *Lettres à Mme Hanska*, 2 vol. I, pág. 31, finales de marzo de 1833). <<

[24] Sobre todo las amigas de Balzac, tras la publicación del libro: Zulma Carraud, Marceline Desbordes-Valmore y Delphine de Girardin (H. de Balzac, *Correspondance*, 5 vol. II, págs. 461-465, págs. 467-468 y pág. 475, respectivamente). Véase en este punto Christiane Mounoud-Anglés, *Balzac et ses lectrices*, París, Indigo, 1994. <<

[25] Cf. J. Gale, «*Sleeping Beauty* as ironic model for *Eugénie Grandet*», *Nineteenth Century French Studies*, vol. X, n.º 1 y 2, Fall-Winter 1981-1982, págs. 28-36, y N. Schor, «*Eugénie Grandet*. Mirrors and Melancholia», *Breaking the Chain. Women, Theory and French Realist Fiction*, Nueva York, Columbia University Press, 1985, págs. 90-107, comentaron esas escenas: Gale para hacer de *La bella durmiente del bosque* uno de los intertextos irónicos de la novela, Schor para ver en ella un enfoque ambiguo de la feminidad de Eugénie. <<

[26] En una perspectiva esta vez diacrónica, cabe recordar también los vínculos entre la novela y dos obras de juventud, *Wann-Chlore* (1825) y *Los dos amigos* (1850). Cf. Pierre Barbéris, *Balzac et le mal du siècle*, II, París, Gallimard, 1970, págs. 1902 y sigs., y Nicole Mozet, «Introducción a *Eugénie Grandet*» (H. de Balzac, *La Comédie humaine; Oeuvres diverses*, III, págs. 991 y sigs.). <<

[27] H. de Balzac, *Lettres à Mme Hanska*, 2 vol. I, pág. 768, 1 de enero de 1844. «¡Ahí está el avaro! Con una concepción muy distinta de la de Plauto, Terencio o Molière», comenta Lamartine (*Balzac et ses oeuvres*, pág. 188). <<

[28] Véase P.-G. Castex, «L'ascension de Monsieur Grandet», reproducido en *Horizons romantiques*, Corti, 1983, págs. 111-125, que analiza los elementos de esa condición desde un punto de vista histórico. <<

[29] H. de Balzac, *El tío Goriot*, Alianza Editorial, traducción de Marisa Gutiérrez, Madrid, 2015, pág. 64. <<

[30] H. de Balzac, *La comedia humana*, I, pág. 29. <<

[31] H. de Balzac, *El médico de aldea*, Simancas Ediciones, traducción de Juan Alberto López Prada, Palencia, 2009, pág. 9. <<

[32] En este punto véase E. B. Dubern, «La rente française chez Balzac», en *L'Année balzacienne*, 1963, en particular págs. 254-258. <<

[33] En una carta dirigida a Balzac (8 de febrero de 1834), Zulma Carraud comenta las cualidades y defectos de *Eugénie Grandet*, y reprocha al escritor la falta de verosimilitud de la conducta y de la ingente fortuna del padre Grandet. Sainte-Beuve desea «unas descripciones más ligeras, disminuir un poco hacia el final el oro del padre Grandet y los millones que mueve y remueve en la liquidación de los negocios de su hermano» (en «M. de Balzac, *La Recherche de l'Absolu*», reproducido en *Critiques et portraits littéraires*, III, pág. 67). <<

[34] Según la expresión de P. Barbéris, que desarrolla la idea en *Balzac. Une mythologie réaliste*, París, Larousse, 1971. <<

[35] R. Barthes hace notar que las precisiones balzaquianas en materia de dinero tienen a menudo un simple valor connotativo (*op. cit.*, págs. 46-47). J.-L. Seylaz intenta demostrar esto último ordenando algunas cifras indicadas en *Eugénie Grandet* en «Une scène de Balzac: le transport de l'or dans *Eugénie Grandet*», *L'Année balzacienne*, 1980, págs. 61-67. <<

[36] Por otra parte, el propio Balzac se reconoció expresamente en esa imagen. A finales de enero de 1833, le comenta a la condesa Hanska: «Peso mis frases y mis palabras como un avaro pesa sus monedas de oro» (H. de Balzac, *Lettres à Mme Hanska*, 2 vol. I, pág. 23). <<

[37] El cariño de Grandet hacia su hija es indicio de ello. Grandet sacrifica a Eugénie en nombre de todos sus intereses, no sin mostrar hacia ella una curiosa ambivalencia ejemplificada por la escena (a menudo comentada) en la que, oculto en el jardín, la contempla mientras se está peinando. <<

[38] M. Le Yaouanc hizo inventario de esta noción, muy presente en Balzac, en *Nosographie de l'humanité balzacienne*, París, Librairie Maloine, 1959, págs. 423-427. Véase también N. Schor, *op. cit.*, que hace de ella el concepto clave de su lectura de la novela. <<

[39] Sobre esta fórmula, véase el comentario aportado por Ph. Berthier en *Eugénie Grandet*, Gallimard, Foliothèque, 1992, págs. 110 y sigs. <<

[40] Encontramos afirmaciones en este sentido desde *El médico de aldea* (véase en particular H. de Balzac, *El médico de aldea*, págs. 56-57, en el que Balzac, en una perspectiva que recuerda a Stendhal y que anuncia a Tocqueville, establece el vínculo entre cambio de costumbres, aburrimiento y democracia). <<

[41] Como sugieren M. de Certeau, D. Julia y J. Revel en «La beauté du mort», en M. de Certeau, *La culture au pluriel*, París, UGE, 10/18, 1974. <<

[42] P. Barbéris subraya esta contradicción en *op. cit.*, pág. 198. <<

[43] En Francia, se llamaba *gentilhombres de la campana* a los descendientes de alcaldes o ediles de algunas ciudades donde esos cargos comportaban un título nobiliario porque las asambleas en las que eran elegidos se convocaban al son de las campanas. <<

[44] En Francia, un *arpent*, antigua medida agrícola, equivalía según las regiones a entre veinte y cincuenta áreas, e incluso a dos tercios de una hectárea, como en la región de Turena. <<

[45] En 1811, el paso del Gran Cometa —que impresionó a los coetáneos y del que hay testimonio en diversas obras literarias, como *Guerra y paz*— coincidió con una vendimia excepcional por su abundancia y calidad. <<

[46] El *jacquemart* es un autómatas de madera o metal, provisto de un martillo, que en

ciertos relojes da las horas golpeando sobre una campana o un timbre. <<

[47] El sastre Buisson, establecido en el número 108 de la calle Richelieu de París, era amigo y acreedor de Balzac, y el escritor lo hizo aparecer en diversas ocasiones en *La comedia humana* para, como afirmaban las malas lenguas, saldar así sus deudas a cuenta de la publicidad. <<

[48] *Le Moniteur* era un periódico diario desde su fundación en 1789 y *L'Encyclopédie méthodique* estaba formada por ciento sesenta y seis volúmenes. <<

[49] *Les Amours du chevalier de Faublas* de Louvet de Couvray, novela muy popular en Francia en el siglo XVIII, «compendio del vicio, el escándalo, la desnudez, el olvido de todos los deberes y la sensualidad brutal de aquella época tan fecunda en grandezas como en miserias», como se tilda a la obra en la *Historia de la Revolución francesa* de Adolphe Thiers traducida al castellano en 1840 por Sebastián Miñano. <<

[50] El cuerpo de infantería ligera de los *voltigeurs*, creado por Napoleón en 1804, estaba integrado por hombres cuya estatura no debía sobrepasar 1,59 metros. <<

[51] Arquías, tirano de Tebas, se hallaba en un banquete cuando recibió una carta y la arrojó sin abrirla, exclamando: «Para mañana los asuntos serios». Fue asesinado antes de acabar el banquete y la carta le avisaba del complot fraguado por Pelópidas contra él. <<

[52] Durante el primer Imperio, el bloqueo continental con que Napoleón pretendía impedir el comercio británico con el resto de Europa provocó un alza de los precios de los productos de ultramar. <<

[53] Nacidas en 1701 en Tzoni, las hermanas Helena y Judith fallecieron en 1723. Aparecen citadas en la *Historia natural* de Buffon, en el capítulo «Sobre los monstruos». <<

[54] Chaptal, como la denomina Balzac en su obra, o Chaftal, era un modelo de cafetera de cobre de dos cuerpos. <<

[55] En Francia, hasta la entrada en circulación del franco, en 1795, una libra equivalía a veinte *sous*. A pesar de la desaparición de esas monedas, el término se aplicó también a la veinteava parte del franco, cinco céntimos. <<

[56] Eugénie habla de «mil cuatrocientas barricadas» a pesar de que se ha dicho anteriormente que a Grandet sus viñedos «le daban entre setecientas y ochocientas barricadas de vino» en los años buenos. <<

[57] *Mene Mene Tekel Uparsin*, literalmente «contado, pesado y dividido» es la inscripción que se aparece a Baltasar, tal como figura en el *Libro de Daniel* (5:25-28). <<

[58] La cotización de los fondos de deuda pública varía a lo largo de la obra, según las diversas correcciones del autor en sucesivas ediciones y que no unificó. <<

[59] Cuenta Plutarco que Alcibíades poseía en su juventud un perro de gran belleza y que, para evitar llamar la atención, decidió cortarle el rabo. Cuanto más arreciaban las críticas, sin embargo, más tranquilo se mostraba él, ya que mientras los atenienses se fijaban en la cola del perro, él pasaba inadvertido. <<

[60] Emblema de Francisco I (1491-1547). <<

[61] Verso del rey Federico II de Prusia sobre Augusto III de Polonia citado por Voltaire en «Épître à l'Impératrice de Russie Catherine II». <<

[62] Según una ordenanza de 1810, el escudo de seis libras valía 5,80 francos. Sin embargo, en Tours, por ejemplo, años después los comerciantes que llegaban a la ciudad se veían obligados a aceptar cinco libras y dieciséis *sous* por seis francos y, al abandonar la ciudad, al no poder utilizar esa moneda en otros lugares, podían cambiar sus fondos en monedas de cinco francos, añadiendo quince céntimos al valor de cada una de esas

monedas. <<

^[63] Crucifijo que se lucía al cuello colgado de una cinta corta de terciopelo, propio de las campesinas y que posteriormente se puso de moda también entre las damas. <<

^[64] Escribe Bossuet en su sermón «De la brevedad de la vida»: «Cómo han escaseado en mi vida los momentos de contento o de felicidad. Son como los clavos fijados en un muro a una distancia determinada; parece que tengan que ocupar mucho espacio, pero si se recogen no hay ni siquiera suficientes para llenar el hueco de la mano». <<

^[65] A pesar de que su padre la había cerrado con llave. <<

^[66] Así en el original, aunque en otras ediciones se dijera que contaba «sesenta y tres años». <<

^[67] Título ostentado por algunas familias de Burdeos bajo el Antiguo Régimen. <<

^[68] Pierre de Dreux compró las tierras y el título del marquesado de Bréze en 1686.

<<

^[69] Aria de *Las bodas de Figaro* de W.A. Mozart. <<

^[70] Anteriormente, la cifra era de ocho mil francos en oro. <<

^[71] *Disputationum de sancto matrimonii sacramento*, del jesuita español Tomás Sánchez Ávila (1550-1610). <<

^[72] Balzac tenía el proyecto, que no llevó a cabo, de escribir una novela filosófica que se titularía así. <<